BIBLIOTECA MEXICANA 5

EDUARDO J. CORREA

MONS. RAFAEL GUIZAR VALENCIA

EL OBISPO SANTO

1878 - 1938

LIBRERIA DE MANUEL PORRUA
5 DE MAYO 49-6 MEXICO, D. F.
1951

MONS. GUIZAR Y VALENCIA

El Obispo Santo

EDUARDO J. CORREA

MONS. RAFAEL GUIZAR VALENCIA

EL OBISPO SANTO

1878 - 1938

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 5 1997
THEOLOGICAL SEMINARY

LIBRERIA DE MANUEL PORRUA
5 DE MAYO 49-6 MÉXICO, D. F.
1951

Es propiedad del editor.

Queda registrada esta obra y hecho el depósito que marca la ley.

Copyright 1950 by Manuel Porrúa.

Impreso en los Talleres de *Editorial Latina,* S. A.
Rep. de El Salvador 56, México, D. F.

PREFACIO

Vivía en Los Angeles, Calif., cuando recibí noticia de la muerte de mi excelente amigo el santo Obispo de Veracruz, don Rafael Guízar Valencia. Escribí luego un artículo necrológico en LA OPINION y me formé el propósito de hacer la biografía del apostólico varón desaparecido, principiando a recopilar anécdotas y sucedidos de su vida, que a mi pluma habían servido para narraciones literarias pintorescas sin mencionar el nombre del que los viviera.

Tropecé con dificultades en este trabajo preliminar porque la mayor parte de mi archivo estaba en Méjico y desordenado, lo que hacía que cualquier búsqueda ofreciera escollos. Esta circunstancia y la de estar preparando un libro, que demandaba estudio, tiempo y cuidado, hicieron que no pusiera desde luego manos en la obra proyectada.

Vino después la interesante campaña política que culminó en la jornada inolvidable del 7 de julio de 1940, que me obligó a estar comentando su desarrollo y peripecias, y a poco andar, la entrada franca de los Estados Unidos en el conflicto mundial me estrechó a cambiar de residencia con la cauda imprescindible de trastornos, y el propósito primero aplazado fue sufriendo nuevas largas hasta quedar convertido en buena intención.

Al exhumar el cadáver del Prelado misionero, después de doce años de reposar bajo tierra, habiendo sido inyectado únicamente para que resistiera el translado de Méjico a Jalapa, fue

encontrado sin señales de corrupción ni de momificación, no obstante que en algunas partes, de la espinilla a la rótula, había desaparecido la carne, conservándose en el resto del cuerpo y con flaccidez en el rostro, especialmente en la nariz y las orejas; intactos los ojos, cuando en opinión de los oculistas es lo primero que se corrompe; íntegras las vestiduras episcopales, que lo mismo resistieron la humedad y la tierra que la acción de la intemperie, durante los días transcurridos entre la exhumación y la reinhumación, sin que al contacto del aire y de la luz se fragmentaran o volatilizaran; como la soportaron igualmente los restos que no despedían mal olor ni presentaron signos de descomposición, lo que ha hecho que por su extrañeza, unido al recuerdo de la vida ejemplar que llevó el insigne desaparecido, de renunciación absoluta, de entrega total a sus semejantes para aliviarles la miseria y procurarles la salud espiritual, cientos de miles de personas vean como sobrenatural que no se haya consumado la disgregación de la materia y que donde se esperaba descubrir una osamenta, apareciese como durmiente, mofletuda, la cara donde brillaron unos ojos limpios y azules que hacían pensar en el cielo.

Lo que las multitudes han considerado milagroso, sello con que la Providencia ha querido marcar la santidad del siervo que, imitando al Divino Maestro, pasó por la tierra haciendo el bien, ha despertado enorme conmoción, ocasionando un florecimiento de fe y de piedad, que en vez de irse atenuando con la marcha de los días, crece y crece, como río que se desborda, con el relato de hechos posteriores a la exhumación, con signos claros de sobrenaturales, como la presencia de sangre fresca y sin licuarse en el agua que destilaba del ataúd, haciendo tema impresionante del día la vida extraordinaria del humilde sacerdote de Cotija, que escritores poco escrupulosos, aprovechando el momento psi-

cológico del entusiasmo y admiración populares, con fines mercantilistas, la están presentando en estilo brillante pero decorada con fantásticos pormenores.

El deseo de exhibir la vida del santo obispo de Veracruz tal como fué, para edificación de muchos y desconcierto de no pocos, purgada de fantasías, me ha hecho emprender la tarea proyectada hace doce años, aprovechando el material que me proporciona el conocimiento que tuve de sus virtudes, las confidencias que escuché de sus labios, los relatos pintorescos que me hacía su sobrino el Padre Benjamín, que por años le sirvió como secretario, lo que sus deudos me han confiado y cuanto de lo mucho que respecto de él se ha escrito, bien depurado, sujeto a la criba de análisis cuidadoso, puede tenerse como cierto, sin despreciar lo que, aunque dudoso, ofrece probabilidades de verosimilitud.

La conveniencia de poner dique a las inexactitudes que se oyen sobre la existencia de Mons. Guízar, me ha obligado a cierta festinación en este trabajo, emprendido como ofrenda de cariño a la memoria del que me distinguió con su amistad y su confianza; como obra de justicia para perpetuar sus merecimientos, y como ejemplo a seguir para las almas que buscan andar por el estrecho y espinoso camino de la perfección.

Siempre ha sido provechosa la lectura de las vidas de los Santos por lo que enseñan y enfervorizan, y aunque la Iglesia no le haya dado todavía esa aureola a la de mi biografiado, yo no me excuso de darle ese título que ya millones de creyentes le han concedido, porque santo, según escritores místicos, como el autor de los "Avisos Espirituales", no es sólo el que tiene revelaciones, se arroba en éxtasis y hace milagros, sino también "el hombre que cree, ora, sufre y ama", y que, como dice Fenelón, lleva en el pecho un *fíat* y un *amén* continuos, que "quiere las penas que Dios le envía, y rechaza los consuelos de que Dios le

priva, y si le preguntan cuáles son sus deseos, responderá: Tengo lo que quiero porque la voluntad de Dios es la mía".

¿No fue así la vida del misionero Prelado veracruzano, que la pasó creyendo —y confesando su fe— orando, amando a su grey y a todos sus prójimos, particularmente a los pobres y a los extraviados de la buena senda y padeciendo enfermedades dolorosas con resignación admirable, que no le impedían entregarse a las tareas agotantes de un apostolado ininterrumpido, que físicamente parecía imposible que las resistiera y sufriendo injusticia, calumnias, ingratitudes, persecuciones y quizá el más hondo de los dolores, el ver que se ofendía a Dios Nuestro Señor, y que había infelices almas obcecadas a las que no podía reconquistarlas, sacándolas del cieno de la culpa o de la aridez de la negación o de las tinieblas de la desesperación. ¿Qué pena más lacerante para quien de su vida había hecho una perpetua adoración al Dios de cielos y tierra? Las injurias al ser amado duelen más que las que a nosotros se nos hacen.

NIÑEZ, ADOLESCENCIA, JUVENTUD

Vivía en Cotija, Mich., un matrimonio destacado por su posición social y por su religiosidad, formado por esposos profundamente cristianos, Don Prudencio Guízar González y Doña Nativitas Valencia Vargas, que pusieron especial cuidado en la formación y educación de los once hijos que les concedió la Providencia.

Uno de ellos, venido al mundo el 27 de abril de 1878, recibió el nombre de *Rafael,* siendo bautizado en la Parroquia de Cotija, probablemente dentro de los tres días de nacido, según era entonces la piadosa costumbre, no pudiendo precisarse la fecha porque el libro de bautizos correspondiente a ese año fue quemado el 1917 por las hordas que capitaneaba Inés Chávez García, que sembró el terror en la comarca. Fue llevado a la pila bautismal por don Juan González Oseguera y doña Benigna Valencia de González, progenitores del actual arzobispo de Durango, don José María González Valencia, recibiendo el sacramento de manos del Párroco don Benigno Tejeda o del Presbítero don Eladio Orozco, pues no hemos podido precisarlo.

Es curioso anotar que nuestro biografiado vió la luz en la fecha en que la Iglesia celebra a San Pedro Canisio, doctor de ella y llamado apóstol de Alemania y Patrono de los catequistas, por ser el autor del primer catecismo que se hizo para enseñar la doctrina cristiana; por las analogías que existen entre éste y Mons. Guízar, verdadero apóstol y difusor de ese pequeño tra-

tado de teología que enseña las verdaderas primarias, ya que habiendo hecho un arreglo del muy conocido del Padre Ripalda, para utilizarlo en las misiones, dispuso ediciones de millones de ejemplares que circuló con profusión, facilitando entre las gentes rústicas el aprendizaje y conocimiento de nuestra Religión.

Ocupó don Rafael el séptimo lugar de nacimiento entre sus hermanos, que fueron: doña Maura, doña Dolores, doña Jesús, don Emiliano, don Prudencio, la segunda doña María de Jesús —por haber muerto la primera en la infancia— don Antonio, doña María, doña Natividad y doña Guadalupe, viviendo en la actualidad únicamente la primogénita, la segunda, el quinto, el octavo y la novena.

Casaron doña Maura con el doctor don Santos Degollado, sobrino del famoso caudillo liberal del mismo nombre; don Emiliano con doña Lucía Barragán; don Prudencio, en primeras nupcias, con doña Antonia Mendoza V.; y en segundas con doña María Murguía Galván; y doña Natividad con don Antonio Chávez, permaneciendo célibes doña Dolores, doña Jesús y doña María, éstas dos religiosas teresianas. Familia numerosa y distinguida que por su fina educación y sus prendas morales ha sido muy estimada en las distintas ciudades donde sus componentes han vivido: Zamora, Morelia, Guadalajara, Chihuahua y la capital de la República; que ha gozado de influencia social y que ha dado a la Iglesia y a la Patria dos educadoras y dos Prelados eminentes, de temperamento misional, hermanos por la sangre y por la investidura episcopal, don Rafael y don Antonio, obispo de Chihuahua, cuya vasta extensión que ocupa extensas serranías, en muchos sitios inhollada, ha sentido el paso apostólico de su Prelado.

Don Rafael cursó la instrucción primaria en la escuela que en Cotija tenía don Fermín Mendoza Valencia, bajo la vigilancia del párroco don Alejo Carranza, distinguiéndose por la aplicación y el aprovechamiento; el 19 de junio de 1887 tuvo la pena

de perder a la autora de sus días; en 1890 fué mandado al colegio que los padres jesuítas tenían en San Simón a inmediaciones de Zamora, y que en el mismo año cerró sus puertas, por lo que en enero de 1891 entró al Seminario Auxiliar de Cotija donde con gran aprovechamiento cursó Latín, Literatura, Física y Matemáticas hasta terminar el curso de 1894, en que pidió a su padre que lo dedicara a las labores del campo, siendo enviado a la hacienda de San Diego, propiedad de la familia, al cuidado de su hermano don Prudencio "para que aprendiera a trabajar", según se decía entonces.

Al transformarse de estudiante en "ranchero", primer deseo del joven don Rafael fue que le completaran el atuendo de agricultor con una pistola, que creía indispensable para su seguridad; dada su edad y la circunstancia de que cuanta vez salía al campo iba acompañado por mozos de confianza y bien armados, no se creyó prudente complacerlo; no perdía ocasión de insistir en su propósito sin tener éxito; pero dando ejemplo de la tenacidad con que más tarde emprendería sus obras misionales, no desmayaba en el intento, y para realizarlo se valió de un conocido, al que le rogó que ofreciera en venta a don Prudencio el revólver tan ansiado, que por su buena marca y mejor precio fue por fin adquirido y entregado a quien tanto lo había deseado.

Llegó la ocasión de salir de la finca para ir a repartir ganado a diversos lugares, organizándose la expedición respectiva, de la que formó parte el incipiente agricultor; se proveyeron de cuanto se juzgó necesario para la excursión, cogiéndoles en ella uno de los temporales frecuentes en la región, lo que les impidió continuar el camino, obligándolos a guarecerse con las reses en el sitio más conveniente; la lluvia no cesaba, parecía otro diluvio, y en espera de que amainara, corrieron los días y los expedicionarios dieron término a los comestibles que llevaban, al grado de que transcurrieron treinta y seis horas sin que probaran bocado,

por lo que don Prudencio ordenó que unos mozos fueran a la Hacienda a proveerse de alimentos, pidiendo don Rafael acompañarlos y permanecer allá ocupado en otras labores.

Esta experiencia de la vida campesina, ayudada por dos incidentes curiosos, parece que sirvió de índice al joven don Rafael para conocer que no era por tal camino por donde la Providencia quería que corriera su vida.

Se ofreció un día hacer ejercicios de tiro y para calcular la habilidad del que tanto empeño había tenido en poseer arma de fuego, se le puso un blanco para que se ejercitara en el manejo de aquélla, viéndose que no había ni probabilidad que una bala diera cerca de la meta escogida, pues el joven cerraba los ojos al disparar, produciendo la natural hilaridad en quienes lo presenciaban.

Parece que se sintió atraído por la hermosura de una doncella del contorno, hija de persona amiga de su familia, y quiso entablar relaciones, teniéndole pavor al padre de ella; quisieron jugarle una broma, y cierta vez que el presunto suegro estaba de visita en casa de doña Maura, hermana del joven Rafael, lo llamaron a la pieza donde aquél se encontraba, y al darse cuenta de la trampa en que había caído, no le que quedó más recurso que escaparse por una ventana, decidiendo prescindir del campo y entrar al Seminario, a continuar los estudios que había interrumpido.

Pero el año que don Rafael dedicó a trabajos agrícolas sirvió para apreciar su carácter y sus aptitudes, así como el tesón que ponía en cuanta obra acometía, pues se propuso establecer un ingenio en la hacienda de San Diego, eligiendo una barranca distante del casco de la finca, a la que se llegaba después de siete u ocho horas de camino, en terreno sumamente quebrado, lo que dificultaba el transporte de la maquinaria pesada que se requería, y venció todos los obstáculos; hizo el canal para llevar agua

que moviera una rueda hidráulica de bastante capacidad, adquirió y condujo la maquinaria respectiva y dejó perfectamente instalado el molino para la caña de azúcar.

Desde su niñez don Rafael dió pruebas de su buen corazón, de la bondad que siempre había de distinguirlo. Cierta vez uno de sus hermanos, al recorrer una zahurda que tenían en la hacienda, y en la que se encontraban doscientos cerdos, viendo a la mano el cuchillo con que se sacrificaba a los marranos tuvo la ocurrencia de descolarlos, y diciendo y haciendo se dedicó a cortarles el apéndice; apenas había terminado la operación, oyó pasos y echó a correr para que no lo sorprendieran en el campo de su hazaña, dirigiéndose a un pasillo que tenía dos claraboyas, sirviéndose de una para atisbar quién era el que se acercaba y el efecto que le causara imponerse de la travesura. Los pasos que había escuchado eran de su menor hermano Rafael, que se quedó atónito ante el montón de colas, tomando una de ellas y el arma con que habían sido desprendidas, en cuya actitud lo sorprendió don Nico —así llamaban a Nicanor Sandoval, un viejo que le llevaba el maíz a la engorda— quien le dijo:

—Rafael ¿qué has hecho? Mira cóma has martirizado a esos pobres animales; voy a hablarle a tu padre para que te reprenda.

Y diciendo y haciendo acudió con don Prudencio, que vino en el acto a ver lo que supuso travesura del chico.

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó.

—Yo no lo hice —contestó.

—Sí, tú lo hiciste —terció don Nico.

—No lo hice —insistió con verdad.

—No lo niegues; si yo te vi.

—Miente, viejo embustero.

Las circunstancias lo condenaban; estaba en el lugar del sacrificio y había sido sorprendido con el afilado machete y una de las colas en la mano.

—¿Qué es eso, Rafael? ¿Por qué le faltas al respeto a un anciano? Arrodíllate y pídele perdón —le ordenó su padre.

—Es que yo no descolé a los puercos —se reafirmó— pero obedeciendo se humilló pidiendo disculpa por la irrespetuosidad.

Don Prudencio era muy severo, y no creyó reparada la falta con la excusa pedida, y haciéndole entender claramente que no iba a castigarlo por lo de la descolada, sino por las palabras acres dirigidas a don Nico, le recetó una azotaína de calidad, que sufrió pacientemente.

Contrariado y dolorido se marchó el castigado rumbo a su dormitorio, encontrándose en el camino al hermano que había presenciado los sucesos desde su puesto de observación y que no podía contener la risa.

—A poco tú fuiste —le dijo— aludiendo al corte de rabos.

—Sí —le respondió caballerosamente.

—Voy a decírselo a mi papá para que te reprenda y vea que me castigó injustamente.

—¿Qué ganas con eso? —le replicó el culpable—. ¿Estás muy adolorido por la zurra de azotes?

—Sí.

—¿Qué te ganas con que también a mí me azoten? Nada más ocasionar un sinsabor a mi padre, que no te pegó por lo que hice con los cerdos, sino por la forma en que te dirigiste a don Nico.

Estuvo reflexionando el joven un momento para decidir luego:

—Tienes razón.

Y cargó así con la culpa del hermano para ahorrarle un castigo.

Otra vez estaban los que habían sido actores en lo de los cochinos, en la puerta de la casa, cuando comenzó el de más edad a darle empujones a don Rafael, hasta que en uno de ellos lo

hizo caer de bruces sobre las piedras lesionándose nariz y boca, de los que le manaba mucha sangre.

—Voy a decírselo a mi papá —se querelló el caído mientras con el pañuelo trataba de contenerse la hemorragia.

—¿Qué aventajas con que me castigue? —le arguye el causante— añadiendo: Perdóname.

Lo que bastó para que el herido dijera sin faltar a la verdad:

—Me caí.

Ya desde la niñez apuntaba así la bondad del que había de vivir para sus semejantes.

El año de 1896 en el Seminario de Zamora, terminados los estudios de Humanidades, que hizo con gran lucimiento en el Auxiliar de Cotija, bajo la dirección de los sacerdotes don Gabriel Morfín y don Juan del mismo apellido, pues eran hermanos, empezó a cursar Filosofía y Teología, siendo sus maestros, respectivamente, los sacerdotes don Francisco Ochoa y don Faustino Murguía en la Moral y don Genaro Méndez del Río, actual obispo de Huajuapan de León, Oaj., en la Dogmática, sosteniendo brillantes actos públicos en todas las materias, de suerte que cuanto se cuenta sobre que siguió la carrera eclesiástica por promesa hecha a Nuestra Señora de la Esperanza, o a la del Pópolo, una ocasión en que estuvo a punto de perecer ahogado, o porque sintió dudas sobre la vocación, es inexacto, pues cuando en la presa de Orandino se volteó la lanchita que ocupaban don Rafael y otros compañeros, que celebraban un día de campo, ya aquél, que entonces estudiaba filosofía, tenía decidido hacerse sacerdote. Quizá el peligro en que se vió entonces, pues se fue al fondo de la presa y de allí lo sacaron como muerto, haya afirmado su determinación.

Durante las vacaciones, ya las pasara en Cotija o en la hacienda, no había quien no se sintiera edificado por la piedad del joven estudiante, que no perdía ocasión de llevar las conversa-

ciones a temas o asuntos de piedad, y que en San Diego no dejaba noche a noche de convocar a los campesinos y a sus familiares para que fueran a rezar el rosario.

En el Seminario se hizo querer mucho de sus maestros, condiscípulos y compañeros por su dedicación al estudio, su conducta excelente, su carácter franco y alegre y la liberalidad con que socorría a los seminaristas escasos de recursos. Tenía muy buena voz, facilidad extrema para la música, manejaba varios instrumentos y tenía un acervo considerable de canciones rancheras con las que solazaba a sus camaradas en las horas de recreo.

Su vocación se manifestaba clara y firme, de modo que se le fueron impartiendo las primeras órdenes, periódicamente, hasta recibir la del presbiterado en las témporas de Pentecostés el 1o. de junio de 1901, yendo a Cotija a cantar su primera misa en la Parroquia donde había recibido el bautismo, en la festividad del Corpus, sintiendo la pena de que ya sus progenitores hubiesen muerto, pues el autor de sus días había fallecido el 3 de febrero de 1898, cuando él hacía ya sus estudios de Teología en el Seminario de Zamora.

Lo apadrinaron en su cantamisa como seglares Don Ignacio Morales Guízar, D. Gabino Mendoza, D. Ramón Garibay y otros prominentes vecinos de Cotija, ocupando la Cátedra Sagrada el señor D. Alejo Carranza, quien lo apadrinó igualmente con el señor Canónigo D. Francisco Mendoza, más tarde Arzobispo de Durango.

Celebró esa primera misa solemne el 6 de junio de 1901, en la misma fecha en que 37 años después había de entregar el alma a su Creador para recibir el galardón merecido por sus virtudes y su celo apostólico.

REVELACION DEL MISIONERO

Después de su cantamisa, el nuevo sacerdote volvió a Zamora a recibir instrucciones sobre el ministerio que se le señalara, disponiendo el obispo coadjutor Ilmo. Sr. don José de Jesús Fernández que lo acompañara a la Visita Pastoral, revelándose en ella desde luego como gran misionero, pues predicaba con tal fervor y había tanta unción en sus palabras que arrastraba a las multitudes al arrepentimiento y al amor a Cristo Rey. Quedaron tan sorprendidos el Prelado, sus acompañantes y los que oían la voz del joven sacerdote, que no lo ocultaron, contribuyendo a formarle aureola al recién ordenado, que así principiaba lo que había de ser su vida toda: una perpetua misión.

Porque don Rafael no desaprovechaba oportunidad alguna para dos cosas, para la caridad y para la predicación; tanto aliviaba las necesidades corporales como las del espíritu. Si veía a un pordiosero lo socorría, si tenia noticias de alguna familia en pobreza acudía a llevarle auxilios, si ocupaba un coche de alquiler trataba conversación con el chófer para dejarle alguna enseñanza moral, si tropezaba con un papelero, indagaba luego si sabía el catecismo; las conversaciones las derivaba siempre al cauce del amor a Dios, exaltando sus bondades.

Recordaré dos incidentes en que tuve intervención, y que revelan el celo apostólico de don Rafael; a raíz de la ocupación de la Metrópoli por las fuerzas carrancistas, que se entregaban a

toda clase de excesos, viajando en un tren eléctrico algún ocupante en voz alta clamaba iracundo contra los abusos de los vencedores, terminando en su indignación por ir a soltar una palabra soez... para interrumpirse, dirigiéndose a todo el pasaje en estos términos:

—¿No hay alguna persona que quiera completar la frase? Porque a mí la educación no me permite concluírla.

Carcajada general celebró la ocurrencia, sirviéndose luego don Rafael del suceso para decir que las palabras groseras que usaba nuestro pueblo eran vituperables sólo por la intención ofensiva que las inspiraba; que carecían de significado y acusaban falta de educación; que a Dios gracias los mejicanos éramos mal hablados, insolentes; pero no blasfemos, como ocurría en otros países en que tan gravemente ofenden a Dios y a la Santísima Virgen con ese pecado tan repugnante, que nunca debería manchar nuestros labios, acabando por exhortar a los que lo escuchábamos a pedir misericordia para todos los que de esa manera herían el corazón de Jesús, muerto en la cruz para redimirnos.

Durante la persecución callista recibió Mons. Guízar una cita de comparecencia al Juzgado de Distrito que regenteaba el Lic. Abelardo Cárdenas Macgregor, que se servía dispensarme alguna consideración, por lo que propuse al señor Obispo agenciar que lo examinaran en su domicilio accidental; se negó a ello, y lo acompañé para que se presentara en el día y hora que se le fijó; llegamos una tarde al viejo Palacio de Donceles, nos dirigimos al local que ocupaba el Juzgado, introduje a don Rafael con el Secretario y yo me dirigí al despacho del Juez para suplicarle que desahogaran rápidamente la diligencia, a lo que accedió gustoso, teniendo la atención de salir a recibir al Mitrado compareciente, quedando sorprendidos de ver que estaba rodeado de los empleados y del público que por diversos motivos se encontraban en la

dependencia citada. El misionero estaba ya en acción, hablando sobre un tema delicado en aquel medio, pues combatía a las sociedades secretas que eran enemigas de Dios, todo bondad y misericordia.

Como no podía ver una persona que le pareciera necesitada sin apresurarse a socorrerla, este afán de caridad lo vió premiado varias veces con frutos inesperados.

Una vez observó que un jovencito hacía oficios de trapero hurgando en la basura; sorprendido le preguntó si buscaba algo, oyendo como respuesta que su madre estaba enferma y que él revolvía aquella bazofia con la esperanza de encontrar algo utilizable para venderlo y hacerse de recursos. Le dió luego un peso y le dijo que fuera a comprarlo de pan y se lo trajera; cumplió el encargo el muchacho, y al escuchar de labios de su benefactor que se lo llevara a su casa para que lo diera a su madre, mostró tal regocijo echando a correr, que Mons. Guízar hizo que lo alcanzaran, lo detuvieran y lo condujeran de nuevo a su presencia. Quiso cerciorarse, ya no de que no lo engañaba, sino de la hondura de la necesidad de la enferma y de su vástago, y subiendo a éste al coche le pidió su dirección e hizo al chófer que a ella se dirigieran.

El cuadro que se ofreció a la vista del caritativo Prelado fue de extrema necesidad; la enferma ofrecía síntomas de gravedad y la pobreza y el abandono no podían ser más completos; entró en acción el misionero, auxilió espiritualmente a la paciente, la confortó, le ofreció hacerse cargo del chico... y de éste hizo un sacerdote.

De mediados de junio de 1901 a enero de 1903, en que don Rafael fue nombrado Padre Espiritual y Profesor del Seminario de Zamora, se le dieron oportunidades para que se dedicara a misionar, lo que hacía sin interrupción en diferentes lugares, lo

mismo en la Hacienda de San Diego que en Cotija, en Sahuayo que en Jiquilpan, en Zamora que en Jacona, en San Pedro Caro que en Cojumatlán, donde se presentaba la ocasión, predicando a mañana y noche y confesando horas y horas, principalmente para terminarlas, en que con frecuencia le sorprendía la indecisa luz del amanecer, con fruto tan grande, que al terminar una de las que dió en su lugar natío, y a la que concurrieron cientos de individuos de todos los alrededores, muchos con negro historial de crímenes, le aconteció algo tan extraordinario, que cuesta esfuerzo creerlo y que relataremos en su oportunidad, porque nos lo ha referido persona que lo presenció, y que es digna de todo crédito.

La gestión del Padre Espiritual en el Seminario dió desde luego fruto, pues contaminó a los seminaristas de su fervor religioso; todavía muchos recuerdan cómo iba a despertarlos con su canto favorito:

¡Oh Virgen Santa,
Madre de Dios,
sois la esperanza
del pecador!

o bien con los misterios

Venid y vamos todos
con flores a porfía
con flores a María...

Aun no había collados,
ni montes, Señora,
ni mares, ni aurora
ni claro arrebol...";

cómo hizo se generalizara la costumbre de la comunión diaria y que cada viernes fuera general en el Establecimiento; para lo que la víspera desde por la tarde don Rafael se sentaba en el confesionario para no levantarse sino hasta bien entrada la noche.

Pero ni sus deberes de formador de conciencias, ni las horas que tenía que dedicar a las clases que servía, limitaban su actividad prodigiosa de apóstol, pues se dedicó a fundar un colegio para niñas, servido por religiosas teresianas, montado con todas las exigencias de la época y las prevenciones de la pedagogía, que tuvo gran éxito, y donde a las alumnas internas se les cobraba por pensión mensual, dándoseles alimentos, asistencia médica, medicinas y además de la enseñanza ordinaria clases de adorno, como la de piano, de dibujo, de pintura, la suma de ¡OCHO PESOS! Naturalmente el internado se vió siempre concurridísimo por jovencitas venidas de diversas poblaciones, y, naturalmente también, mes a mes el plantel tenía deficientes considerables de miles de pesos, que absorvían el patrimonio familiar del señor Guízar. Pero ¿qué importaban esas pérdidas materiales si se estaba realizando el apostólico propósito de proporcionar sólida instrucción religiosa a multitud de educandas que mañana serían madres que formaran hogares felices y que sabrían llevar a sus hijos a Dios? ¡Qué diferencia de lo que ahora se ve en muchos colegios católicos, convertidos en productivo negocio!

D. Rafael no prescindía de lo que podemos llamar su idea matriz, la de misionar, la de que hubiera muchos Franciscos Javieres, y pensó en fundar un Colegio donde se formaran, y el 3 de junio de 1903, miércoles de Pentecostés, fundó en Jacona, Mich., la Congregación de Misioneros de Nuestra Señora de la Esperanza, asistiendo al acto el Ilmo. Sr. Fernández, el señor Canónigo don Ramón Contreras y otros sacerdotes, procediéndose a que el P. Félix Aldasoro, S. J., diera una tanda de ejercicios a los fundadores de la Congregación, que fueron: el actual Excmo. Sr.

Obispo de Chihuahua don Antonio Guízar Valencia, los sacerdotes J. de Jesús Rojas, Manuel y Benjamín Silva e Ignacio Custodio, el diácono Antonio Sánchez, dos minoristas y don Rafael Madrigal.

Por razones de conveniencia se cambió la residencia de la Congregación a Tingüindín, Mich., donde el 29 de junio de 1904 hicieron los primeros votos los futuros misioneros, después de una tanda de ejercicios que les dió el P. don Pedro Delgado, S. J., —quien años más tarde falleció en Chihuahua, donde se le tuvo como santo— predicando en el cantamisa del que habiendo ingresado como diácono, había recibido ya la orden del presbiterado.

Poco tiempo después volvió a su residencia primitiva la Congregación, estableciéndose en Jacona en una casa amplia y bien acondicionada, viéndose aumentada con el ingreso de varios seminaristas, teólogos y hermanos coadjutores, disponiendo don Rafael en 1906, sin duda alentado por el éxito que en Zamora tenía su colegio para niñas, que se abriera un internado para niños, bajo la dirección de su hermano don Antonio, que contó igualmente con crecido número de alumnos, algunos de los que, al terminar los estudios primarios, ingresaron a la Congregación

Ni sus labores en el Seminario, ni las atenciones que le reclamaban el Colegio Teresiano y la Congregación de Misioneros hacían que el señor Guízar desatendiera las misiones, que encomendaba a algunos de aquéllos, cuando personalmente no podía hacerlas, recomendándoles siempre que las efectuaran conforme al plan por él seguido, que no recibieran un centavo por estipendio y que las distribuciones comenzaran exactamente a la hora señalada.

El nombre de don Rafael se escuchaba dondequiera, había salvado los límites de la Diócesis a que pertenecía, se le admiraba por su celo y su caridad, contaba con el cariño y la admiración

de Prelados eminentes, ya desde 1903 ocupaba un sitio en el Coro como Prebendado, se le vaticinaba Mitra y su influencia social en Zamora era decisiva, pues no había quien no se sintiera dispuesto a secundarlo en sus empresas, loando las virtudes que lo enaltecían. Esto determinó que en algunas almas el gusano de la envidia iniciara su labor, obra diabólica encaminada a impedir un apostolado fecundo, y que don Rafael comenzara a apurar el cáliz del dolor sufriendo hondas tribulaciones, quizá más por la maldad de los que lo calumniaban, que por los padecimientos que él ofrendaba a la Divina Misericordia por la salvación de sus enemigos. ¿Era el sufrimiento crisol para que purificara su celo y no dejara que la polilla de la vanidad lo mancillara? Para nosotros fue la prueba del fuego por la que pasaron San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San José de Calazans, San Elzeario y tantos otros predestinados para llegar a la santidad.

Don Rafael luchaba por defender su Congregación de Misioneros, la que transladó en diciembre de 1909 a Cuernavaca, Mor. siendo recibida cariñosamente por el Ilmo. Sr. Obispo don Francisco Plancarte; pero con pena inmensa se vió estrechado a ordenar su disolución en junio de 1910.

LA SUSPENSION

Las biografías no son más que la historia de una vida, como lo indica la etimología de la palabra. Luego tienen que escribirse íntegras, completas, porque suprimir cualquier hecho es entregar trunca la historia, es no hacer la biografía.

Por esta razón no podemos callar uno de los capítulos más interesantes en la existencia del señor Guízar, porque es el crisol en que mejor pueden apreciarse los altos quilates de virtud en esa alma privilegiada, que dió altísimo ejemplo de obediencia y que por años se sometió resignado a la injusticia y en silencio sobrellevó el estigma que la calumnia ponía en su frente.

Disponíase una noche el señor Prebendado Guízar a dar la bendición con el Santísimo, en la catedral de Zamora, al terminar el ejercicio vespertino, cuando fue sorprendido con el oficio que desde Jacona le enviaba abierto el Ilmo. Sr. Obispo Lic. D. José María Cázares y Martínez, imponiéndole la pena de suspensión, que le impedía celebrar el santo sacrificio de la Misa, pues se le dejaban facultades para confesar, predicar y ejercer las demás funciones propias del sacerdocio.

Un golpe de mazo recibido en la cabeza le habría proporcionado menos dolor y sorpresa a don Rafael, que la noticia del castigo que se le imponía. ¿Qué había hecho para merecer la severa pena? Su conciencia estaba tranquila; en vano se debatía buscando en la memoria acto que la ameritara; en su cerebro las

ideas giraban con velocidad de torbellino en el afán de explicarse lo inexplicable...

Afligido, conturbado, procedió a terminar el piadoso ejercicio; se oyeron las notas del "Tantum ergo..."; incensó al Rey de reyes preso en el viril de la custodia, a los acordes del "Genitori, genitoque"; bendijo a la devota muchedumbre arodillada, y con efusión hondamente sentida, al reservar al Santísimo, lo oprimió fuertemente contra su corazón y en muda súplica le dijo: "Señor, Tú conoces mi inocencia; acepto la humillación que se me inflinge; viviré el dolor de no poder hacer que bajes a mis manos pecadoras, y Tú harás que brille la luz y resplandezca la verdad".

Inquirió el origen del castigo y supo que se debía a una intriga; en la sacristía de la Catedral había aparecido, tirado en el suelo, un papel en que se censuraba al Prelado señor Cázares, un anónimo despreciable; alguien lo colocó o falsamente dijo haberlo encontrado, en el cajón donde se guardaba la ropa eclesiástica del Prebendado señor Guízar y con esta indicación fue puesto en manos del Ilmo. Sr. Obispo.

El análisis más somero, hecho por cerebro no ofuscado, habría bastado para sospechar que por medio anduviera alguna intriga. El anónimo es arma de que no se sirve persona alguna de principios sólidos y buena educación, como el señor Guízar; pero el Ilmo. Sr. Cázares había sufrido un ataque ceroso y no había quedado bien de sus facultades intelectivas. Se ofuscó, tuvo como un hecho que don Rafael lo había escrito y le impuso la suspensión.

Quizá en este asunto haya intervenido un antecedente, que había molestado al señor Obispo. En una región de Michoacán vivía un sujeto, conocido como César, al que se suponía muy rico y que llevaba vida disipada, siendo amo y terror en la comarca. Habiendo enfermado quiso reconciliarse con Dios y solicitó los

auxilios del Párroco en cuya jurisdicción se encontraba, quien le negó la absolución hasta en tanto no cubriera los diezmos que adeudaba.

Agravábase el paciente y alguien refirió a don Rafael lo que ocurría, ofreciéndose él a disponer espiritualmente al que estaba a un paso de la muerte, como lo hizo, advirtiéndole que tenía obligación de cubrir cuanta deuda tuviera, contestándole el penitente que estaba arruinado, que había consumido su fortuna en sostener la vida de ostentación que había llevado, aparentando ser el hombre más rico de la región.

El Párroco que se había negado a absolver al César, acudió con el señor Obispo Cázares y Martínez a referirle lo sucedido en son de queja, y éste llamó luego al señor Prebendado Guízar para hacerle una amonestación, que rechazó diciéndole:

—Soy teólogo, Ilmo. Señor, y conozco mis deberes; ejercí un acto de mi ministerio y de él no tengo que darle cuenta más que a Dios.

Tal vez este choque, aunado a la labor que dos personas, un sacerdote y una dama, que estaban cerca del Prelado y se sentían celosos de la simpatía social que nimbaba la figura de don Rafael, haya influído en el ánimo del señor Cázares para suspenderlo, habiéndose rumorado entonces que también existía el deseo de acabar con los colegios que el señor Guízar sostenía en Zamora y en Jacona, especialmente la Congregación de Misioneros de Nuestra Señora de la Esperanza.

Pero conocido el origen aparente de la pena, el señor Guízar se presentó ante su Prelado para hacer esta brevísima exposición y defensa: "Por este Cristo que tengo en mis manos y ante cuyo Tribunal compareceré a dar cuenta de mis actos, juro que no soy el autor del anónimo ni tuve conocimiento de él". Si no mediase ofuscación, ante el juramento anterior, conocida la formación espiritual de don Rafael, hubiera cesado el castigo; pero el

Ilmo. Sr. Cázares persistió en su determinación y el castigado se resignó a sufrir la pena infamante sin hacer personalmente gestión alguna para que se le levantara.

El suceso produjo escándalo en Zamora, donde don Rafael y su familia eran grandemente apreciados, y abundaron las personas, sacerdotes y seglares, que se ofrecieron a interceder en favor de aquél, acercándose al Prelado, que se negaba a escucharlos. La sociedad zamorana tenía en alta estima a dos prominentes abogados, dechados de honorabilidad, don José María Dávalos y don Perfecto Méndez Padilla, quienes resolvieron visitar al señor Cázares, obligando al hermano del señor Guízar, don Prudencio, a que los acompañara, para pedir que se levantara el castigo injustamente impuesto a un sacerdote ejemplar y de cuya inocencia estaban convencidos. Residía en Jacona el señor Obispo y allá fueron a visitarlo para interceder por el suspenso; pero a cuanta razón alegaban los jurisconsultos para fundar su solicitud, el señor Cázares respondía únicamente, como si fuera un estribillo:

—No levanto la suspensión, no levanto la suspensión.

Los abogados suplicaron entonces se les pusiera en contacto con el Juéz que tramitara el proceso canónico correspondiente para actuar como defensores, diciéndoseles que no se había abierto, que se obraba "ex informata conciencia" y que no se levantaría la suspensión hasta que "don Rafael comprobara que no había sido él el autor del anónimo", lo que obligó a don Prudencio a hablar, manifestando al Prelado, que siendo él un ilustre abogado que conocía perfectamente el derecho civil y el eclesiástico debía saber que la obligación de la prueba incumbía al que afirmaba y no al que negaba, lo que contrarió sobremanera al señor Cázares, quien replicó:

—Mire, Guízar; si alguna persona se presentara ante mí jurándome ser el autor del anónimo, ni así le levantaría la suspensión a su hermano".

D. Prudencio, indignado, se levantó del asiento que ocupaba, y expresando: "no es una autoridad eclesiástica la que obra, sino la pasión humana, y nada tengo que hacer", salió inmediatamente de la sala, seguido por los señores Dávalos y Méndez Padilla, que se retiraron decepcionados porque pudieron valorar la ofuscación que señoreaba los actos del Prelado.

El señor arzobispo de Puebla, Dr. D. Ramón Ibarra y Gonzulez estuvo en Zamora, interiorizado de la persecución de que hacía víctima a don Rafael, y fué a visitarlo luego, diciéndole: "Vengo a dar honra a quien tan injustamente se trata de deshonrar", y repitiendo sus visitas durante su permanencia en la ciudad. Otros Prelados, los de Guadalajara, Morelia, San Luis Potosí, Tulancingo, Tabasco, para mencionar a algunos, así como altos personajes de Méjico, entre los que puede citarse a Monseñor don Joaquín Araoz, convencidos de la inocencia de don Rafael, le testimoniaban su afecto y algunos lo exhortaban a que ejerciera la totalidad de sus funciones sacerdotales, sosteniéndole que conforme al Derecho Canónico, como él lo sabía muy bien, la pena que le habían impuesto era inválida, especialmente después de haber transcurrido seis meses, porque entonces debió abrirse el proceso correspondiente, lo que no se hizo; pero el señor Guízar, dando ejemplo de obediencia heroica, continuó sometido a la injusta determinación de su Prelado; se conformaba y confortaba con recibir públicamente día a día el Pan Eucarístico y ofrecer sus sufrimientos a Dios Nuestro Señor por la conversión de las almas extraviadas.

Como entre varios centros de Zamora corrió el rumor de que la persecución contra don Rafael obedecía a celo por el esplendor y fruto de sus obras, habiendo empeño en destruirlas, don Prudencio acudió a la Delegación Apostólica deseoso de poner fin al escándalo originado por la suspensión, para que ordenara a su hermano que prescindiera de dichas obras, sin conseguirlo, pues

se le dijo que debería proseguirlas, recordando los ejemplos que ofrece la Historia de la Iglesia en que las empresas encaminadas al provecho espiritual de las sociedades han sido siempre objeto de rudos ataques.

Ante la persistencia del señor Cázares, empeñado en mantener una situación que a medida que se prolongaba se hacía más aguda, se pensó en que don Rafael, su hermano don Antonio y los principales auxiliares que tenían en el Colegio de Misioneros, se alejaran de la Diócesis de Zamora, y una ocasión en que el Prelado se encontraba en la capital de la República, hospedado en el Hotel Colón, propiedad de don Jesús Hernández García, don Prudencio y don Antonio obtuvieron que los recibiera; en presencia de dicho señor, se lo propusieron como recurso conciliatorio para zanjar el problema creado, manifestándose conforme con tal solicitud el señor Cázares. Se le pidió que ordenara el libramiento de los oficios respectivos, y contestó que con su palabra bastaba, por lo que los Padres Guízar, Custodio, Silva y Sánchez se dirigieron a Tulancingo; pero al tener noticia de ello el señor Obispo zamorano, de nuevo en su sede, telegrafió a Mons. Dr. D. José Mora y del Río, anunciándole que habían salido para su Diócesis unos prófugos y que le prohibía que los aceptara.

D. Prudencio se encontraba en Méjico todavía, y al tener noticia de lo sucedido se apresuró a ponerlo en conocimiento del Excmo. Sr. Ridolfi, Delegado Apostólico, dándole el antecedente de que había accedido el señor Cázares a que temporalmente se ausentaran; se resistió a creerlo, dudando de lo que escuchaba; pero aquél señaló como testigo al señor Hernández García, quien fue llamado en el acto y ratificó la información dada por el señor Guízar, apenándose el señor Delegado por haber dudado de la verdad de la información y exhortando a su dialogante para que continuara defendiendo la inocencia de su hermano. Tenga

paciencia —dijo— si para quitar a un Cura se tropieza con dificultades, calcule lo que significa destronar a un Obispo.

El problema no ofrecía otra salida; la injusta suspensión impuesta no podía ser levantada más que por el que la había decretado y mantenía contra las leyes canónicas, sin abrir el proceso correspondiente, o desaparecer automáticamente por su muerte. Y como parece que la Santa Sede tenía ya noticias y quejas de otros desaciertos que acusaban en el señor Cázares perturbación en sus facultades intelectuales, pues sin motivo había roto con su Coadjutor el Ilmo. Sr. D. José de J. Fernández, a quien se hizo Abad de la Colegiata de Guadalupe el 4 de octubre de 1907; había dado escándalo suspendiendo al eminente predicador Dr. D. Antonio Plancarte y Labastida, porque había dicho misa en Zamora sin presentarse antes a que se le revisaran sus licencias, cuando era público y notorio que las tenía en vigor y disponía además de un plazo de 72 horas para presentarlas; y también había permitido que una religiosa profesa de Comunidad que él había aprobado y además recibídole los votos, fuera sacada del claustro, atendiendo recomendación del gobernador don Aristeo Mercado, y fundando su desusado acuerdo en el artículo 4o. de los Mandamientos de la Ley de Dios, optó por separarlo de su cargo, nombrándolo Arzobispo de Zisico el 5 de abril de 1908 y cesando en su calidad de obispo residencial en Zamora.

No pudo el señor Cázares resistir el golpe; sus males aumentaron y se marchó a Guadalajara, donde falleció el 31 de marzo de 1909.

El Cabildo de Zamora designó entonces Vicario Capitular al señor Canónigo doctor don Jenaro Méndez del Río, quien se avocó al conocimiento de la suspensión, que real y canónicamente había terminado con la muerte del que tan injustamente la impuso y la mantuvo ilegalmente; pero como este acontecimiento había causado honda perturbación social en Zamora y ocasionado

entre algunos grupos descrédito para el señor Guízar, no quiso que quedara duda sobre su inocencia y designó un Tribunal Eclesiástico que depurara el caso, tribunal que por unanimidad de votos la proclamó, como años más tarde lo hacía Roma al elevarlo a la dignidad de príncipe de la Iglesia, que no se le hubiese otorgado si hubiese habido justicia en la suspensión. De esa manera la reivindicación fue completa y premiado quien heroicamente recorrió un camino de humillación y afrenta injustamente.

Para sustituir al señor Cázares fue preconizado Obispo de Zamora el señor doctor don José Othón Núñez, quien facultó al señor Méndez del Río para que tomara la posesión de la Diócesis, a donde él llegó el 8 de agosto de 1909, elevando a poco andar al señor Guízar a la dignidad de Canónigo.

EL ESCRITOR

Mi conocimiento personal del entonces señor canónigo don Rafael Guízar Valencia data de mayo de 1912; él trabajaba con su actividad inagotable en conseguir fondos para publicar "LA NACION", que iba a ser órgano del Partido Católico Nacional, y yo había sido llamado por el señor arzobispo de Méjico, Dr. D. José Mora y del Río, para que dirigiera dicho diario.

Por de contado que a don Rafael no le interesaba que fuera a ser el vocero de los principios de un partido político; a él le entusiasmaba contar con un diario que tuviera un programa íntegramente católico; comprendía la importancia de la prensa, el influjo que ejerce en las sociedades, y quería que existiese una publicación moderna, que contrarrestara la labor de los periódicos enemigos. Y si puso todo su celo en conseguirlo, desdichadamente la apatía de nuestros correligionarios no supo corresponder con largueza al esfuerzo del propagandista de la idea; la aportación fue mezquina, insuficiente, lo que deploraba grandemente don Rafael, porque no podía darse a "LA NACION" el impulso deseado.

Pude entonces apreciar la rectitud de sus principios; no conseguían desviarlo de la línea recta las simpatías personales, ni el respeto que por su jerarquía le merecían todos los miembros del Episcopado.

Tuve distintas oportunidades para apreciarlo. Reprobó francamente la traición de Victoriano Huerta y repetidas veces usó de su influencia para que fracasaran las maniobras de los que deseaban que el Partido se aliara con él; todavía cuando la ocupación de Veracruz por las fuerzas americanas, en que los partidarios de que nos aliáramos con el infidente hicieron su última tentativa, el señor Guízar se acercó al Sr. Lic. Perfecto Méndez Padilla, que presidía nuestra agrupación, para encarecerle mucha serenidad y discreción en hora tan difícil; que se protestara por la invasión al territorio nacional; pero sin manifestar nada que significase alianza con el Gobierno, y conforme a esta sugestión se formuló el histórico documento que el Partido dirigió a la Nación.

Por supuesto que sus agencias para reunir fondos, no le impedían dedicarse a sus labores de misionero trashumante entonces, pues las ejercitaba en todas partes y con cualquier pretexto, lo mismo para hacerles entender a los creyentes la importancia y necesidad de la prensa católica y urgirlos a que la favorecieran, que describiéndoles el avance de la corrupción en las costumbres por los espectáculos inmorales y el olvido de Dios, que llevando las conversaciones por los canales de la piedad, o acudiendo con el socorro pecuniario dondequiera que sorprendía una necesidad, sin esperar a que se lo pidieran.

Deploró la conducta de los que se prestaron a servir en la administración espúrea, dando lugar a que se nos creyese vinculados con el detentador del Poder, no obstante, que entre ellos figuraban personas de tanto aprecio para él como el Sr. Lic. Francisco Elguero. Suscitóse una controversia porque su hijo José, que dirigía "El País", atacó al Partido Católico y a su órgano periodístico y condenó tal actitud con toda energía; hubo agitación, y habiendo intervenido, a petición de los abogados Elgueros, algunos respetabilísimos Prelados, ante ellos sostuvo que toda la

razón estaba con "La Nación", y que aquéllos, ofuscados por la pasión política y la ambición, no se conducían como verdaderos católicos.

Durante los días de la Decena Trágica su celo apostólico encontró amplísimo campo de acción, pues anduvo en todos los sitios de peligro auxiliando a los que caían heridos, exhortando al arrepentimiento a los que miraba cercanos a la muerte, y visitando las casas de sus amigos que se encontraban situadas de las zonas donde se combatía para informarse de ellos, por si les hubiere ocurrido alguna desgracia, o para allegarles los elementos de vida de que no podían proverse sin grave riesgo. Principió su tarea el mismo domingo en que estalló la sublevación, siendo nada menos que el Zócalo —la Plaza Principal— el sitio elegido para auxiliar a los moribundos; terminada allí su labor se dirigió a los hospitales a donde habían sido transladados los heridos para exhortarlos a la confesión y cuando por la noche llegó a su domicilio, sin haber tomado alimento, rendido por la fatiga, como trofeo de su apostolado llevaba el sombrero atravesado por las balas, que maravillosamente respetaron su vida.

Instáronle con este motivo a que desistiera de tal actividad porque peligraba su vida, e indignado les respondió: —¿Qué Dios no me hizo sacerdote para que salvara almas? No faltaré a mi ministerio por consideraciones humanas, que ofenden a la Providencia.

Esta idea fue norma básica en la vida de don Rafael; él vivía para llevarle almas a Dios. Lo mismo cuando era simple sacerdote que cuando fue elevado a príncipe de la Iglesia, no pensaba más que en acudir a donde sabía que alguna persona necesitaba los auxilios de la Religión; no se excusaba de hacer los oficios encomendados a un vicario o a un cura, ni se cuidaba de la posición o del rango del que podía recibirlos.

En esta función lo vimos muchas veces ya siendo Obispo; lo mismo asistía a cristianos de abolengo, como, por ejemplo el caballeroso doctor don Manuel Zubieta, que procuraba conquistarse a los que se manifestaban incrédulos o se habían abandonado en las prácticas religiosas que les imponía su credo. En algunas partes se le recibía con los brazos abiertos; en otras con renuencia dentro de las fórmulas de la buena educación, como le pasó con el famoso editorialista de "Excélsior", economista y dramaturgo, don Carlos Díaz Dufoo; en varias hasta con grosería por alardear de anticlericales.

Le tocó llevar al redil a muchas ovejas extraviadas, que reconquistó con el ejemplo de su humildad y de su caridad, recordando, entre otras, a un distinguido jurisconsulto, autor de las reformas que en 1929 se le hicieron al Código Penal; que habiendo seguido la carrera diplomática ocupó puestos prominentes en diversos países y al que le atacó la lepra. Supo de las consecuencias dolorosas que acarrea la presencia de tan terrible enfermedad; debe haberse sentido amargado por hondas decepciones. Tuvo noticias don Rafael de la situación en que se encontraba dicho enfermo, el Lic. D. José Almaraz, y fué a él llevándole el caudal de consuelos de su celo y su abnegación; se los prodigó sin tasa hasta verlo morir en sus brazos... ¿La lepra?... A todo mundo le espanta hasta pensar en ese mal incurable; causa horror ver que la carne se convierte en pingajos...

A don Rafael, a semejanza de Santa Isabel, de Santa Catalina, de tantos bienaventurados, las llagas deben haberle parecido rosas...

Relacionados con la campaña que hacía para allegarse fondos, o bien con distinto tema, pero siempre encaminado a la difusión de sus ideas y a la conquista espiritual de las almas, don Rafael escribió varios artículos en "La Nación", sin firmarlos, pues enemigo era de la publicidad si a él se refería. Y según

referencias del autor del fascículo "El Obispo Santo" —que nos ha presentado a un auténtico Margarito Ledesma—, dicho sea de paso

> "a escribir, muchas horas se entregaba
> elocuentes artículos morales,
> que Arenas Guzmán le publicaba
> en sus periódicos bisemanales.
> Mucho escribió para su amada grey
> contra el *gobierno* (?) veracruzano
> defendiendo de Dios la eterna ley
> y los derechos del pueblo cristiano".

Sin duda que tales artículos tampoco iban calzados con su firma, pues ni hubiera sido prudente, ni nosotros recordamos haberlos visto así en "Omega" y en "El Hombre Libre", que eran los periódicos de don Diego Arenas Guzmán, y tal vez los únicos que podían darles hospitalidad. Probablemente los leímos sin pensar que fueran producto de la pluma del ya entonces perseguido Pastor de la grey veracruzana.

No puede afirmarse que don Rafael haya sido periodista en la acepción exacta de la palabra; pero sí que se sirvió de la escritura para su apostolado, ya que es sabido que, aparte del arreglo que hizo del catecismo del P. Ripalda adaptándolo para las misiones, y de las Cartas Pastorales que dirigió a sus diocesanos, la propaganda para su obra principal de misionero la hacía mediante las cartitas de invitación que mandaba con profusión a cuanta persona se le indicaba en cada lugar, y además existe el testimonio del auténtico Ledesma, de que "Todo cuanto escribía mandaba —imprimir en volantes a millones— que a sus amados hijos enviaba para fortalecer sus corazones".

Faltando al orden cronológico que quisiéramos llevar, hemos perfilado aquí una de las múltiples facetas de Mons. Guízar, ya

que ocupándonos en sus trabajos en "La Nación", nos pareció prudente referir otros de la misma índole, pues es su vida tan compleja, tan interesante y tan extraordinaria, que al examinarla en cualquiera de sus múltiples aspectos, por analogías trae a la memoria referencias o anécdotas que no deben omitirse.

Debemos aclarar que es inexacto que Mons. Guízar haya escrito en "El Hombre Libre" con el seudónimo de Silvano Velarde; quien lo usó fue nuestro querido amigo el Sr. Pbro. D. Amado López, q. e. p. d. Atribuir los artículos de éste a aquél es desconocerlo en absoluto. Ni divergía en opiniones, respecto a los arreglos de 1929, con los Sres. Ruiz y Díaz, ni aunque existiera divergencia la habría externado por la prensa, ni los habría atacado, rebelándose en cierta forma contra el Sumo Pontífice que aprobó tales arreglos.

En unas cuantas pinceladas hemos ya dicho algo sobre sus actividades en el período comprendido entre la aparición de "La Nación" y los meses de desgobierno de la usurpación, para seguir con lo que podríamos llamar el inicio de la verdadera obra de sacrificio, de austeridad y de apostolado de don Rafael, principiada en las cálidas regiones de Morelos cuando la ruptura entre el carrancismo y el villismo encendió de nuevo la lucha.

BAJO LA PERSECUCION

En los aciagos tiempos en que la Capital de la República estaba a merced de los revolucionarios, en que entraban unos para salir otros, en que a cada amanecer nos preguntábamos si estábamos en poder de los zapatistas o de las fuerzas de Pablo González; cuando sufriendo real estado de sitio fue preciso que la Cruz Roja enviara alimentos para aliviar el hambre de la mayoría de los habitantes; cuando muchas gentes daban caza a los gatos para sacrificarlos y condimentar un guiso, o cortaban las yerbas que crecían entre las junturas de los empedrados para un platillo de verdolagas; cuando hasta en los canes callejeros se reflejaba la miseria general, pues se les veían esqueléticos, porque no encontraban piltrafa o desperdicio con que alimentarse, el señor Guízar se consagró a operar en territorio de Morelos.

Primero se disfrazó de buhonero que en su tienda portátil cargaba cintas, agujas, botones, peines, baratijas de quincallería y así anduvo recorriendo a pie los caminos para llegar a los lugares donde se registraban combates; allí el mercader abandonaba su mercancía en cualquier sitio y el misionero se dedicaba a auxiliar a los moribundos y a impartir cualquier socorro a los heridos, siendo frecuente que esperara a que los combatientes abandonaran el campo para que, si no recogían a sus muertos, dedicarse él a darles sepultura.

Después, como el disfraz elegido era el que más acostumbraban usar los espías, se convirtió en médico homeópata, y en lugar de las chucherías que deslumbraban a las campesinas, puso los para muchos inocuos medicamentos de esa terapéutica tan discutida, y fue conocido como el doctor, al que alguna vez Zapata le pidió que ocupara la tribuna en la celebración de una fiesta patria, a lo que no pudo negarse, y si al principio pudo ceñirse a loar al héroe que se rememoraba, pronto en él hizo irrupción el misionero, estando a punto de denunciarse, ya por el curso que estaba dando a su discurso, como porque por poco lo termina dando la bendición, como si estuviera en el púlpito. Este incidente lo supe de boca del propio actuante.

Durante ese período de actividades en Morelos, el señor Guízar nunca tenía hospedaje, no llevaba maleta, dormía a la intemperie, se protegía del sol con la sombra de cualquier árbol o se defendía de la lluvia acogiéndose a alguna cueva. Llevaba un doble juego de ropa interior; cada semana lavaba personalmente el que había tenido pegado al cuerpo y una vez que estaba seco se lo ponía encima del otro que le cubría la piel. El traje consistía en un saco rabón de dril, en un pantalón de "brinca charcos" de la tela llamada cantón y en un chaleco de material parecido, en cuyos bolsillos llevaba un reloj corriente asegurado con una agujeta para zapatos, el rosario y su crucifijo.

¡Cuántas veces lo ví llegar en esa facha a mi modestísima casa, en la calle del Chopo número 150, a donde su caridad lo llevaba para saber de mi familia y de mí, entonces perseguido rabiosamente, e informarse de una sirvienta que había encomendado al cuidado de mi esposa! Alguna vez llegó su hermano, el actual Excmo. señor Obispo de Chihuahua, a informarse con nosotros de don Rafael, dejándonos un buen surtido de ropa interior para que se la entregáramos la primera ocasión que nos visitase; no olvidaré el regocijo con que recibió el voluminoso

atado, exclamando: —¡Qué contentos se van a poner mis pobrecitos! Seguro estoy de que no utilizó prenda alguna, y de que antes de abandonar la ciudad para volver a los campos de batalla ya había repartido todo.

Sólo por el amor a Dios puede concebirse que una persona nacida en buenos pañales, acostumbrado a todas las comodidades, pudiese llevar por largos meses esa vida de miseria y de sobresaltos, exponiéndose a las inclemencias del tiempo, sin seguridad de probar un bocado ni de encontrar agua potable para calmar la sed y con el peligro constante de ser muerto por una bala, tan tangible, como que dos veces se vió herido, atendiéndose él mismo y sin cejar en su penosísima y apostólica tarea.

A muchos parecerá extraño, casi inverosímil, que vistiera con tanta pobreza, quien, como ya hemos dicho, había nacido y crecido en la opulencia; pero siendo ya obispo continuó ataviándose en igual forma; lo que se le obsequiaba de buena clase, o lo daba en seguida o lo vendía para repartir el producto entre los necesitados.

Siempre fue caritativo don Rafael; en Zamora me refirieron en enero de 1913 que sus hermanas no podían salir a visitas en la mañana, porque ya varias ocasiones les había pasado que al volver a casa se encontraban con que en la cocina no había nada de lo que tenían dispuesto para el yantar de mediodía; el señor Guízar lo había dado a algunas personas necesitadas que habían ido a pedir caridad.

Daba cuanto tenía a su alcance, dinero, ropa, semillas, dulces, calzado. Cuéntase que siendo ya obispo de Veracruz, en el primer año de su Episcopado, se llegó la fecha en que debía hacer la consagración de los Santos Oleos, y el criado Manuel Manilla, que le servía de camarista, con tiempo le preparó el atuendo necesario; pero la víspera se le ocurrió revisarlo, enterándose de que cuanto no era propiamente vestidura eclesiástica había

desaparecido. Don Rafael lo había regalado. Y fué andar de prisa para reponer lo obsequiado, que no duraría mucho en poder del dueño.

Si ni siendo príncipe de la Iglesia se cuidaba de conservar su ropa ¿habrá quien dude de que en sus andanzas por Morelos viviese como el pobre más necesitado? ¡Por Dios vivió así!

No era posible que cuando había auxiliado a tantos agonizantes, oído las confesiones de los soldados heridos, hecho bautismos y matrimonios para acabar con los amasiatos, pudiera conservar su identidad; se descubrió que no había tal doctor, sino un sacerdote, y tuvo entonces que andar a salto de mata para eludir el ser apresado, de lo que no se libró.

Hay versiones referentes a varias capturas: una ocurrió en esta ciudad, según lo relató el Padre don Benjamín, en presencia de su tio don Rafael, sin que éste lo rectificara, en la avenida República del Salvador, a inmediaciones del templo de Jesús, cerca de la calle de Pino Suárez, donde un mayor o coronel, que reconoció al señor Guízar, lo tomó del brazo para conducirlo al lugar en que sería encarcelado; pero al llegar a la esquina de la calle antes citada, se le soltó y tomando del cuello a su aprehensor le dió un empellón que lo hizo caer al suelo, boca abajo, pues tenía gran fuerza muscular, escabulléndose entre los transeúntes que se dedicaron a levantar al caído, y apresurándose a volver a Morelos, donde actuaba por aquel entonces; otra en este Estado, en que lo cogieron dos militares, y cuando lo conducían a la cárcel del pueblo, uno de ellos se alejó un poco para comprar cigarros; don Rafael se sirvió del alejamiento de aquél, de un golpe derribó al otro guarda y puso pies en polvorosa; otra efectuada en Puebla, que se refiere de dos modos; que estando dispuesto que lo fusilaran y teniendo guardas de vista, los convirtió, los confesó y huyó con ellos, lo que provocó la ira del

que ya lo creía fusilado, contándose que poco después aprehendieron a un italiano, confundiéndolo con el señor Guízar por los ojos azules y lo sonrosado de los carrillos y que sin oírlo lo sacrificaron; así lo relata el R.P.D. Ignacio Gustodio. Y yo sé, por relato del mismo interesado, hecho a sus hermanos de otra ocasión en que, habiendo escapado de ser aprehendido en esta capital, según lo relataré, lo fue en Puebla, librándose en forma distinta de la antes citada, por lo que ignoro si fue capturado en dicha ciudad dos ocasiones o si sólo una, existiendo discrepancia en la forma de salvarse, porque a D. Rafael le haya apenado hacer la crónica exacta de cómo realizó la escapatoria.

Se encontraba un día en casa de don Francisco Núñez, con quien llevaba gran amistad y parentesco político, en su domicilio de la colonia Guerrero, en la calle de la Camelia, para celebrar con una comida el onomástico o el aniversario del natalicio de alguna persona de la familia. Estaban ya en la mesa, presidiéndola don Rafael y teniendo a su derecha al jefe de la casa, cuando se presentaron unos agentes en busca de aquél, diciéndose sabedores de que allí se encontraba, y se introdujeron hasta el comedor.

Entonces don Rafael, haciéndose pasar como el dueño de la casa, se dirigió al jefe de los aprehensores:

—Le ruego a usted que no nos amargue este festejo sin razón; la persona que usted busca no se encuentra aquí, como puede comprobarlo fácilmente; haga usted que se identifiquen todos mis invitados sin dejar sombra de duda y se convencerá de lo que le digo.

Accedió el polizonte; todos los hombres que estaban a la mesa dieron sus nombres y demostraron su identidad; se convenció de que no se encontraba el buscado, al que, teniéndolo como el señor de la casa, no lo interrogó, y se retiró dando excusas.

Luego don Rafael se escapó, dirigiéndose a Puebla; no tardaron en volver al domicilio de Núñez otros enviados de la autoridad en busca de aquél, pues al relatar el anterior lo ocurrido y describir la figura del que tuvo como jefe de la casa, lo hicieron ver que había sido burlado por el propio perseguido, sufrió un chaparrón de injurias y se le arrestó en castigo por su torpeza.

Sea porque se supiera que el señor Guízar operaba en los límites de Morelos y Puebla, y que iba a esta ciudad con frecuencia, o porque alguien lo denunció y les dió la pista a sus perseguidores, el hecho es que no tardaron en darle alcance y apresarlo en dicha población, creyendo el aprehendido que se le había llegado la última hora, por lo que resignado formuló un acto de contrición y se abandonó a la voluntad de Dios.

Caminaba bien resguardado entre cuatro corchetes, cuando al llegar a la Plaza se le ocurre decirles, dirigiéndose al que fungía como jefe:

—¿Con que yo, Canónigo? Tiene gracia; si lo fuera no estuviera tan pobre ni tendría hambre; hace muchas horas que no pasa alimento por mi garganta. Ustedes dicen que están luchando por los pobres; yo soy uno de ellos ¿por qué no me dan algo que comer?

—A ver si es cierto —contestó el militar— vamos a un puesto y que le den unas tortas.

Comió la primera don Rafael como si realmente estuviera hambriento; le dijeron que tomara otra, y la engulló con avidez, siguiendo así hasta la cuarta, con lo que dejó convencido de su necesidad al que mandaba a los soldados.

—¿Pero de qué diablos vive? —le preguntó. —¿Qué oficio tiene?

—Soy músico; pero ya no tengo en que tocar; he vendido todo.

—¿Qué toca?

—Cualquier instrumento; piano, guitarra, mandolina, violín, acordeón, clarinete, saxofón...

Ordenó al mandador que se consiguieran un acordeón, y al traerlo lo pasó al preso:

—Ande, jale, a ver si es verdad.

Don Rafael no se hizo esperar; comenzó a tocar ante la sorpresa de sus guardianes y del público, que curioso se acercó a oírlo.

—También sé cantar —les dijo— y les soltó una canción ranchera.

En el corazón de la ciudad, cuando lo llevaban rumbo a la Penitenciaría, se improvisó tertulia; el preso no cesaba de arrancar notas al acordeón, ni de ensayar nuevas canciones.

—Vamos a seguirla de parranda con este músico ambulante —les dijo a sus subordinados el Mayor— vénganse.

Llegaron a una casa algo lejana del centro de la ciudad, comprendiendo el señor Guízar que era un prostíbulo. Su primer movimiento fue el de negarse a trasponer el umbral del burdel, el desear que mejor lo fusilaran... Jamás había puesto los pies en lugares semejantes... Si se descubría, lo sacrificarían... ¡Y había aún tantas almas en el mundo necesitadas de regeneración, de que las llevaran a Dios! Se reconcentró en fervorosa oración espiritual, demandó fuerzas para obrar según conviniese a los designios de la Providencia, purificó la intención y se dispuso a seguir complaciendo a sus custodios y aprehensores, que se dedicaron a libar con abundancia y a pedirle que les cantara canciones, canciones de todas clases, de las oídas en el vivac, de las que se escuchan en el Bajío, de las que parecen empapadas en llanto...

Don Rafael obedecía, mientras interiormente oraba, oraba con gran fervor... Se dolía de verse obligado a callar lo que sen-

tía, a no dirigirse a las pecadoras para exhortarlas a que dejaran el camino del vicio, para que odiaran el pecado, para que volvieran a Dios, al que vivían crucificándolo, renovándole los tormentos de su Pasión... Creía que nunca había apurado cáliz tan amargo, padecido tan hondamente...

Y sin duda que mientras sufría, buscaría el modo de apretar los cilicios que usaba para dar tortura a su cuerpo —burro flojo— como lo llamaba.

Por fin, cansados del desorden sus guardianes, sintiéndose ya agotados, el Mayor dispuso que terminara la juerga, y con indecible sorpresa para el preso, le dijo:

—¡Qué canónigo, ni qué fraile, ni que nada!... Tú eres un truhán; lárgate y para que vivas llévate el acordeón y estos cincuenta pesos...

Ni tardo ni perezoso acogió la orden liberadora, dió gracias a Dios con efusión hondísima y ya no pensó sino en expatriarse para ponerse a salvo de la persecución. Comprendió que, como sucedió en Méjico, no pasarían muchas horas sin que se aclarara que una vez más había burlado a sus aprehensores, y se dió prisa para no dejar huella de su existencia en el patrio solar.

Auspiciada por la respetabilidad de su Eminencia el señor Cardenal de La Habana, Dr. D. Manuel Arteaga existe la versión de otra captura del señor Guízar, que según el relato ocurrió en territorio de Morelos, y que de labios de éste escuchó aquel Prelado; iban ya a fusilarlo; lo habían colocado a espaldas de un cañaveral y dos cabos mandaban a los esbirros encargados de la ejecución; creyendo irremediable la muerte, tras encomendarse a Dios, se le ocurrió echarles a los jefecillos del pelotón el reloj que portaba; se dedicaron a disputárselo buscándolo entre las yerbas, se desentendieron los subordinados de la comisión recibida, y mientras el preso emprendió la fuga, contentándose los soldados con disparar sobre las cañas.

El acordeón fue en varias ocasiones de gran ayuda para los trabajos de don Rafael; me refirió que cuando fué a misionar a Tabasco, en la capital San Juan Bautista, ahora Villa Hermosa por gusto de Garrido Canabal, no conseguía público que lo escuchara; durante dos o tres días las campanas estuvieron llamando a la misión y no se presentaban más que unas cuantas señoras. El Jefe Político tenía la consigna de frustrarla y al efecto, a la hora en que los bronces convocaban a la oración, él hacía que una murga colocada frente a la iglesia se atrajera a todo el elemento masculino.

—¿Con que con música me disputan a la gente? —se dijo el misionero— ¡pues con música voy a atraérmela!

Y diciendo y haciendo, al sonar el primer toque de las campanas, sacó una silla y en la puerta del templo se puso a tocar el acordeón. La novedad del espectáculo hizo que se le acercaran hombres y mujeres a oírlo. y entre pieza y pieza de música comenzó la catéquesis en el atrio, seguida a poco bajo las naves de la Catedral, obteniendo —me decía— uno de los éxitos mayores por el fruto espiritual rendido.

Abundaron las conversiones —me refería— y el cacique se quedó burlado, pues llegó el momento en que nadie atendía a la murga por escuchar la palabra de Dios.

A propósito de Tabasco, referiré, aunque no encaja bien en este capítulo, lo que le acaeció otra vez que fué a misionar a dicho Estado: tenía todo listo para dar principio a la misión cuando recibió un telegrama de su Prelado el Excmo. Sr. Dr. D. J. Othón Núñez, llamándolo a Zamora.

Le contestó luego diciéndole que no podía ir porque iba a empezar la misión, y en respuesta recibió otro telegrama en que se le insistía en que fuera por urgir su presencia; no tuvo más que obedecer y aplazar la ya preparada y principiada misión.

Desahogado el asunto que lo llevó a Zamora, al volver a San Juan Bautista se encontró que el verano estaba muy avanzado y que el calor era extremoso; el termómetro marcaba 45º a la sombra, de modo que prácticamente hacía imposible que en lugar cerrado se concentraran cientos de personas con peligro de asfixiarse.

Afligido por el contratiempo, le dijo al Ilmo. Sr. Castellanos:

—Ilmo. Señor, Dios sabe que sólo por obediencia hice el viaje que me ordenaron interrumpiendo la misión; no fue culpa mía; ahora no nos queda otro recurso que orar pidiendo que baje la temperatura; vamos a pedírselo a Jesús Sacramentado.

Hiciéronlo los santos varones y el Señor atendió la súplica; aminoró el calor haciéndose llevadero, don Rafael llevó al cabo la misión, y mal había terminado ésta cuando volvió el termómetro a marcar los pavorosos 45º Naturalmente el misionero proclamó que el beneficio alcanzado se había debido a la santidad del Ilmo. Sr. Castellanos.

EN GUATEMALA

Del paso del señor Guízar por las tierras del Quetzal hemos oído contar verdaderos prodigios, que no queremos negar; pero que no hemos podido confirmar desgraciadamente. Lejos de ello a unos les encontramos casi perfiles de leyenda y otros nos parecen sospechosos al analizar su génesis. En efecto, muchas de esas cosas sorprendentes se le atribuyen al señor Obispo de Veracruz, y cuando don Rafael misionó en territorio guatemalteco no podía ni soñar en que iba a ser el sucesor del poeta de Valle de Bravo. Otras pueden ser creídas únicamente por quienes carecen de instrucción religiosa rudimentaria o desconocen la personalidad de nuestro insigne biografiado.

Contar como se cuenta que dando misiones en la Catedral de Guatemala llegó corriendo y con el sombrero puesto atravesó la iglesia para llegar al púlpito, es ignorar el a b c de las prácticas religiosas y desconocer el respeto que como lugar sagrado merecía un templo a don Rafael para admitir que se presentara con la cabeza cubierta y sin el ropaje adecuado para ocupar la cátedra del Espíritu Santo.

En otros tiempos era muy común el uso de la tortilla quemada; se empleaba como dentrífico para limpiar la dentadura o como remedio para ciertos padecimientos intestinales; puede el señor Guízar haberla recomendado y hasta servirse de ella para por vía de penitencia dar sabor desagradable a algún alimento; pero no hemos comprobado que con ella hiciera curaciones milagrosas.

Lo que sí hemos podido comprobar relativo al paso del señor Guízar en tierras de Guatemala, aparte del fruto que obtuvo en sus misiones en todos los lugares donde las dió, fue que en alguna de ellas tropezó con un Párroco poco celoso de su ministerio, que molesto por el trabajo de confesionario que tuvo con la misión, decía que todos los miles que se habían acercado a la Sagrada Mesa al día siguiente no se acordarían y retornarían a su vida de pecado.

A los pocos días acompañó al señor Guízar a dar una misión en un pueblo cercano, y estando en ella, una mañana vieron levantarse por el camino gran polvareda, sorprendiéndose el Párroco de que la formaran sus feligreses, de cuyo arrepentimiento dudaba.

¡Iban para recibir la Sagrada Comunión!

Misionando en otro pueblo se encontró con que la generalidad de los vecinos vivían amancebados; los exhortó a que arreglaran sus vidas, lo que logró sin dificultad, ya que había en su palabra sencilla una elocuencia irresistible; sabía hacerla llegar al fondo de las almas, incrustándola como dardos de fuego; pero tropezó con la dificultad de que todos eran muy pobres y la autoridad les exigía que se unieran por lo civil y pagaran los derechos respectivos.

Don Rafael recurrió a una estratagema que le dió magnífico resultado; acudió con el que fungía como encargado del Registro Civil y le propuso, cuando no pudo obtener que no exigiera el pago de derechos, que sólo cobrara cinco centavos más de lo que él les cobraba a su vez, en lo que convino aquél, que tenía la idea de que los curas percibían gordo.

Reunió don Rafael a todos los que iba a matrimoniarse, que no cupieron en la iglesia y formaron rueda en la Plaza del pueblo, e hizo que comparecieran ante el Juez que iba a enlazarlos, diciéndole que para facilitar el trabajo, unas parejas servirían

de testigos a otras, ya que todos se conocían en el lugar y no iban más que a legitimar una unión de hecho.

Se terminó la laboriosa empresa y cada matrimonio entregó sus cinco centavos, protestando el funcionario; pero don Rafael le dijo:

—Señor, es que yo no les cobro nada, de modo que están cumpliendo lo convenido.

La primera impresión del Juez fue de ira al sentirse burlado; pero el misionero le habló en la forma dulce y persuasiva que acostumbraba; le hizo ver que toda aquella gente habría seguido viviendo al margen de la ley y que eso significaba un perjuicio social y para los descendientes habidos en cada caso de amasiato, consiguiendo apaciguarlo y poniendo en orden a los que iban a señalar nuevos rumbos a sus existencias.

EN CUBA

Han transcurrido mas de treinta años desde que nuestro biografiado anduvo en Cuba misionando, y todavía su nombre se repite con veneración y se bendice su memoria. Nadie ha olvidado a aquel extraño misionero de ojos claros, que vestía con extrema pobreza, que sorprendía con su humildad y que llevado de un celo grandioso por la salvación de las almas iba prendiendo en ellas el amor a Dios. Los que tuvieron la dicha de oírlo cantando, cantando siempre, entonando alabanzas a la Santísima Virgen o repitiendo los salmos del Miserere, de escuchar su palabra evangélica de sencillez admirable y profundidad teológica, de mirarlo seguido por centenares de niños a los que enseñaba el catecismo, no cesan de recordarlo, hablando de su caridad sin límite, ponderando su resistencia física para un apostolado agotador, que sólo milagrosamente podía explicarse dadas las enfermedades que lo aquejaban y de las que no se cuidaba, así le ocasionaran agudísimos dolores.

Testimonios de primera y alta calidad sobre la transformación espiritual que experimentó la Isla con la predicación de don Rafael, son los que se deben a la pluma del Excmo. Sr. Cardenal de la Habana Dr. D. Manuel Arteaga, y a la del Excmo. Sr. Obispo de Camagüey y D. Enrique Pérez Serantes, y que vamos a transcribir, para agregar después algo de nuestra cosecha.

Habla S. E. el señor Cardenal:

"El Excelentísimo y Rvmo. Sr. Rafael Guízar Valencia, Obispo de Veracruz, (Méjico), ha muerto en su Patria el pasado mes de junio, y, dedicadas a sus futuros biógrafos, voy a consignar aquí en tres notas, mis impresiones personales sobre tan ilustre Prelado que Cuba conoció con el nombre de "El Padre Ruíz".

Una mañana de 1917 en la sacristía de la Catedral de la Habana, apareció a mi vista un sacerdote de extraña facha: bastante obeso, pálido y de ojos claros; portaba sobre la sotana una capa madrileña, en la mano un gran sombrero de fieltro y un pañuelo amarrado al cuello.

Nada dije. Dos horas después, entraba en mi despacho, Provisorato del entonces Obispado, hoy Arzobispado de la Habana, el mismo extraño personaje. Se había evadido de Méjico, donde la "persecución religiosa" desencadenada a la caída de Porfirio Díaz en 1910, arreciaba cada día más. Había pasado 7 años disfrazado de vendedor de baratijas, con las fuerzas de Carranza, célebre caudillo mexicano, ejerciendo secretamente los ministerios sacerdotales con los heridos y con los moribundos.

El extraño sacerdote se hacía llamar Rafael Ruíz; sentado junto a mí me contaba estos episodios y a medida que me interesaba el relato, el fuego de su palabra, ardiente de mística pasión, el fuego de sus grandes ojos azules velados por una modestia angelical, me daban a comprender que aquél no era un hombre común. Era loco o era santo; pronto vi que no era loco.

Algunos días después de haber visto por primera vez al incansable misionero que, en Cuba, se llamó Rafael Ruíz, nos encontrábamos en el Obispado de la Habana con el difunto Obispo Sr. González Estrada y nos refería el modo ingenioso cómo había escapado de manos de las fuerzas de Carranza, en Méjico,

en los momentos cuando iba a ser fusilado; y fue así: "Empiezan a sospechar, nos dice, después de tanto tiempo de verme como vendedor de baratijas, con los soldados y sin tomar parte en sus libres francachuelas, ni usar la "terminología" canallesca del campamento, que acaso el hombre raro, como me llamaban, fuese algún espía enemigo, y sin más, con procedimiento expedito, se dió la orden de fusilarme. Fui hecho prisionero y conducido a la orilla de un cañaveral. Un pelotón de soldados dispararía sobre él. Dos cabos estaban presentes. Ya dispuesto todo se encontraba de espaldas al cañaveral. Este se extendía hasta una loma contigua. Cerró los ojos, ofreció su vida a Dios; pero Dios quería esa vida para salvar almas. Súbitamente le viene una inspiración; tenía un reloj de oro en el bolsillo, lo saca y lo muestra diciendo que quería dejarlo a alguien; los dos cabos se adelantan a la vez mientras arroja el reloj al suelo; movimientos simultáneos de ambos para recogerlo, fuga precipitada por entre el cañaveral; los soldados sorprendidos y sin jefe que ordene no disparan. Cuando lo hacen las balas prefieren el dulce de la caña a la carne del condenado, y todavía le queda humor al Padre Ruíz, al subir jadeante la loma, para sacar su pañuelo y despedirse a lo lejos de los soldados que se retiraban al campamento. Así escapó a la muerte.

Dos días después de esta conversación, él abría una misión en la Catedral de la Habana. Yo le acompañaba.

—No me atrevo a proceder, me decía, sin buscar el auxilio de las oraciones; yo quiero pedir oraciones y comuniones. Le llevé a visitar congregaciones religiosas. Vengo a suplicar, decía a la superiora de la casa, que la comunión de mañana sea por el fruto de la misión que me ha encomendado el Señor Obispo.

Millares de hojitas impresas repartidas por todas partes invitando a la Misión. Hermosas estampas exhibidas en la Catedral.

Pidió su parecer al Señor Obispo sobre los temas que había de tratar en la predicación, sobre el orden en que los expondría. Tenía la sencillez y humildad de un buen colegial que pide consejo.

¿Qué hacía en la Misión? predicar, doctrinalmente y cantar, hacer cantar al público. "Todos, canten todos", repetía.

En el público inculcaba con vehemencia sentida la verdad enseñada, clamaba, urgía, suplicaba;... fuera del púlpito oraba y se humillaba.

El general Mario García Menocal era Presidente de la República cuando por la Secretaría de Gobernación me fue concedido el permiso de visitar los establecimientos penales de la República con fines culturales y religiosos.

Acompañando al Padre Ruíz me presenté en el Castillo del Príncipe, una tarde de mayo de 1917. En un patio interior del Castillo, unos mil doscientos presos, la casi totalidad de los penados entonces, estaban reunidos esperando. Una mesa de madera fuerte era la tribuna preparada. Subí a la mesa y a todo pulmón procuré hacer lo más elocuente posible un breve discurso de presentación del ilustre misionero mejicano. Había entre los presos gente ruda, pero también gente de letras y "espíritus fuertes", profesionales de la incredulidad. Procuré ponerme al alcance de todos e interesar a todos. Terminé y el P. Ruíz subió a la mesa.

Sin preámbulos pidió que todos se persignaran con la señal de la cruz; yo recibía una primera lección, y después de repetir varias veces: "todos", vi con sorpresa que la inmensa asamblea se persignaba. Esperábamos ahora alguna exhortación vibrante, y... empezó cantando: "Oh, Virgen Santa", las manos en el pecho y los ojos en el cielo. Canten todos, decía. Y vi, con nuevo asombro, que después de breve ensayo todos cantaban. El Padre

Ruíz había logrado el éxito de la Misión, antes de empezar a hablar.

Con influjo creciente sobre los ánimos trabajó seis días. Le veíamos con un gran pañuelo atado al cuello. Fuí testigo diario de su incansable afán. Moraba en el Obispado de la Habana y era extremadamente sobrio en la mesa. Su lecho en siete días se advertía intocado. Era el último día de la Misión, cuando, picado de curiosidad, le pregunté cómo era que su cama estaba sin usar, y me dijo: "es que no puedo acostarme, señor; duermo apoyando la cabeza en el respaldo de esta silla —me mostró una silla— porque tengo un forúnculo. Se quitó el pañuelo y a mi vista apareció la parte posterior del cuello atormentada por un enorme forúnculo.

Padre, le dije, ¿por qué no me dijo que estaba enfermo?

—"Señor, no quería interrumpir la Misión".

No se asombrará el lector cuando le diga que los 1200 presos comulgaron como niños de primera comunión. Es que a un hombre, así sacrificado por su ardiente caridad, podrían resistirle los corazones?"

Tiene la palabra el Excmo. Sr. Obispo de Camagüey:

"Mons. Guízar Valencia vino a la diócesis de Cienfuegos, donde yo era Prov. y Vic. Gral., a fines de 1916, o principios de 1917, y con nosotros estuvo hasta que, consagrado en 1919, regresó a Méjico. Procedía de Guatemala con el nombre de Rafael Ruiz, pues no considerándose seguro en su destierro, optó por este país, donde comprendió o supo por una Hermana Teresiana, que podía misionar con toda libertad.

Mons. Guízar entró misionando, no hizo más que misionar, semana tras semana, y se fué misionando. Como Mons. Guízar no se había conocido otro misionero por los que aquí vivíamos. Habíamos tenido y aún estaba aquí un gran misionero jesuita, que murió más tarde en Colombia en olor de santidad; pero no

llamó la atención como Mons. Guízar, al cual se debe el actual movimiento misionero que hay en Cuba.

Misionó toda la diócesis de Cienfuegos, una de las más importantes, y algunos pueblos los misionó dos veces; misionó toda la diócesis de Camagüey y parte de la de Santiago de Cuba y misionó parte de la de la Habana. En la capital de la República dió misiones en la Catedral, en la iglesia de los PP. Franciscanos, en Belén de los PP. Jesuítas (creo que dos veces), en la parroquia de la Caridad y en el Presidio: no recuerdo si en otra iglesia más. En el Presidio comulgaron la totalidad casi, más de 2000; otros tantos entre jóvenes y caballeros comulgaron en Belén. Son éstas cifras hasta entonces desconocidas en las mejores solemnidades religiosas.

La primera misión dada en la capital, que fue la de la Catedral (estoy temiendo que haya sido la de San Francisco), llamó muchísimo la atención, y a ella acudieron personajes de lo más encumbrado: el maestro del periodismo aquí, y quizá el mejor de lengua castellana, D. Nicolás Rivero, Director del "Diario de la Marina", le dedicó unas magníficas "Actualidades".

Tuve la suerte de acompañarle, como ayudante, a muchas misiones en Cienfuegos y en Camagüey, y no me canso de dar gracias al Señor por haberme deparado tan excelente maestro, a quien debo lo poco que sé y practico en este amplísimo campo de nuestro apostolado.

Tenía una resistencia, que era lo primero que saltaba a la vista, que traspasaba los límites de lo natural. Durante las misiones, misionaba todo el día: y desde tocar las campanas, predicar y enseñar el catecismo y confesar y girar repartiendo invitaciones, visitando enfermos, tocar y cantar, etc., etc.; él lo hacía todo; comía poquísimo y no dormía mucho. Amaba la pobreza como un San Francisco: vivía continuamente en presencia de Dios, y no le interesaba lo que no redundaba en su gloria y ho-

nor: despreciaba con toda el alma la gloria humana y en todo no buscaba más que las almas, o a Jesucristo en las almas. Predicaba con gran fervor, con entusiasmo, con muchísima unción a las personas mayores, y con admirable paciencia, con verdadero amor enseñaba el catecismo a los niños, y a los que sin ser niños, se juntaban con aquellos. Pero no eran las dotes de orador o de catequista consumado la corriente que electrizaba a las masas y las llevaba a donde quería; era todo el conjunto del misionero de cuerpo entero, del hombre de Dios, que todos sabían descubrir en un hombre que no se entretenía un minuto con nadie para hacerse simpático o para recibir halagos, pero que estaba lleno de caridad para con todos, especialmente para con los más necesitados.

La gloria de Dios lo absorbía todo entero; a la salvación de las almas dedicaba todo el tiempo disponible; con el ejemplo y con la palabra iba encendiendo en estos dos amores a los sacerdotes de ambos cleros con quienes tropezaban a su paso: "quisiera verlos a todos misioneros", esto en parte lo ha logrado; lo que hoy se está haciendo en este terreno a él se debe.

Las iglesias, aún las más grandes, resultaban pequeñas para dar cabida a los fieles que acudían a sus misiones; en algunas iglesias llegaron a los 2000 los niños que asistían a la catequesis, y lograba cautivar la atención de estos niños al extremo, que para tener en orden, en perfecto silencio y atentos, no necesitaba de ningún ayudante ni lo quería.

Conversiones, ¿quién las recuerda?, mejor dicho ¿quién puede recordar su número? —Fuera de casos particulares, que los ha habido y él mejor que nadie los conocía, las conversiones eran en masa, porque por centenares y por miles recibían los sacramentos de confesión y comunión los que hacía tiempo vivían alejados de ellos.

Cuando el año de 1919, creo que fue entonces, la epidemia de gripe, que se extendió por todas partes, llegó a Cuba, tuvo Mons. Guízar que suspender sus misiones, que estaba dando en Cárdenas (de la diócesis de Matanzas, que he dejado de ennumerar al principio); entonces se reconcentró en Cienfuegos y durante más de un mes se consagró enteramente a asistir a los enfermos de un extremo al otro de la ciudad, de la mañana a la noche sin darse punto de reposo. Diariamente y aún varias veces en el día visitaba el Hospital general y las clínicas o Sanatarios regionales españoles, quedándole aún tiempo para atender a muchos enfermos en sus casas particulares: sólo iba a casa, a la hora que podía, a comer y a dormir. No le importaba ir a pie, ni le arredraba la lluvia ni nada. Cienfuegos que conocía la abnegación, el celo, la gran caridad de este apóstol, recibió con ésto otra sublime lección: durante estas semanas estuvo predicando en otra forma una gran misión, que no dejó de ser fructífera.

Allá va, querido amigo, ese botón, que será una muestra más de la dedicación constante de este fiel servidor del Señor, al sublime ministerio del apostolado: muchísimo más se puede decir, que no había de diferir mucho de lo que ya ahí sepan. Va todo de un tirón sin orden ni concierto: pero te servirá para formarte una idea de lo que hizo por acá ese insigne misionero mejicano, al cual hemos reputado todos de santo".

En un pueblo de Cuba encontró don Rafael que la iglesia tenía cupo muy reducido para la misión, y se dedicó a conseguir lugar más amplio.

Alquiló un salón del que se servían los protestantes; pero al saber para qué lo deseaba rompieron el contrato.

Acudió en seguida con el dueño o empresario de un cine, que sabedor del objeto para lo que se le pedía, se negó a alquilarlo.

Andaba triste por el fracaso de sus gestiones, cuando al pasar por una alameda vió que el público se congregaba celebrando una jamaica.

Pensando en las ofensas que en esa fiesta pudieran hacerse a Dios Nuestro Señor, mentalmente se dirigió a El, en fervorosa súplica, diciéndole: ¿Por qué el demonio tiene todas las facilidades para perder a las almas y a mí se me dificultan para ver de llevarlas a Ti, arrancándoselas a Satanás? Señor, si no se logra esta misión, el que perderá eres Tú. Y al mismo tiempo se arrodilló en la Alameda con los brazos en cruz, pidiendo a Dios que siquiera no fueran a ofenderlo las gentes que allí se congregaban.

Cuando las gentes se dieron cuenta de lo que hacía el sacerdote, supusieron que estaba loco; la curiosidad los hizo acercarse a él, y cuando les refirió lo que hacía, pedir misericordia para todos, mucha gente desistió del esparcimiento y lo siguieron a una llanura donde comenzó la misión, que terminó con enorme fruto.

Andaba don Rafael misionando en territorio de la Isla, cuando empezó a llover copiosamente, amenazando un temporal prolongado, lo que dificultaría el apostólico trabajo del misionero. Entonces el señor Guízar se arrodilló y empezó a orar, pidiendo que la lluvia cesara únicamente media hora. Acreció el chubasco, el agua caía a torrentes sin esperanza de que cesara; pero al vencerse los treinta minutos las cataratas del cielo se cerraron y un azul luminoso cubrió la bóveda celeste.

Otra ocasión, como resultado de la fatiga corporal originada por el trabajo agotante de las misiones, don Rafael cayó en cama con fiebre, presagiando las altas calenturas un padecimiento serio. Corría el tiempo, el paciente no mejoraba y se acercaba el día en que debía principiar una misión. La víspera, cerca de la madrugada, las personas que velaban al enfermo oyeron que de-

cía: Son las tres de la mañana y a las cuatro tengo que estar listo para el trabajo, Dios mío.

Supusieron que deliraba por la fiebre; pero al sonar las cuatro vieron que se levantaba del lecho y acudieron a impedírselo, diciéndole que debía continuar en cama, que era peligroso que se expusiera a la intemperie; pero don Rafael insistió, pidiendo que se le llevara el calzado.

Nueva negativa de los que le rodeaban y réplica de don Rafael:

—Si no me dan mis zapatos me voy descalzo.

—Señor, esto le puede costar la vida —le arguyeron.

—A Dios Nuestro Señor le conviene que yo no me muera —les contestó.

Y se marchó a dar la misión anunciada.

Después de la primera distribución se sintió curado.

EN COLOMBIA

Un día, estando en Bogotá, Colombia, el R. P. don Carlos Heredia, S. J., recibió un aviso diciéndole que pasara a ver al Hospital a un sacerdote mejicano enfermo. Acudió luego y fue grande su sorpresa al encontrar que el encamado era nada menos que don Rafael Guízar Valencia.

Lo saludó por su nombre completo, recibiendo luego indicación de que callara, pues continuaba llevando el nombre de Rafael Ruíz.

—¿Qué andas haciendo por estas tierras? —le preguntó el jesuíta.

—Vengo a que me corten estas piernas, cada día más enfermas, y me pongan unas de palo, que no se cansen para continuar mi trabajo.

Bromearon un poco, el P. Heredia le ofreció llevarle médico que lo atendiera y don Rafael le confesó que se había escapado de Cuba, porque "aquella gente, que es tan buena, estaba creyendo de mí algo absurdo, casi quería canonizarme".

El Lic. D. Francisco Elguero había mandado al P. Heredia un rico "ate" michoacano, y calculando que al expatriado sacerdote le agradaría saborear algo de su tierra, le llevó un pedazo para que lo tomara, y al volver a buscar al enfermo al día siguiente , ya no encontró al enfermo ni el dulce, que sin duda había repartido entre los huéspedes de la casa de salud.

D. Rafael se olvidó de su enfermedad, no obstante los dolores que le ocasionaban las piernas varicosas, y le rogó al P. Heredia que le consiguiera permiso del señor arzobispo para dar una misión en la Catedral bogotana. No accedió a ello el Prelado, que la juzgó innecesaria porque años atrás ya se había dado una, y entonces don Rafael se marchó a La Peña, un pueblecillo cercano a la capital, y allí empezó a desarrollar sus actividades predicando con el permiso del Párroco. Y la gente empezó a acudir en masa; la fama del sacerdote mejicano que arrastraba a las muchedumbres con su palabra llegó a Bogotá y pronto la ciudad comenzó a vaciarse llenando el camino que la separa de Loreto; eran verdaderas peregrinaciones las que se formaban para ir a escuchar los conceptos unciosos del misionero, que obtenía cosecha abundante.

Entonces el señor arzobispo de Bogotá, sabedor de lo que pasaba en Loreto y del fruto de la predicación evangélica de don Rafael, le dijo al P. Heredia que le pidiese a aquél que diera una misión en la Catedral, que ya le habían llegado noticias de que era un hombre extraordinario. Gustoso se prestó a ello, y de tal manera se llenaba la iglesia matriz y era tal el éxito espiritual que se obtenía, que sorprendido quiso personalmente oír al misionero, quedando encantado a la vez que admirado de la forma con que sabía llegar hasta el fondo de los corazones.

Quiso el señor Guízar una misión especial para niños, que les sirviera a los que no habían hecho su Comunión primera, y aunque no se opusieron a su deseo, le auguraron que los chicos no tendrían la atención necesaria para escucharlo, ni perseverarían asistiendo a las distribuciones. Los augurios fallaron; los niños iban encantados a oír al padrecito "que cantaba" y les enseñaba la doctrina, regalándoles al fin de la misión estampitas, rosarios y golosinas.

Ya de antemano se los había conquistado, pues en las horas en que no tenía distribución alguna en la iglesia donde misionaba, ni que atender al confesionario, andaba por los barrios y los mercados atrayéndose a los arrapiezos y a las verduleras.

Los Padres de la Compañía de Jesús le dijeron que el templo de ellos, San Ignacio, estaba a su disposición para que diera cuantas misiones quisiera, con una condición, que le impusieron porque nunca consentía en recibir extipendio el más mínimo por su trabajo, y temían que no se alimentara ni tuviera donde dormir; había de hospedarse en la residencia y comer y dormir conforme al horario por el que se regía la comunidad, a lo que tuvo que prestarse, aunque en el refectorio hacía como que comía, probando los alimentos, y por lo referente al sueño únicamente sabían que se recogía en su celda.

En Bogotá no se hablaba de otra cosa que del extraordinario misionero mejicano, y entonces el señor arzobispo le preguntó al Padre Heredia si el señor Guízar estaría dispuesto a darles una tanda de ejercicios a los sacerdotes.

No hay que decir que la respuesta fue afirmativa; les dió muchas y con tanto éxito que después de cada Parroquia lo invitaban para que fuera a misionar, y muchos de los levitas que con él practicaron los famosos Ejercicios planeados por el guerrero de Pamplona, al terminarlos iban a darle las gracias y pretendían besarle los pies, diciendo que se arrodillaban ante un santo, a lo que se rehusaba don Rafael, muy satisfecho de que todos le prometieran difundir el catecismo entre los niños, convirtiéndose en catequistas.

La fama que como misionero conquistó don Rafael en Cuba, donde todo mundo se hacía lenguas de él unánimente y se reconocía que jamás habían contemplado nada igual, ni cuando en

las tierras de la Isla se admiró la figura del gran Antonio de María Claret, recientemente canonizado, cundió a la vez por toda Colombia, llamada la Atenas de América.

EN VERACRUZ

Andaba misionando en Cuba el señor Guízar, cuando el 1o. de agosto de 1919 fue sorprendido con la noticia de que había sido preconizado obispo de Veracruz. Parece que en su humildad sintió que era muy pesada la carga que se le imponía, e hizo gestiones para que se le retirara la dignidad concedida; entre tanto se marchó a Colombia a seguir su gira de misionero y no fue sino hasta cuatro meses después cuando fue consagrado en la iglesia de San Felipe en la Habana por el Delegado Apostólico Mons. Tito Troche, acompañado por los señores Obispos de la Habana y de Cienfuegos, respectivamente, don Pedro González y Estrada y don Valentín Zubizarreta, el 30 de noviembre de dicho año, en la fiesta del apóstol San Andrés. También concurrió el M. I. Sr. Angel Hernández Cabanús, actual Vicario General de Santiago de Cuba.

El 4 de enero de 1920, a las nueve de la mañana fondeaba en Veracruz el vapor americano "Esperanza" que conducía al nuevo Prelado; desde una hora antes diversas comisiones esperaban en el muelle para darle la bienvenida, teniendo que aguardar hasta después de la una de la tarde en que se permitió el desembarco. Iban encabezadas por el Párroco del lugar don Fernando Blanco, encargado de la iglesia de la Asunción, y los sacerdotes José Varona, Juan González, Arcadio Martínez y José Zamora, y las integraban distinguidos caballeros, entre los que recordamos a los señores don Miguel de Velasco, su hermano don

Ricardo, don Emilio González de Castilla, los licenciados Angel Medina, Emilio Sedas Rivera, Gonzalo Gómez Baqueiro y José Pérez Castilla, don Carlos M. Carranza, don Andrés Vallejo, don Vicente Villa, don Enrique D'Oleire, don Teófilo Lastrax y don Dionisio S. Cos, y numeroso público formado por todas las clases sociales, escuchándose una salva de aplausos y aclamaciones al aparecer la apostólica figura del quinto obispo de Veracruz.

Por la tarde se le dió en el curato de la Asunción la bienvenida oficial, preparada para la mañana y transferida por la hora en que se pudo hacer el desembarco, y en ella fué el Lic. Emilio Sedas Rivera el encargado de expresarle el regocijo que sentía la Diócesis huérfana al recibir a su nuevo Pastor, haciéndolo con frase fácil y galana.

Mons. Guízar permaneció en el Puerto el día 5 de enero y al siguiente día, en un carro especial agregado al tren ordinario salió para Jalapa, acompañado por los capitulares doctor don Justino de la Mora y don Pedro Castilla y Landa, sacerdotes y seglares, siendo objeto de manifestaciones entusiastas en las diversas estaciones existentes entre Veracruz y la ciudad de las flores, a donde hizo su arribo siendo aclamado por la multitud que llenaba los andenes y la que lo acompañó hasta la residencia episcopal, dándole la bienvenida el entonces diácono don Juan Veliente, quien también había estado en el Puerto a recibirlo.

Llegó el Prelado en los precisos días en que su Diócesis se encontraba consternada por los terremotos que habían destruído amplia región, extendiéndose hasta territorio del Estado de Puebla; catástrofe que sirvió a maravilla para que desde luego los veracruzanos se dieran cuenta precisa de los altos quilates que en caridad y celo tenía el que Dios les enviaba como Pastor, pues su primer acto puede decirse que fue el de despojarse de las joyas episcopales que había recibido para con su producto aliviar las necesidades de los perjudicados por el fenómeno sísmico.

Entre ellas se contaba un espléndido pectoral que sus hermanos le habían regalado, y respecto del que ha corrido una leyenda que, aunque inexacta en el detalle, en el fondo contiene un hecho cierto. Sucedió que al comunicarles el deseo que tenía de desprenderse de la alhaja en beneficio de los pobres, los donantes respetaron su decisión, diciéndole que estaba en libertad para disponer de lo que le habían obsequiado, lo que hizo vendiéndolo en la joyería donde le ofrecieron mayor precio.

Aquí principia la leyenda, pues se ha publicado que don Rafael dijo a su hermano que siguiera su ejemplo, vendiendo el pectoral y repartiendo su valor entre los necesitados, porque si no lo hacía así, se lo robarían. Esto es inexacto. El Excmo. Sr. D. Antonio fue preconizado obispo de Chihuahua en julio del mismo 1920, publicándose la noticia en octubre siguiente, y al enterarse de ella sus hermanos, pensaron en rescatar el mismo pectoral, lo localizaron y readquirieron, ofreciéndolo al nuevo deudo que llegaba al Episcopado y quien lo usó desde su consagración; pero al llegar a la norteña capital, como sus diocesanos le obsequiaron otro, creyéndose obligado a usarlo luego para que no se consideraran desairados, se lo quitó y el encargado de guardarlo no tuvo el cuidado necesario y cuando su dueño quiso recogerlo, ya la prenda había volado.

Con este primer ejemplo, Mons. Guízar Valencia enseñó a su grey que le agradaba andar por los caminos de San Francisco de Asís; que como éste, nacido en la opulencia, prefería la pobreza, y pectoral y anillo pastoral los llevó siempre de latón con vidrios que daban el aspecto de amatistas por el color violado.

Los veracruzanos se sintieron desconcertados en presencia del Prelado, que iba a romper con la tradición de su antecesor; al académico y atildado poeta de Valle de Bravo, el pintoresco lugar propicio para la ensoñación por la hermosura de sus paisajes; de figura prestante, atento a las tareas de administración

para subvenir a las necesidades de su cargo, cuidadoso de guardar las conveniencias de la jerarquía, le sucedía un misionero, que poca atención daba a su persona, que parecía trasplantado de la época de los frailes mínimos mendicantes, con talla de evangelizador y tendencia de trotacaminos para ir en búsqueda de almas.

Los estragos del terremoto habían sido tan grandes, que para auxiliar a las víctimas se necesitaban gruesas sumas de dinero. El desprendimiento del Prelado al deshacerse de sus joyas sólo podía servir de ejemplo y de pequeña contribución, por lo que exhortó a los ricos todos del Estado para que aportaran su óbolo, designando al Sr. Pbro. D. José María Flores para que administrara lo que llamó el capital de los pobres, ordenándole que diariamente diera cuenta de las sumas que se recibían y de la distribución que se les daba.

Sin tiempo siquiera para enterarse de lo que era su obispado, del clero con que contara, sin conocer siquiera a sus figuras principales, se lanzó no a la primera visita Pastoral, sino a recorrer las zonas sacudidas por el movimiento telúrico para llevar a las víctimas socorro para que se alimentaran y consuelo para que se resignaran con su desgracia. Pan para el cuerpo y pan para el espíritu.

Once días después de su legada a Jalapa ya los representantes de la Cruz Roja y el Gral. Gilberto Camacho, con su expedición de auxilio, se encontraban con Mons. Guízar en el pueblo de Ayahualulco, quienes siguieron viéndolo en camino de Chilchotla, donde el tránsito parecía imposible, debido a que todo estaba cubierto con una espesa capa de lodo de varios centímetros, o en el famoso Paso de la Ventana, o en el cerro de las Chicabas, en ruta para Patlanacán, o atravesando el río Ocoteno, donde el caudal de las aguas alcanzó un nivel de 8 metros de altura, dejando sepultados a varios barrios de Chilchotla, Pue-

bla, pues hasta el Estado colindante se extendió la caridad del Obispo en sus andanzas para auxiliar a las víctimas de los terremotos; para él la caridad no reconocía fronteras.

Nada detenía en su caridad a Mons. Guízar; donde sabía existente una necesidad temporal o espiritual, allá iba él arrastrado por su amor a Dios y a sus semejantes. En la gira a que nos referimos llegó a una altura desde donde se veía el fondo de una barranca, de donde partían voces implorantes; la topografía del terreno impedía bajar rápidamente a llevar el socorro; a los pies del Prelado estaba un desfiladero y la mirada no alcanzaba a descubrir senda o atajo para salvar el precipicio. ¿Qué hacer? Lo que a pocos se les hubiera ocurrido ante el peligro que representaba la hazaña: descender atado con cordeles. Y así lo hizo, no obstante su obesidad y sus piernas enfermas, el Prelado misionero.

Al regresar de la excursión no sólo había aliviado la desgracia de los damnificados, no sólo se había aprovechado para hablarles con el fervor y sencillez que sabía hacerlo para que se conformaran con su pena actual y confiaran en la misericordia de Dios, sino que había hecho la conquista de su Diócesis y del Estado. No había lenguas que no se movieran en arranques de admiración ante la caridad de don Rafael; los mismos incrédulos y los que tienen como platillo favorito despotricar contra los curas, tuvieron que hacer una excepción al referirse al sacerdote de Cotija, elevado al Episcopado.

Y cuando volvió a su Sede, después del recorrido que hizo por las regiones devastadas, sin detenerse ante los peligros, sin que le arredraran los obstáculos, Jalapa se apresuró a disponerle la recepción más entusiasta de que se guarda memoria; la ciudad entera, sin distinción de credos ni de clases, se entregó a su Pastor en un movimiento grandioso de admiración y respeto, en un

día de júbilo general, sin pensar que años después la repetiría en una explosión de dolor, al llegar los despojos del santo Prelado a pedir unos metros de tierra para dormir el sueño de la muerte bajo el cielo de la que fuese su transitoria residencia, y en la que lo mismo supo de los aleluyas del triunfo que de las execraciones del odio y de la injusticia.

EL SEMINARIO

Su Seminario fue la predilección del santo obispo de Veracruz. Lógico era que quien en su juventud soñó con la Congregación de Misioneros de Nuestra Señora de la Esperanza, que le hicieron fracasar, al tomar el cayado del Pastor no pensara sino en hacer del seminario de su Diócesis un almáciga de apóstoles; no le satisfacía hacer sacerdotes, quería que estuvieran formados en escuelas de abnegación, que tuvieran voluntad de sacrificio, sin la que no existen el amor divino ni el humano.

El Seminario era la prolongación natural de su agitada vida de misionero; ya había recorrido distintas veces, de uno a otro extremo, el vasto territorio veracruzano; ya su planta de peregrino había hollado valles y sierras en diversos Estados del país; ya su celo lo había hecho andar por Centro y Sudamérica y sufrir los rigores del clima cálido de Cuba, siempre sembrando en los niños el amor a Dios, reconquistando almas ganadas por el demonio, predicando, predicando con la palabra y el ejemplo, y derramando caridades por donde iba, pues de él podía decirse lo que Campoamor expresó de una de sus Doloras:

"El cura del Pilar de la Horadada
como todo lo da, no tiene nada".

También el sacerdote de Cotija dió cuanto poseía por herencia y siguió dando cuanto adquiría.

Cuando a lomo de mula andaba por la región montañosa de su Diócesis, misionando en cada pueblo, el único pensamiento ajeno a su tarea de predicación, era el de su Seminario, para rogar: "Santa Teresita del Niño Jesús, pide a Dios Nuestro Señor nos conceda que todos los sacerdotes que se formen en nuestro Seminario sean Santos y verdaderos apóstoles, amén".

Cuando la fobia Tejeda-Callista desató contra la iglesia de Cristo la persecución más encarnizada de que se guarda memoria, proseguida más honda, aunque disfrazada con máscara de hipocresía, por el cardenismo, Mons. Guízar tuvo que traerse su Seminario a esta capital, instalándolo primeramente en la Hacienda de Coapa, donde lo visitamos varias veces.

Siempre contaba con más de un centenar de alumnos, a los que se les daba todo gratuitamente, sin que se limitaran las inscripciones; los admitía de cualquiera Diócesis, hasta del extranjero, ya que —decía— en dondequiera se necesitan sembradores, porque la mies es mucha y los operarios pocos, dándole así a su Seminario aspecto de internacionalidad. Todavía entonces disponía de residuos de su fortuna que empleó en su sostenimiento, realizando dos propiedades urbanas.

La persecución arreció y entonces Mons. Guízar tuvo que andar a salto de mata con su ejército de futuros misioneros, haciendo prodigios para no dejar pista que utilizaran los sabuesos destacados para dar caza a cuanto olía a religioso. Tarea dura era la de movilizar al crecido centenar de seminaristas sin despertar sospechas, que durante algún tiempo estuvieron alojados en Tacuba, D. F., para después ir a Atzcapotzalco, habiendo sido necesario en uno de tantos cambios suplir con esteras las camas para que una impedimenta voluminosa no sirviera de anuncio a los perseguidores.

Con la suspensión del culto, el Pastor veracruzano vió cegadas las principales fuentes de recursos con que podía contar para

la vida del Seminario, siendo necesario entrar en plan de economías; hubo que reducir la alimentación, no por la cantidad, sino por el número de platillos. En ocasiones —nos refería— no tomamos más que una sola cosa, arroz, garbanzos, habas, lentejas, frijoles; pero de modo de quedar satisfechos. Y aunque aquello le causaba pena "por sus muchachos", aparecía sereno, sonriente, conforme, porque "Dios así lo quiere" —añadía. Y nadie se lamentaba de la escasez, de la pobreza... ¿Cómo podían hacerlo si la convivían con el que de ella se servía para alabar a Dios y en escuela de dolor forjaba a los futuros Ministros del Señor, enseñándoles la delicia de la renunciación y el placer del sacrificio?

Así fue como de las filas de aquellos jóvenes encendidos en el amor de Dios, enviaba don Rafael a Veracruz a los que, desafiando las iras de la fiera, pasando como humildes artesanos, difundían la buena nueva por todo el Estado, pudiendo conseguirse que funcionaran trescientos Centros Eucarísticos, en explosión de fervor inusitado, alimentadas las almas por el deseo del desagravio y el anhelo de alcanzar de la Divina Misericordia días de paz para la Iglesia y sus Pastores. En las dificultades con que luchaba el Santo Obispo y la tristeza que le originaba que Nuestro Señor estuviese ausente de los sagrarios y los templos desmantelados, consuelo grande recibía con las noticias de que eran portadores los noveles sacerdotes que venían de la Diócesis, y que aseguraban un reflorecimiento de fe. Llevaba estadística minuciosa de las comuniones diarias que se repartían en los Centros mencionados y al mirar las elevadas cifras que acusaban, su espíritu se inundaba de regocijo, bendecía a Dios y repetía con frecuencia: —¡Qué buenos misioneros están resultando los señores Calles y Tejeda!

Con esta labor tesonera Mons. Guízar no sólo trabajaba para el presente, sino que sembraba para el futuro; sabía que pro-

longaría su obra espiritual a través de cada uno de los jóvenes que austeramente preparaba para el sacerdocio, que ellos continuarían teniendo viva la antorcha de la fe en Veracruz, donde ahora, después de doce años de muerto, sigue siendo faro y guía.

LA SUSPENSION DEL CULTO

Cuando en 1926 vino el recrudecimiento de la persecución religiosa con motivo del bárbaro Decreto en que, so pretexto de reformas al Código Penal, se dictaron disposiciones draconianas contra la Iglesia, fue el santo obispo de Veracruz uno de los Prelados que más se opuso al proyecto de la suspensión de cultos; su propósito era que, desobedeciendo una ley a todas luces injusta, los templos continuaran en servicio con sus sacerdotes al frente; que si la fuerza los desalojaba, otros entraran a sustituirlos, creando una situación tal que desembocara en un arreglo prudente; le espantaba pensar en el abandono en que iban a quedar las almas y el peligro a que se sometía la fe de los vacilantes, y cuando vino la decisión de la Santa Sede en sentido adverso a su deseo, se sometió a ella con verdadero llanto.

Cuando en 1929 se llegó al tan discutido arreglo entre la Iglesia y el Estado, impuesto por las circunstancias ante la realidad del error sufrido al optar por el camino de la violencia armada, el Lic. E. Portes Gil, entonces Presidente de la República, declaró bajo su firma:

"Gustoso aprovecho esta oportunidad para declarar públicamente, con toda claridad, que no es el ánimo de la Constitución, ni de las leyes, ni del Gobierno de la República, destruir la identidad de la Iglesia Católica, ni de ninguna otra, ni intervenir en manera alguna en sus funciones espirituales. De acuerdo

con la protesta que rendí cuando asumí el Gobierno Provisional de México, de cumplir y hacer cumplir la Constitución de la República y las leyes que de ella emanen, mi propósito ha sido en todo tiempo cumplir honestamente con esa protesta y vigilar que las leyes sean aplicadas sin tendencia sectarista y sin prejuicio alguno, estando dispuesta la Administración que es a mi cargo, a escuchar de cualquiera persona, ya sea dignatario de alguna Iglesia o simplemente de un particular, las quejas que pueda tener respecto a las injusticias que se cometan por la indebida aplicación de las leyes."

Poco tardó el Estado en olvidarse de las frases conciliatorias de Portes Gil, de su declaración de que las leyes serían aplicadas sin tendencia sectarista, pues se procedió de nuevo a aplicar con rigor el artículo 130 de la Constitución, que ya en 1926 lo había sido, restringiendo el número de sacerdotes que podían ejercer su ministerio.

Veracruz, como antes lo había hecho, fue el primero en señalar la pauta a seguir, disponiendo el Congreso local el 18 de junio de 1931 que para los servicios religiosos en todo el Estado oficiarían diez sacerdotes o séa uno por cada cien mil habitantes y fracción, ya que según el censo de 1940 contaba con una población de 1.380.000, y sin atender a que por su extensión algunas poblaciones de su territorio pertenecían a las Diócesis de Papantla y Tehuantepec. En 1933, el Distrito Federal y varios Estados seguirían el ejemplo puesto en el feudo tejedista.

Al darse cuenta el Prelado veracruzano de la absurda disposición del Congreso local se llenó de congoja; leía el Decreto y se resistía a creer lo que sus ojos veían. ¡El odio a Cristo! —dijo— y atribulado porque hubiera corazones donde se albergara tal sentimiento, se entregó a la oración, al desagravio, sin duda ofreciendo su angustia por la salvación de los perseguidores de Jesús, del Cordero muerto en la cruz.

—Estamos frente a una nueva acometida de la persecución —le dijo al Padre Benjamín— preparémonos para el sacrificio; quien sabe lo que Dios Nuestro Señor quiera de nosotros.

—¿Cómo es posible que de buena fe piensen estos hombres —se refería a los autores del draconiano mandato— que un pobrecito sacerdote, el más celoso, el más abnegado, pueda atender a las necesidades espirituales de ciento cincuenta mil fieles? Es el odio, el odio a Cristo —repetía sumergido en océanos de dolor.

Y continuaba monologando en presencia de su sobrino, que se limitaba a escucharlo:

—Es el ataque del lobo que busca devorar a mis ovejas, a las que el Pastor divino ha puesto bajo mi cayado. ¿Cómo podré defenderlas, Dios mío?...

Se entregó a la oración por largo tiempo. Necesitaba luces para discernir sobre una idea que le martillaba el cerebro. Idea que él había juzgado peligrosa, absurda...

Acompañado del Padre Benjamín se dirigió a visitar al Excmo. Sr. Delegado Apostólico Dr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, exponiéndole el caso y sometiendo a su juicio el pensamiento que lo obsesionaba.

Se quedó sorprendido cuando sin vacilación alguna el representante de la Santa Sede lo encontró debido y prudente.

—Sea —dijo— y se retiró de la Delegación Apostólica para ordenar la suspensión del culto en Veracruz y preparar la Pastoral que dirigiría a su grey.

El acuerdo episcopal provocó una tormenta de críticas en diversos sectores; en parte del clero, en las gentes piadosas que lamentaban no gozar de las efusiones del culto, en las personas que juzgan superficialmente, en las que opinan de lo que no entienden... ¡Lo que padeció el santo Obispo!

—¡Eso es lo que buscábamos! —se oyó en los aquelarres masónicos.

¡Qué equivocados estaban! Nunca pudieron imaginarse que gestaban un reflorecimiento del fervor religioso...

¿Por qué quien enérgicamente se había opuesto en 1929 a la cesación de cultos la ordenaba en su Diócesis el 25 de junio de 1931? La explicación es clara y revela la prudencia del Pastor; comprendió que si no se ponía inmediatamente un dique al abuso legislativo, exhibiendo la monstruosidad de lo mandado, que hacía físicamente imposible el funcionamiento de la Diócesis para atender a las necesidades espirituales de sus feligreses, ya que diez sacerdotes no podrían operar satisfactoriamente en un territorio de 7189 kilómetros cuadrados y con cerca de un millón y medio de habitantes en su mayoría creyentes, el ejemplo de Veracruz sería seguido en todo el país, y era preciso protestar contra disposición tan injusta y desacatarla, poniendo de relieve ante el mundo entero que el Gobierno de Méjico faltaba a sus promesas y continuaba la persecución religiosa con saña, sin que tuviera entonces el pretexto de atribuir a la Iglesia que fomentaba un movimiento armado, como sucedió con el de los "Cristeros".

Además, intuyó con visión clara que su acción apostólica podría desarrollarla con más éxito ordenando a sus sacerdotes que subrepticiamente ejercieran su ministerio, que autorizando a unos cuantos a que lo hicieran en forma pública, porque prescindiendo de la confusión que se originaría en los feligreses por el sometimiento a una ley injusta y tiránica, que claramente invadía la jurisdicción eclesiástica, se encontrarían también desorientados para el cumplimiento de sus deberes religiosos, ante la imposibilidad que de recibirlos sentiría la inmensa mayoría de los creyentes. Se creerían sin obligación de cumplirlos por causa de impotencia y fácilmente llegarían a la indiferencia, quizá dudando muchos de que pudieran aceptarlos si se les ofrecían clandestinamente.

En cambio hallando justificada la resistencia del Prelado para acatar una disposición absurda, y sabedores de que fuera de los templos los valerosos Ministros del Señor, afrontando valientemente las iras de los perseguidores, estaban dispuestos a mantener viva la antorcha de la fe en la grey cristiana, y listos para prestar los auxilios de la Religión a cuantos los necesitaran, sobrevendría un reflorecimiento de piedad interior y la afirmarían en la creencia. Tuvo Mons. Guízar acierto al conocer la psicología de las multitudes y al confiar en las enseñanzas de la Historia, que en sus páginas demuestra que la persecución religiosa, si crea mártires, también inyecta savia al árbol multisecular de la Iglesia.

De este modo se explica una actitud que parece contradictoria, y que produjo el resultado que se perseguía. Fue entonces cuando se palpó la acción de la Providencia, porque en esas largas horas de dolor, el sufrimiento fortaleció la fe y la actividad apostólica de los misioneros que en su Seminario formaba el Santo Obispo, prestó en forma admirable los servicios religiosos públicamente suspendidos, estableciendo trescientos centros eucarísticos y consiguiendo aumentar el número de comuniones diarias de miles de cristianos que oraban por la vuelta de Jesús a los sagrarios.

La suspensión del culto principió en la fecha antes apuntada, día en que los sicarios de Tejeda mataron al sacerdote don Darío Acosta en la Parroquia de la Asunción en Veracruz, corriendo peligro la vida de don Adalberto, pues a la una de la tarde del mismo día José Ramírez Frías quiso asesinarlo; le falló la puntería y nada más lo lesionó en una oreja.

El culto se reanudó por imposición del pueblo en la Semana Santa de 1937 el 21 de marzo, domingo de Ramos, siendo gobernador de Veracruz el Lic. Miguel Alemán. El 7 de febrero de dicho año fue asesinada en Orizaba la joven Leonor Sánchez al

disolver una manifestación pacífica; este crimen enardeció los ánimos y cuatro días después el pueblo se amotinó; abrió los templos por la fuerza y echó al vuelo las campanas, haciendo con esta viril actitud que el gobernante apreciara la realidad e iniciara una política de tolerancia, que complaciera a la mayoría de sus gobernados.

VALOR CIVIL

En otro lugar hemos visto cómo don Rafael, no obstante su carácter viril. se sometió sin protesta a la ilegal pena canónica que le impusieron, desde el momento en que se enteró de ella. Hallábase en la Catedral de Zamora, dispuesto a terminar un acto religioso dando la Bendición Papal cuando llegó una de sus hermanas llevándole el oficio respectivo para que lo leyera, a lo que él se negó, ofreciéndola que lo haría al terminar; pero insistió la que angustiada lo llevaba, porque aparte de la sorpresa que le había causado su lectura —enviado abierto sin duda con el fin de que cualquier persona se enterara de él— sentía temor de que el señor Prebendado suspendido no debiera continuar oficiando en el piadoso ejercicio. Todavía resistió éste, bien ajeno a lo que contenía; pero ante la persistencia de la portadora del pliego, pasó sus ojos por él, recibiendo tal asombro que no le quedó gota de sangre en el rostro.

¡Qué hondamente debe haber sentido indignación por la injusticia y pena por la vergüenza a que se le sometía! Y sin embargo, ya lo hemos dicho, no sólo se limitó a sostener su inocencia en forma que para todo mundo hubiese sido contundente, sino que sobrellevó el castigo sin hacer agencia alguna porque se le levantara, pues fueron sus hermanos los que denodadamente lucharon porque brillara la inocencia de don Rafael. Así dió

ejemplo de su respeto a la jerarquía con un acto verdaderamente heróico.

Andando el tiempo habría de ofrecer otro parecido, en el que no se sabe qué admirar más, si su respeto a la autoridad o su valor personal, su desprecio a la muerte.

Eran los tiempos en que Tejeda recrudecía la persecución religiosa en Veracruz, haciendo méritos para volver al Gabinete y poder desarrollarla en el país entero. Vivamente contrariado por la labor apostólica de Mons. Guízar, que mansamente, dulcemente, contrarrestaba la obra sectaria de descristianización que oficialmente se llevaba al cabo, especialmente en los talleres y en el campo, pues con una misión la destruía, expidió un úkase tremendo ordenando que en cualquier lugar del Estado en que se encontrare Mons. Guízar fuera fusilado. Dentro de la monstruosidad del decreto se traslucía la intención, que era la de alejar al Obispo de su rebaño; se quería realizar aquello de "hiere al Pastor y se dispersarán las ovejas."

Alarmados los católicos veracruzanos se apresuraron a mandar copia del draconiano ordenamiento a Mons. Guízar, quien se encontraba en esta ciudad, para que no se aventurara al peligro que lo amenazaba, bien ajenos a que seguiría la conducta opuesta.

Mal tuvo en sus manos un ejemplar de la orden de Tejeda, cuando le dijo a su sobrino el Padre Benjamín:

—Ten el coche listo porque mañana temprano quiero salir de viaje.

A primera hora se presentó en casa de don Prudencio, quien se sorprendió de verlo llegar.

—¿Qué andas haciendo tan temprano? —le preguntó.

—Vengo a despedirme de ti —le contestó.

—¿A dónde piensas ir que vienes a decirme adiós cuando no acostumbras hacerlo?

—Me voy a Jalapa.

Alarmado el hermano, suponiendo que desconocía la disposición dada en su contra, le dijo:

—No creo prudente que vayas, Rafael; mira.

Y le mostró la hoja que contenía la salvajada tejedista.

—Por eso voy, a que me fusilen; aquí la traigo en la bolsa.

—Tú sabes lo que haces.

—Yo puedo disponer respecto a mi persona; he venido porque no puedo disponer de la de tu hijo Benjamín; tú dispones si se queda aquí o me acompaña.

Don Prudencio, que es de la misma casta de hombres valientes, sin vacilación le contestó:

—Que te acompañe.

—Vámonos, Benjamín, le ordenó, y al entrar a territorio veracruzano no te detengas por ningún motivo, aunque te amenacen; aceleras lo más que puedas hasta llegar; en Puebla te abasteces de lubricantes en cantidad suficiente, y Dios con nosotros.

No se necesitaba recomendar al simpático sobrino que corriera, pues sabía hacerlo, tanto que cuantas veces me invitaba a que lo acompañara en su coche, declinaba el convite.

Todo se hizo como lo dispuso el santo Obispo; las personas que ya en el feudo de Tejeda se daban cuenta de la presencia del Prelado mostraban asombro y en vano hacían indicaciones para que el coche se detuviera.

Llegaron a Jalapa hasta el Palacio de Gobierno; allí se apeó el señor Obispo, inquirió si estaba el gobernador y, ante el estupor de todos, se dirigió hasta el despacho del Ejecutivo veracruzano.

Atónito y colérico don Adalberto lo increpó:

—¿Qué anda haciendo usted aquí?

Tranquilamente le respondió don Rafael:

—Vengo a demostrarle que soy muy respetuoso de la autoridad; ha ordenado usted que me fusilen donde me encuentren y

he venido a ponerme a sus órdenes para que lo haga, evitando que otras manos se manchen con ese crimen.

El desconcierto del sátrapa fue indescriptible; nunca pensó en tal arresto de valor sereno.

Cuantos se encontraban en el Palacio de Gobierno con distintos asuntos permanecían expectantes, asombrados de lo que veían y aguardando presenciar hechos sensacionales.

Entretanto se abría una pausa de silencio entre los dos actores en el drama.

Se observaba la confusión reinante en el ánimo del Gobernador.

—¿Sabe usted a lo que se ha expuesto? —le dice.

—A que cumpla usted su orden —le responde con tranquilidad pasmosa.

—¿Qué es lo que usted pretende? —le interroga.

—Demostrarle que soy respetuoso de la autoridad; que usted ha mandado que me sacrifiquen y he venido a que usted lo haga; estoy a su disposición.

Nuevo silencio, que lo mismo podía ser presagio de muerte que de vida. Don Rafael se mantenía impávido.

—Puede retirarse —le ordenó poco después Tejeda.

—Gracias, señor Gobernador.

Iba a retirarse cuando escucha a don Adalberto diciéndole:

—¿Quiere darme su mano?

—Con todo gusto. Que Dios lo bendiga.

Los que vieron retirarse al Prelado con la misma tranquilidad con que lo habían visto entrar, se quedaron absortos, confundidos.

Avalórese por este incidente, que revela el valor, la entereza de Mons. Guízar, el esfuerzo sobrehumano que ejercería para someterse a su Prelado y soportar por años la pena injusta sin protestar por ella, no hacer agencia alguna porque se le levan-

tara, sabedor que había sido ilegalmente decretada por quien, a consecuencia del ataque ceroso sufrido, no gozaba de la plenitud de sus facultades intelectuales, lo que le hacía incurrir en actos aparentemente inexplicables, como lo son algunos que referiremos, tomándolos al acaso, entre el acervo de que podríamos disponer.

Cuando el R. P. Dn. Antonio Plancarte y Labastida arregló la coronación de la imagen de Ntra. Sra. de la Esperanza invitó para la solemnísima función al Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí, el renombrado árcade romano Ipandro Acaico, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, para que ocupara la Cátedra Sagrada. Aceptó el poeta y académico, pronunció elocuente sermón y a los pocos días fue sorprendido con una orden de suspensión de su colega el señor Obispo de Zamora, fundada en que no había recabado su venia para ocupar el púlpito dentro de su jurisdicción. Es decir, quería fundarla invadiendo otra.

Ni por estos testimonios quiso don Rafael desacatar la orden de suspensión dictada en su contra.

CONQUISTADOR DE VOLUNTADES

Generalmente toda persona bondadosa e inteligente tiene la facultad de atracción: establece fácilmente una corriente de simpatía con quienes trata. Es que la bondad cautiva siempre.

En don Rafael era de tan altos quilates, que no había quien se acercara a él y no se retirara ya conquistado por su palabra unciosa, su humildad admirable y su dulzura en el trato. Era un imán irresistible para atraerse voluntades; hasta en el tono de su voz había modulaciones musicales. No le resistían el niño ni el joven, el adulto ni el anciano, el nacional ni el extranjero.

Ejemplo de ésto nos lo ofrece una visita que en los aciagos días de la persecución religiosa le hicieron tres destacados caballeros procedentes del vecino país del Norte, según nos la relata quien fue testigo presencial de ella, nuestro buen amigo el Sr. Prof. D. Alberto María Carreño, al que le cedemos la palabra:

"En los últimos días de junio o primeros de julio, llegaron a México los Sres. William Flanlin Sands, antiguo Encargado de Negocios de los Estados Unidos en México y en esos días Profesor en la Escuela de Diplomacia existente en la ciudad de Washington, católico; el Dr. Philip Marshall Brown, Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Princeton, protestante; y el Sr. Carl Sherman, antiguo Procurador de Justicia de Nueva York, judío; representaban los tres una importante agrupación norteamericana llamada Comité para la Defensa de las Religiones y de las Minorías.

Mi excelente amigo el P. Wilfrid Parsons les dió una carta de introducción para mí, pues venían con el objeto de estudiar de cerca la cuestión religiosa tan exacerbada en 1928, e hicieron tan buena amistad conmigo, que prácticamente hicieron de mi casa su "cuartel general". No solamente les proporcioné toda la información que yo tenía y aun les formulé un breve estudio acerca del aspecto legal de la cuestión a partir del año de 1926, cuando Calles desató la persecución, sino que procuré que hablaran con multitud de personas, de manera especial las adictas al Gobierno, a fin de que ellos por sí mismos pudieran recoger la información que deseaban, en fuentes insospechables. Por cierto que formularon un interesantísimo cuestionario que personalmente pusieron en las manos del Lic. Emilio Portes Gil.

En todas esas gestiones oyeron noticias relacionadas con el Sr. Guízar; me preguntaron si sería fácil que lo conocieran; y como yo estaba en contacto constante con él, un buen día tomamos un coche y nos le presentamos en su casa de Atzcapotzalco.

Desde luego la impresión que el aspecto bondadosísimo del Sr. Guízar les causó fue enorme; luego la extremada pobreza en que vivía, los conmovió profundamente; y acabó de ganarles su admiración la forma sencilla, franca, cordial, con que respondió a todas las preguntas que les ocurrió hacerle. Aun cuando el Dr. Brown hablaba perfectamente el Castellano, prefirió que yo les sirviera de intérprete para que los tres tuvieran por mi conducto la transmisión del pensamiento del Obispo.

Y cuando la entrevista concluyó, el Dr. Sands, arrodillándose, le dijo: "Señor, bendíganos"; y como impulsados por la irresistible atracción de aquel hombre generoso, los tres hombres que habían transpuesto el medio siglo, doblaron la rodilla.

Los tres caballeros salieron de aquella humildísima morada presa de una emoción indescriptible, que a mí mismo me em-

bargaba, a pesar de que muy de cerca conocía sus enormes virtudes".

Probablemente los universitarios referidos propalaron en su país la impresión que habían recibido del señor Obispo de Veracruz, pues a poco tiempo el Dr. O. F. Foster, que también había venido a estudiar el problema religioso, acudió un día con el Profesor Carreño con la embajada de que deseaba pasar una semana viviendo al lado de don Rafael, sin duda para confirmar, como buen yanqui, lo que a sus oídos había llegado de la extraordinaria virtud del Prelado veracruzano.

Pero escuchemos referir el caso al propio don Alberto María:

"La petición era tan extraña, que quise antes consultar el caso con aquel hombre nobilísimo; pero el Dr. Foster, creyendo acaso que no haría yo la petición, me suplicó que juntos la hiciéramos. Y fuímos ante el Sr. Guízar; le expuse aquel extraño deseo, y era cosa digna de verse la aflicción del buen Obispo ante la insistencia de aquel "curioso impertinente".

"Señor, le dijo, ya ve Ud. la miseria en que vivo; estos sacos que Ud. ve, son frijol y arroz que he conseguido para alimentar a unos cuantos seminaristas que aquí estudian conmigo; no hay una cama que pueda ofrecer a Ud. que sea decente; no hay quien pueda prepararle siquiera los más sencillos alimentos... vamos, señor, que es imposible!"

Pero aquel hombre insistió con tal tenacidad, diciendo que estaba dispuesto a soportar todas las incomodidades, con tal de ver de cerca lo que era la vida de un Obispo perseguido, que al fin condescendió el Sr. Guízar y Foster vivió una semana a su lado, saliendo de allí con el espíritu atribulado, pero lleno de admiración al mismo tiempo".

Ya en otros capítulos hemos referido la admiración que por don Rafael sintieron en la Habana el ahora Cardenal Dr D. Manuel Arteaga, en Camagüey el hoy Obispo don Enrique Pérez

Serantes, y en Cienfuegos, y en Matanzas y en Cárdenas cuantas personas lo ayudaron en sus misiones, así como los que a ellas concurrieron, que no se cansaban de escucharlo y donde dejó recuerdo perdurable, así como muchos sacerdotes que arrastrados por su ejemplo sintieron abrasados sus corazones en el mismo fuego y se entregaron a la conquista de las almas por medio de la predicación misional.

En Colombia, adonde llegó como un desconocido, huyendo de la fama que lo envolvía en Cuba, y donde en los primeros días encontró ambiente hostil, ya vimos cómo se cambió totalmente en cuanto dió su primera misión a inmediaciones de Bogotá y cómo después se le tendieron todos los brazos y se le rindieron las voluntades.

Cuando Calles, con su lugarteniente en la Secretaría de Gobernación el Ing. D. Adalberto Tejeda, se dedicó a desterrar a los Obispos en la forma más arbitraria, Mons. Guízar Valencia buscó refugio en los Estados Unidos, pasando la mayor parte del tiempo con los Padres Oblatos en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe en Austin, o visitando las casas que tienen en San Antonio Texas.

Los mejicanos residentes en dichos lugares acudían gozosos a escuchar al Prelado misionero, del que todavía recuerdan su celo y su caridad, y quien atrajo al redil de Cristo a pecadores que tenían fama de empedernidos.

Los religiosos con quienes convivía se mostraban sorprendidos y edificados viendo las largas horas que pasaba en oración y las penitencias que se imponía, impresionando vivamente al R. P. Gerardo Mongeau, O. M. I., que era entonces el Párroco de la Iglesia de Austin, consagrada a la Virgen Morena, y en la actualidad Superior de las misiones de los Padres Oblatos en las Islas Filipinas, donde tal vez haya aprovechado las enseñanzas objetivas que recibió del que fue su huésped perseguido.

COSAS EXTRAORDINARIAS...

Existen tantas cosas extraordinarias en la vida del señor Guízar Valencia, que para catalogar las que están comprobadas y enunciarlas necesitaríamos de tiempo y espacio de que carecemos, por lo que nada más referiremos unas cuantas, de las que tenemos conocimiento por confidencias del propio don Rafael, de su sobrino el Padre Benjamín, prematuramente fallecido, y de personas fidedignas, serias, que nos las han referido.

Los relataremos al azar, como vayan viniendo a nuestra memoria.

Viviendo en la esquina de las calles de la Rivera de San Cosme, y Arquitectos, ahora Miguel Schultz, sucedió que noche a noche, a cierta hora, empezaba a funcionar el timbre de mi casa sin que nadie lo usara; revisamos la instalación, vigilamos que nadie se acercara a la puerta de entrada, cuidamos de que en el interior nadie se aproximara a alguno de los botones... y el timbre continuaba sonando en forma molesta por muy largo tiempo. No le encontrábamos explicación al suceso, y cansados de la molestia habíamos decidido prescindir de él, cuando hablándole del asunto al señor Guízar nos dijo que era cosa de los "espíritus chocarreros" y que con un exorcismo nos dejarían en paz, como sucedió, contándonos entonces lo que a él y a su familia les aconteció en Morelia, en la casa que habitaba su cuñado el doctor don Santos Degollado, y de lo que en su tiempo se ocupó ampliamente la prensa local.

En plena luz los guardarropas se abrían y los vestidos se desprendían de las perchas y danzaban en presencia de cuantos se encontraban en las recámaras; se movían las sillas cambiando de sitio, y por las noches una lluvia de piedras caía en una de las alcobas que daba a la calle, estando cerradas puertas y ventanas, sin causar daño a los muebles; hubo vez que a la mañana siguiente sacaron costal y medio de los pedruzcos caídos.

Una noche que doña Maura, la esposa del facultativo, se encontraba sola en la casa, sintió miedo y se puso en la ventana a esperar que volvieran su marido o sus hermanos, a los que refirió que una mano invisible le había arrebatado las peinetas que llevaba arrojándolas con fuerza hasta la pared frontera. Quiso entonces don Prudencio cerciorarse de si los extraños fenómenos obedecían a causa sobrenatural, y encerrándose en la pieza se afianzó en la silla en que se sentaba, poniendo uno de los pies en el barrote y con la pistola en una mano y en la otra el rosario, se aprestó a entendérselas con el espíritu que ocasionara los sucesos inexplicables, resuelto a increparlo y pedirle le dijera lo que deseaba. Mal había formado el propósito cuando una fuerza poderosa e invisible empezó a llevarlo de uno a otro extremo del cuarto donde se encontraba, zarandeándolo de lo lindo. Intervino entonces don Rafael, ofreciendo dormir en la pieza donde ocurría tanta cosa extraña; se encerró en ella y tomó el breviario para sus rezos; los empezaba cuando le apagaron la vela; la encendió y mal reanudaba la lectura cuando volvían a apagársela y así continuó por unos momentos, hasta que gritó:

—Demonio, déjame en paz.

Pudo terminar sus devociones; pero mal se había metido a la cama cuando empezó la pedriza, que caía en el lecho como en el suelo y en los muebles, entre éstos una rinconera donde había una imagen protegida por un *capelo* de vidrio, sin que lo rompieran los ladrillos que rebotaban con fuerza.

Este relato me lo ha confirmado el señor don Prudencio, agregándome que ante el escándalo periodístico que se hizo intervinieron las autoridades eclesiástica y civil para que no se hablara más del suceso, investigándose después que en la casa de los espantos, como el vulgo la llamaba, se había fundado el primer centro espírita que hubo en la antigua Valladolid.

*
* *

El último día de una misión que dió en Cotija acabó de confesar ya muy entrada la noche; se le veía muy fatigado y su hermano don Prudencio lo exhortó para que se fuera a su casa a descansar; pero se negó a ello diciéndole que estaba el diablo tan enfurecido con él por el número de almas que le había arrebatado de las garras, que a poder lo pulverizaría, pues que gente de la peor de distintos lugares, criminales que estaban olvidados de Dios, habían acudido a la misión, arrepitiéndose de sus culpas; que necesitaba serenarse un poco acudiendo a la oración, por lo que el señor cura Carranza ordenó a Ignacio García que encendiera algunas luces en la Iglesia, dirigiéndose el señor Guízar al presbiterio, a arrodillarse frente al sagrario. Una señora, Agapita N., que servía de tridentina al Párroco, quiso aprovechar la ocasión de visitar al Santísimo y entró al templo, lo mismo que el que fungía de sacristán. Había transcurrido poco tiempo cuando en la iglesia se sintió un ruido como el del viento huracanado cuando sopla con furia, y luego por una de las puertas que daban al presbiterio, y que correspondía a una pieza donde se guardaban distintos utensilios que se empleaban en el servicio religioso, especialmente para el Monumento los jueves de la Semana Mayor, empezaron a salir los profetas, los evangelistas, los apóstoles; a moverse de un sitio a otro en la nave la escalera

que estaba en uno de los cruceros, sintiendo doña Agapita que alguien la levantaba y la subía hasta la linternilla de la cúpula donde quedó colgada, presa del mayor espanto.

Entonces don Rafael abrió el Sagrario, sacó el copón, tomó una de las Hostias y con ella exorcisó al demonio, cesando la perturbación, de todo lo que fueron testigos el señor cura Carranza, don Prudencio y los que se encontraban en el templo, procediéndose a bajar a doña Agapita y a meter a la bodega los objetos que se habían movilizado.

La veracidad de este suceso extraordinario, que para muchísimas personas parecerá inverosímil, me la testifica el señor don Prudencio, de cuya seriedad no puede dudarse; por mi parte debo decir que el propio señor don Rafael me confió que varias veces se había visto perseguido por el demonio en distintas formas, y según el R. P. Frank Kilday, O. M. I., Mons. Guízar, en una conferencia que les dió a los estudiantes Oblatos del Escolasticado del Sagrado Corazón, en Ostroville, Texas, les contó que predicaba una ocasión en una de las grandes iglesias de la Habana y que multitud de fieles asistían a la misión y asediaban los confesionarios, por lo que tuvo que permanecer oyendo confesiones hasta altas horas de la noche; que después de que el sacristán hubo cerrado las puertas de la iglesia, dejando todo en su sitio, él se fué a la casa rectoral a tomar un breve descanso, y que a la mañana siguiente, cuando muy temprano abrieron el templo, sin haber señales de que antes alguien hubiera entrado, hallaron los bancos y las sillas amontonadas en un rincón, y que durante la misma misión vió al diablo andar entre la gente, distrayendo a unos e invitando a otros a salir, mostrando gran disgusto por la competencia que le hacía el predicador en un territorio que consideraba suyo y bien merecía el nombre de Isla del Demonio.

*
* *

Una noche fue llamado para que auxiliara a un moribundo que se negaba tenazmente a recibir los auxilios espirituales, y al que los médicos le concedían pocas horas de vida; residía en lugar distante y en el acto don Rafael se puso en camino, recomendándole al cochero que fuera de prisa; pero no habían andado mucho cuando las mulas que tiraban del carruaje comenzaron a dar señales de cansancio sin obedecer al azote del auriga; el celoso sacerdote temía no llegar a tiempo para salvar aquella alma próxima a comparecer ante el Juez Supremo, y exhortando al cochero a violentar la marcha; pero la resistencia de las acémilas aumentaba. Inesperadamente vieron que en dirección contraria a ellos parecía acercarse un resplandor rojizo, al mismo tiempo que se escuchaba un raro estrépito; el conductor del vehículo sintió un pánico tremendo, los animales se le encabritaron, los envolvió como un remolino de fuego y el coche fué a dar contra una barda volteándose, mientras las mulas, reventados los tirantes que las sujetaban, huían...

Se levantó don Rafael ileso, encontrándose frente a la casa del enfermo, al que no sin sumo esfuerzo lo hizo reconciliarse con Dios.

Otra vez me contó que daba una misión en una población de Tabasco —he olvidado el nombre— cuando la última noche estaban en la distribución final y él se preparaba para ponerse a confesar a los que no lo habían hecho, y a quienes dirigía la postrer exhortación hablándoles de la misericordia de Dios, que era tan grande como su justicia para castigar a los pecadores obcecados, cuando se oyó como el estallido de una descarga eléctrica y se apagaron todas las lámparas de gasolina que iluminaban el templo. El terror se apoderó de los concurrentes, que corrieron hacia

la puerta para salir; la encontraron cerrada y empavorecidos comenzaron a pedir piedad a gritos, repitiendo algunas de las frases del miserere. Esfuerzo inaudito tuvo que desarrollar el misionero para que volviera la calma y los ánimos se serenaran, sin que se explicara cómo el templo había quedado en tinieblas ni quién hubiera cerrado la puerta. Aprovechó el extraordinario suceso y no hubo uno solo de los que llenaban la nave que no acercará al tribunal de la penitencia.

*

* *

Don Rafael había manejado millones, invirtiéndolos en diversos negocios para financiar sus obras apostólicas; había consumido su patrimonio y el de sus hermanos, y cada día se le presentaba un problema para el sostenimiento de su Seminario y para socorrer cuanta necesidad conocía. Eran ya los tiempos en que había extremado la pobreza en su vida, lo mismo en la alimentación que en el vestido, y en apariencia vivía tranquilo, confiado en que la Providencia lo socorrería, teniendo en ello múltiples y frecuentes pruebas, de las que consignaremos algunas.

Sea la primera, una que me refirió el Padre Benjamín; volvían de una de tantas misiones en el extenso territorio veracruzano, cuando a la vera del camino apareció una viejecita, que se acercó a la mula en que cabalgaba el Prelado, para decirle:

—Sé que su Ilustrísima está muy necesitado para sostener su Seminario y le he juntado unos pocos centavitos, que aquí le traigo —entregándole un costalito.

—Pero hija —le respondió— si parece que tú tienes mayor necesidad; guarda ese dinero.

—No; si para su Ilustrísima lo he estado juntando.

—Dios te bendiga, hija; yo le pediré mucho por ti —la dijo— aceptando la dádiva.

Continuaron el camino; pesaba la bolsa, la abrieron y contenía regular suma en monedas de oro.

Volvieron la vista atrás... y la viejecita había desaparecido.

*
* *

El R. P. Carlos Berrones fungía como "ecónomo de la pobreza", cuando era todavía diácono, y tenía urgencia de pagar algunos meses de renta del local del Seminario, en Méjico. Acudió con el señor Guízar a confiarle su cuita, encontrando como respuesta:

—Dios proveerá.

Y así fué, porque ese mismo día el Prelado recibía un giro por la suma exacta que importaba el adeudo que tenían con el propietario de la finca por el concepto de rentas.

*
* *

Otra ocasión se habían agotado las provisiones en el Seminario; el señor Obispo andaba fuera misionando y el Rector se encontraba en gran apuro para alimentar a los cientos de seminaristas que allí se formaban, algunos procedentes del extranjero, de Guatemala; en esos momentos apareció el viajero, al que se le comunicó lo que pasaba, suponiendo que él traería algún dinero. Llegaba sin un centavo en el bolsillo; pero al enterarse de la penuria reinante, respondió con el estribillo de costumbre, que le inspiraba su enorme confianza en la Bondad Divina:

—Dios proveerá.

A los cuantos minutos llegó la provisión; una fábrica de dulces mandó dos grandes botes de chocolate en polvo; y poco des-

pués de una panadería enviaban dos canastos de pan. Esa vez, como en otras sólo contaban con un platillo abundante de arroz, o habas, o lentejas, o garbanzos, o frijoles, la pasaron tomando chocolate.

*
* *

Cuando ya tenía tiempo de regir la diócesis de Veracruz, me refirió que al hacer su primera visita pastoral, en algunas poblaciones de las más alejadas de Jalapa, encontró sacerdotes que no llevaban una vida edificante; los exhortó a que la enmendaran haciéndoles ver la gravedad de la culpa de ellos, no únicamente por la ofensa a Dios Nuestro Señor, sino por el escándalo de su conducta y el ejemplo que daban a los fieles; les hizo ver que deberían ser espejos en que sus feligreses reflejaran sus existencias; les ponderó la grandeza y la excelsitud de su ministerio y la necesidad de desempeñarlo abrazados a la cruz y ardiendo en caridad para la conquista de las almas... Todo inútil; prometían la enmienda sin cumplir la promesa. Nuevas exhortaciones y hasta admoniciones sin resultado. Los llamó para darles ejercicios espirituales, y algunos entraron al buen camino; pero cuatro siguieron entregados a sus debilidades. Los llamó, les expresó su dolor porque no se enmendaran y terminó diciéndoles que ante la inutilidad de sus consejos, habiendo agotado cuanto recurso le aconsejaban el deber y la caridad, ya no le quedaba sino pedir oraciones que se unieran a las suyas para alcanzarles de Dios una próxima buena muerte.

A las cuantas semanas, Dios nos oyó, —me decía— uno de ellos murió bien dispuesto, le siguió igualmente el segundo, y los restantes se arrepintieron de sus pecados y en lo sucesivo se dedicaron a llenar su misión, buscando por todos los medios posibles reparar los males que habían hecho con su ejemplo y relajamiento.

*
* *

En Chihuahua, llamado por su hermano don Antonio, dió una misión que tuvo grandioso fruto; el pueblo cristiano acudió a ella, dejándose cautivar por la predicación del que, sin ser un orador florido o elegante, sabía llegar hasta el fondo de las almas con el fervor que ponía en sus palabras, que destilaban mieles de amor a Dios.

Al terminar, el R. P. Ricardo Alvarez, que era el Superior en la residencia que los jesuítas tienen en el anexo al Santuario de Guadalupe, invitó al misionero y a su hermano el Prelado diocesano para que los acompañaran a comer, y a la vez que se sorprendían de la frugalidad de don Rafael, no sintieron correr el tiempo, escuchando el relato que les hizo de las continuas y diversas bondades que con él tenía Dios Nuestro Señor, puntualizándoles sucesos extraordinarios, que refería con sencillez admirable, atribuyendo todo a la eficacia de la oración.

Entre los que recuerda el R. P. Alvarez está lo siguiente: Llegó Mons. Guízar a un pueblecillo encontrando a sus moradores en suma pobreza y angustiados por la sequía; los campos se veían áridos y una nube no entoldaba el firmamento; el calor asfixiaba y los pocos animales con que contaban iban pereciendo por la falta de aguajes y de pastos; le expusieron su necesidad y su angustia, y los confortó diciéndoles que Dios era el más bondadoso de los padres y que no dejaría perecer a sus hijos; hizo sonar la campana de la iglesita para que todos concurrieran y allí les insistió en que las misericordias de Dios eran infinitas, que le pidieran con fe, con confianza, prometiéndole amarlo mucho, ser siempre buenos cristianos, dispuestos a perder la vida antes que ofenderlo, y verían cómo sus oraciones llegaban al cielo para ser atendidas. Cuando empezó el piadoso ejercicio la sequedad del

ambiente cálido era completa, el azul del horizonte parecía reverberar sin que hubiera indicio de lluvia. Dispuso don Rafael hacer una procesión en el campo con el Santísimo, y al salir a la puerta de la capillita rural se desató un aguacero torrencial, continuando la lluvia los días que permaneció en el burgo.

*
* *

Fue solicitado para auxiliar a un enfermo que por ningún motivo quería recibir los auxilios espirituales; en vano trató de vencer su resistencia; ni el convencimiento, ni la incertidumbre (para el paciente) en el más allá, ni el amor de Cristo que por redimirnos aceptó muerte ignominiosa de cruz, ni el temor al castigo, ni la contemplación de la eternidad; la renuencia era total, mostrándose molesto porque se le insistía. El tiempo corría y el que se decía incrédulo se agravaba por momentos; don Rafael sufría lo indecible; ante la actitud decidida del que le volteó la espalda y le pidió que no continuara hablándole, afligido, derrotado, se dirigió a la Santísima Virgen con esta querella filial:

—Madre mía amorosísima ¿para esto me hiciste sacerdote? ¿Para que no pueda arrebatarle esta alma a Satanás

Mal había terminado de lanzar ese dardo inflamado al corazón de la Corredentora del género humano, cuando inesperadamente el paciente pidió confesarse...

*
* *

Un día, acompañado por un sacerdote, llegó don Rafael a la casa en que vivía el Padre don Ignacio Valencia, paisano y pariente suyo.

—¿Qué anda haciendo por aquí S. S. I. —le preguntó.

—Vengo a decirle que tiene que morir.

—¡Qué novedad! Eso todos lo sabemos y nadie escapa.

—Y que debe prepararse —añadió insistiendo.

—Creo estar preparado; pero lo haré con mayor cuidado al sentirme enfermo.

—Hágalo cuanto antes.

—No padezco enfermedad seria alguna, y precisamente estoy preparando mi salida para Zamora, en compañía del doctor Sahagún, quien me esperará en la Estación del ferrocarril a la hora debida.

—No piense en ese viaje, sino en el otro, en el más largo.

—¡Vaya tenacidad la tuya! Si te digo que me siento bien de salud.

—Con todo y eso yo vengo a disponerlo; es necesario que se reconcilie.

—¿Contigo? ¡Qué va! si casi te vi nacer y te he visto en cueros.

—Si no gusta confesarse conmigo, previniendo la dificultad traje un sacerdote para que con él lo haga.

—Pero si hoy celebré el Santo Sacrificio...

—Si dice que va a emprender un viaje, no sobra arrepentimiento de todas las faltas de la vida y recibir la absolución.

—Te complaceré...

Terminada la confesión, Mons. Guízar le dijo:

—Ahora voy a ministrarle el Sagrado Viático.

—¡Eso sí que no! Por lo visto tú has olvidado lo que enseña la Teología Moral, que los últimos sacramentos se dan únicamente a los moribundos.

—Como usted.

—Tú bromeas; te repito que estoy sano.

—Ud. por su edad y como sacerdote, me merece todo respeto;

pero aquí vengo no como el amigo ni como el pariente, sino investido de mi jerarquía y usando de ella le ordeno que me obedezca.

D. Ignacio se quedó atónito ante actitud tan enérgica, desconcertado... Pero se sometió...

—Bajo tu responsabilidad —expresó.

Concluído el Viático, procedió el Prelado a darle la Extrema Unción.

—Creo que me siento mal —murmuró el señor Valencia.

Lo estaba, y tanto que Mons. Guízar principió a rezarle la encomienda del alma...

Al retirarse el piadoso y santo Obispo, el cuerpo del Padre D. Ignacio Valencia reposaba entre cuatro cirios.

El facultativo que iba a ser su compañero de viaje, extrañado de que no llegaba a la hora convenida, telefoneó preguntando por él; le respondieron que estaba grave y se dirigió a verlo, encontrándose con un cadáver.

Extendió el certificado de defunción atribuyendo el deceso a una embolia al cerebro.

*
* *

En una de tantas misiones, se acercó a don Rafael un joven desconocido para pedirle que lo recibiera en su Seminario, pues deseaba seguir la carrera eclesiástica.

—Usted no es para el caso; pero su hermano sí, dígale a él que venga a verme.

El solicitante se quedó sorprendido; ¿cómo sabía Mons. Guízar, que no lo conocía, que por vez primera le hablaba, sin haberle dado siquiera su nombre, que tenía un hermano? ¿Por qué a él lo desahuciaba tan fácilmente en su pretensión? Le pareció

tan extraño eso, que no sólo no insistió en su solicitud, sino que acudió con su consanguíneo a contarle lo ocurrido. Y éste acudió con el Santo Obispo y es sacerdote.

*
* *

En los tiempos en que don Rafael tenía grandes obras en Zamora, tuvo necesidad de conseguir fuerte cantidad y para ello hizo un viaje, acompañado de su hermano don Prudencio, entonces banquero, para obtener en el Banco Central el descuento de documentos que importaban más de un millón de pesos. Logrado lo que deseaba, dispuso el regreso a la ciudad de su domicilio, poniendo en una maleta negra, desvencijada, vieja, la crecida suma que había recibido.

Antes de abordar el tren se dispusieron los dos hermanos a tomar algo de alimento con una mujer muy conocida, que vendía pollo en las afueras de la Estación del Central, y estando en ello, don Rafael indicó a don Prudencio que no se descuidara de la maleta, y creyéndola más segura con él, se la pidió y la colocó cerca del asiento que ocupaba.

Tomaron el tren y al llegar a San Juan del Río, donde se cruzaban el convoy que venía del Norte y el que iba al Sur, le pregunta don Rafael a su consanguíneo:

—¿Dónde está la maleta?

—Tú te quedaste con ella —le contesta.

—Pues se quedó en Méjico.

—¡Qué barbaridad! Ya eso se perdió.

—Ten confianza en Dios; yo me vuelvo luego a buscarla.

No quiso don Prudencio afligirlo con un augurio fatal; pero creyó punto menos que imposible que la recuperara y midió con angustia la trascendencia de la pérdida.

Arribó don Rafael a la Metrópoli, dirigiéndose luego con la fondera para inquirir sobre la maleta extraviada.

—Aquí dejé una bolsa negra muy maltratada ¿no la recogió usted?

—No.

—¿Han estado muchas personas después de nosotros?

—De a *pilas.*

—¿No vió si alguien la tomó?

—No me fijé.

Descorazonado se alejaba don Rafael cuando lo llamó la pollera para decirle:

—Oiga, ya estoy recordando que estuvieron dos señores y uno vió la maleta, la tomó y le dijo al compañero: —Mira, queriendo abrirla. Pero el otro le respondió: —No, deja esa piojera y tírala, si no quieres llenarte de piojos. Y se fueron a tirarla a la esquina. Allí hemos seguido echando hojas de lechuga, basura, sobras. Puede que esté ahí.

Se fué don Rafael a hacer oficios de trapero... ¡y allí estaba la maleta intacta con la fortuna que guardaba!

Cuando volvió triunfante a Zamora, don Prudencio se resistía a creerlo.

*
* *

Don Rafael no cedía ante los obstáculos que se le presentaban en su empresa de llevarle almas a Dios.

Una vez yendo para un pueblo se encontraron con un pantano infranqueable, que constituía una trampa de la muerte, pues los caballos se hundían y no lograban salir.

Los que lo acompañaban lo advirtieron del peligro, diciéndole que allí se ahogarían todos.

—Pero allá nos aguardan almas necesitadas —les contestó don Fafael—. Adelante, en el nombre del Señor, que El nos protegerá. Los que no se atrevan a pasar, pueden volverse al pueblo.

Mandó regresar los caballos y a pie se adelantó a cruzar el fangal, hundiéndose hasta las rodillas. Ante su ejemplo, sus compañeros lo siguieron y tardaron varias horas en atravesar la masa lodosa y pestilente.

Terminó su trabajo apostólico y volvió satisfecho por el bien espiritual logrado.

*

* *

Un sacerdote respetable me ha referido otro hecho extraordinario, que relato sin haberlo confirmado, pues a la persona a quien aquél se lo escuchó, afirmándole que lo había presenciado, no me ha sido posible localizarla.

Tenía don Rafael que ir a determinado lugar, donde una alma se encontraba en grave peligro; el asunto era urgente y tropezó con un estero profundo que le impedía el paso. Hacer gran rodeo significaba la pérdida de un tiempo precioso, y no hallaba medio de atravesarlo. Atribulado por aquel contratiempo oró fervorosamente, y en ese momento apareció una tortuga, un reptil marino de gran dimensión, sirviéndose del quelonio para cruzar el estero, parándose en la caparazón del crustáceo.

Llegó a tiempo para cumplir su misión salvadora, dando rendidas gracias a la Providencia y volviendo a atravesar el estero en la coraza del quelonio.

Unicamente por la seriedad de quien me ha referido el suceso lo acojo en las páginas de esta biografía, en la que no he querido que aparezca si no lo que esté comprobado o afirmado por personas de solvencia moral reconocida y que se ofrezcan como testigos oculares.

*
* *

En el señor Guízar se veían cosas raras, extrañas, como si en varios casos las leyes de la Naturaleza no rigieran para él. Vivía exclusivamente para llevar almas a Dios y lo mismo le era dormir que permanecer en vela; comer que no probar bocado; así como era de exacto en las distribuciones cuando misionaba, y encarecía que lo fuesen a los que lo secundaban, en su vida habitual parecía no tener idea del tiempo, ni conocer método en las funciones propias del sostenimiento de la existencia. Era como si el día no tuviera horas, ni la noche invitara al reposo; ni las diferentes estaciones tuvieran ciertas exigencias para conservar la salud. Mientras estaba en funciones de su apostolado, se antojaba que repetía la acción de Josué; detenía la marcha del tiempo y se olvidaba de sí mismo por completo. ¿Cómo enfermo podía resistir trabajos que agotarían al hombre más joven y vigoroso?

Además, a menudo se conducía en forma que parecía atentatoria para su vida. Se pasaba, por ejemplo, horas y horas enseñalando el catecismo a cientos de niños; repitiéndoles, como fonógrafo, expresiones fundamentales para que se les grabaran a buril; para ello tenía que esforzar la voz; concluía agitado, sudoroso, y a continuación pedía agua helada o nieve para refrescarse, sin que alguna vez le hubiese hecho daño.

Lo mismo le pasaba en las misiones bajo el sol tórrido del Estado de Veracruz; un sacerdote me ha referido que en Coatepec, en uno de los días más cálidos del verano, don Rafael estuvo predicando por largo tiempo, en sitio cerrado que albergaba a cientos de gentes, haciendo la atmósfera pesada; al bajar del púlpito estaba bañado en sudor que le brotaba de todos los poros; el rostro parecía despedir llamas. Pidió luego nieve y se tomó dos grandes vasos. Cualquiera otra persona habría conse-

guido alguna afección de la garganta o de las vías respiratorias, quizás una pulmonía fulminante. Al santo Obispo nada le pasaba, lo que sorprendió a algunos médicos, que quisieron explicarse el caso patológicamente, creyendo que existía una conformación especial o una insensibilidad de los órganos respectivos.

El mismo sacerdote me ha contado que una ocasión Mons. Guízar, en su Seminario, estaba clavando la tapa de un cajón, cuando erró el golpe, y en vez de darlo en el clavo en el sitio que deseaba, se lo pegó con el martillo en un dedo, arrancándose un pequeño pedazo de carne, sin que le ocasionara dolor ni pérdida de sangre.

—¡Vaya! ya se fué un pedacito de dedo —dijo— y prosiguió en la tarea que estaba ocupando su actividad.

LA MUERTE DEL JUSTO

La vida del santo obispo de Veracruz estaba acercándose a su fin. Diabético, con las piernas ulceradas por la flebitis, descompensado el corazón, hacía tiempo que resignadamente sobrellevaba los dolores y molestias de su enfermedad en la humildísima alcoba que lo albergaba en la casa de la calle del Otoño, en Atzcapotzalco.

Pero no por ello desatendía sus obligaciones ni dejaba de misionar con el ejemplo y con la palabra; con ésta preparándose para el tránsito final, entrando en dulces coloquios con Nuestro Señor, pidiéndole más dolores para purificarse y para aplicarlos por la salvación de las almas, prorrumpiendo en exclamaciones fervorosas que eran como saetas que se desprendían del fondo de su alma para refugiarse en el Corazón Divino; con aquél, no dejando escapar una queja así fueran terribles los sufrimientos que le ocasionaba la enfermedad.

Cierta ocasión uno de sus sacerdotes, según lo refiere el Padre David Constantino, padecía una gripa intensa, que quería disimular para dedicarse al confesionario y auxiliar en la misión a su Prelado; pero éste se dió cuenta de ello y le dijo: "Recójase, mi padre; está enfermo y es necesario que se cure. Para eso estoy yo. El Obispo sí debe sacrificarse aunque se esté muriendo. Usted cuídese para que pueda trabajar mañana por Dios Nuestro Señor".

Así se conducía siempre con sus sacerdotes, aunque algunas veces se viera estrechado a recurrir a la represión, porque si abun-

daba en caridad, no podía prescindir de la justicia en el cumplimiento de sus deberes episcopales.

Cierta ocasión se vió obligado a castigar, y el penado acudió a uno de sus compañeros para que agenciara ante el Superior que le levantara el castigo impuesto, no a título de conmiseración, sino porque lo estimaba injusto.

Escuchó don Rafael al inteligente defensor, que tomó muy a pecho la causa del amigo; pesó las razones alegadas, meditó el caso y terminó por sostener la pena que había impuesto, sin que lograra convencer a aquél de que procedía con justicia; lejos de ellos, insistió en que se estaba cometiendo una iniquidad con el sacerdote castigado.

Entonces el santo Obispo le respondió en esta forma, que lo pinta admirablemente:

—He considerado y meditado este asunto larga y cuidadosamente, sin pasión alguna, y aunque me duela imponer una pena, estimo de mi deber de Pastor hacerlo; no es a ti —refiriéndose al eclesiástico que abogaba por el amigo— a quien tengo que dar cuenta de mis actos; es a mi Dios, cuando me llame a su Santo Tribunal, y El, que ve la rectitud de mi intención, si es que estoy equivocado, cuando más me dirá:

—Rafael ¡qué tonto fuiste!

Y yo le argüiré respetuoso y confiadamente:

—Señor, la culpa es tuya. ¿Por qué no me diste un poco más de inteligencia para que no hiciera tonterías?...

Uno de los deseos más grandes de don Rafael era que se le concediera celebrar el Santo Sacrificio hasta el día mismo de su deceso; no quería verse privado de ese inmenso consuelo; afán vehemente que debe estimarse para medir la pena, la angustia, la agonía que viviera el santo Ministro del Señor los años en que injustamente se vió privado de tal efusión espiritual...

¿Cómo podría negar Dios Nuestro Señor a su fiel siervo esta

gracia? Sentado, ya casi moribundo, don Rafael pudo recrearse en íntima confidencia con su Creador, haciéndolo descender del cielo a sus manos.

Su hermano el Excmo. señor Obispo de Chihuahua, don Antonio Guízar Valencia, celebraba la fiesta patronal del pueblo el día de la Santa Cruz, 3 de mayo, en Rosales, perteneciente a dicho Estado y a su Diócesis, cuando recibió un telegrama de Méjico en que le anunciaban que don Rafael estaba grave. Esa misma noche tomó el tren para la Metrópoli, encontrando al enfermo algo repuesto, aunque, según opinión médica, sin esperanza de recobrar la salud. Podría el mal prolongarse más o menos; el desenlace sería fatal.

A mañana y tarde visitaba al enfermo y conversaba con él, hasta que urgido de volver a su Diócesis, y opinando el doctor que podría prolongarse la vida del paciente por algún tiempo. decidió regresar a su domicilio comprando los boletos del ferrocarril. A las 9 de la mañana del 6 de junio de 1938 fué a despedirse de don Rafael; estuvo a su lado unos momentos y se retiró con el propósito mencionado; pero al bajar del cuarto donde lo dejaba sintió impulso irresistible de suspender el viaje, diciendo al diácono D. Carlos Berrones que iba a cancelar el boleto, ofreciéndose éste a hacerlo, por lo que el Prelado de Chihuahua se volvió con el enfermo, ofreciéndose a ministrarle los últimos sacramentos, proposición que recibió con alegría, pues presentía que se acercaba la hora de la liberación.

Ya la víspera se lo había anunciado a su hermano don Prudencio, quien trató de disuadirlo de la idea, sin conseguirlo; le hizo algunas recomendaciones, y como aquel insistiera en que no lo veía grave, le dijo:

—Abre esa ventanita y ve a quien tengo ahí.

Obedeció don Prudencio, dirigiéndose a hacer lo que se le ordenaba, diciéndole entonces don Rafael:

—Arrodíllate —en los momentos en que tiraba de la cerradura.

Allí estaba Jesús Hostia.

—Lo tengo tan cerca —añadió el enfermo— para que no tarde en llevarme.

A don Antonio le recomendó, al disponerse a atender la indicación que le había hecho:

—Haz todo conmigo, pero muy despacio para atenderte y tener cuidado de que todo se haga bien. Si me viene alguna interrupción en mi conciencia, pues sufría desvanecimientos, esperas a que me pase.

En seguida le recomendó que su ataúd fuera de tablas de madera de pino blanco, insistiendo en que le prometiera que lo complacería, Antonio no estuvo conforme, diciéndole que no por él, sino por su jerarquía, aquello no estaba bien pensado; discutieron un poco, hasta que su dialogante le pidió que no hablaran más del asunto, y el enfermo calló obedeciendo.

—Empieza —le dijo— por imponerme el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, que a los dos nos pusieron cuando niños, porque entonces no tenía la penetración necesaria para darme cuenta de ello.

Y como el paciente no traía el suyo, don Antonio se quitó el que llevaba y le hizo la imposición pedida.

A continuación le dió el Sagrado Viático; respondió aquél a todas las preguntas y lo recibió con verdadero fervor, sugiriéndole el hermano las palabras con que debía aceptar la muerte cuándo y como Dios quisiera.

Al darle la extremaunción, como quiso don Rafael que se le aplicara en el pie que tenía vendado, se llamó al minorista don Ignacio Andrade, que le servía de familiar, para que se lo desvendara.

Durante estas ceremonias sufrió dos desvanecimientos, y como al aplicársele la indulgencia plenaria para los moribundos, casi al terminarla, le vino otro, el joven seminarista indicó al señor obispo de Chihuahua que aguardara a que le pasase; pero éste le dijo:

—No es tiempo, está acabando, y terminó las últimas palabras en el instante preciso en que don Rafael entregaba el alma a su Creador.

En la alcoba no había más que un catre desmantelado que no valdría diez pesos, una tarima vieja y el sillón en que el Santo Obispo estaba sentado y en el que falleció. Así en una pobreza extrema, colindante con la miseria, rindió la jornada de la vida el millonario que dilapidó su hacienda en hacer caridades; que por sus manos vió pasar riquezas sin que le dejaran ni el polvo de éilas, pues con la sabiduría de la santidad prefirió aumentar tesoros para el cielo, tesoros que, según las frases evangélicas, ni los ladrones roban ni el orín corroe.

Los únicos presenciales eran el Prelado que lo auxilió y el seminarista que lo acompañaba; como entre los dos no pudieron poner el cuerpo en la cama, lo resbalaron de la silla y lo tendieron en la tarima que era amplia, enmedio de dos velas, porque no encontraron las que faltaban para completar las cuatro de costumbre. No había ni una sábana para amortajarlo, pues el que imitó a San Francisco de Asís en la pobreza, en ella tenía que morir... Como a los diez minutos del fallecimiento se presentó el Padre don Juan Carranza Cárdenas, quien en seguida salió en busca del lienzo que se necesitaba para cubrir el cadáver, volviendo pronto con él, después llegó el señor diácono Berrones, recibiendo tremenda impresión y honda pena al ver exámine a su Pastor.

Una hora después el personal de su Seminario hizo acto de presencia; allí estaban todos para llorarlo, disputándose el honor

de bajar el cadáver para ponerlo en la carroza que lo conduciría a la casa de su hermano don Prudencio, en el 83 de la Avenida Amsterdam.

Acordada la translación del cuerpo a Jalapa, se hicieron las diligencias necesarias para obtener el permiso de las autoridades, mientras el doctor José María Iturbide se encargaba de ponerle una inyección de formol que lo protegiera por setenta y dos horas, que era el tiempo calculado para entregarlo a la tierra donde debería dormir el último sueño. No se quería escaparlo de la labor de corrupción de la materia, sino cubrir los requisitos exigidos por la higiene para que pudiera ser transladado a la ciudad de las flores, que había sido su sede y a la vez su calvario.

EL ENTIERRO

De la casa de su hermano don Prudencio, en Amsterdam 83, Colonia del Hipódromo, partió el cortejo mortuorio para Jalapa, ya debidamente preparado el cadáver, que durante la noche había sido velado por personas de todos los grupos sociales. Sus seminaristas le habían hecho guardia, después de disputarse el honor de cargar el cuerpo al sacarlo de la humilde casa de la calle del Otoño, que le había servido de último domicilio, y de colocarlo en la carroza, lo que repitieron al organizarse el fúnebre desfile.

Innumerables coches formaron la caravana hasta enfilar por la carretera de Puebla, desde donde fueron desprendiéndose paulatinamente, y sólo tres carruajes siguieron hasta la capital de Veracruz. En ellos iban los Excmos. señores obispos de Chihuahua y de Cuernavaca, el canónigo Lic. D. Carlos Martínez Guerra y los sacerdotes don Francisco Araus, don Hidromiro Huerta, don Pedro Villanueva, don Juan Valiente, don Manuel Hernández, don Cruz Hernández, don José Nájera, don Luis Méndoza, don Juan José Cordera y don Roberto Aburto y los seminaristas don Carlos Berones, don Roberto Omaña, don Ignacio Andrade, don Félix Lara y los familiares de los Prelados que presidían el duelo.

La mortuoria caravana caminaba rápidamente bajo el sol del medio día, cruzando diversos pueblos y ciudades ante la curiosidad natural de las gentes que ignoraban quién fuera el fallecido

y adónde lo condujeran; así pasó por la populosa y bella Puebla de los Angeles, siendo en Tepeaca el primer punto donde el cadáver del santo Obispo recibió la primera ofrenda de lágrimas; unas inditas que se dieron cuenta de que iban allí los despojos del Prelado, lo recordaron llorándolo.

Al entrar a territorio veracruzano la marcha se hizo difícil; allá se sabía que Mons. Guízar había muerto y sus diocesanos huérfanos se aprestaban a llorar al padre; en Perote se desbordó la angustia que llenaba los pechos, pudiendo decirse que desde allí se formó el cortejo mortuorio, que desde allí comenzaba la apoteosis; las gentes lloraban y cantaban lo que al misionero le habían oído:

¡Oh Virgen Santa
Madre de Dios,
sois la esperanza
del pecador!

Al llegar a Las Vigas la caravana recibió grueso concurso; se agruparon centenares de fieles resueltos a sacar el cadáver de la carroza para contemplarlo y llevarlo en hombros; se hizo necesaria la intervención de los sacerdotes para que el pueblo desistiera de su propósito, reconociendo la necesidad de arribar a Jalapa a buena hora, quedando tristes y llorosos los que no vieron satisfecho su deseo.

En Banderilla era ya de noche cuando llegó el cortejo, registrándose el mismo espectáculo de dolor que antes se había observado, siendo curioso que junto con los sollozos se escucharan también los cánticos que en las misiones habían aprendido de labios del Pastor.

Jalapa entera se echó a la calle para recibir los restos de su Obispo; sus rúas estrechas invadidas por la aglomeración dificul-

taba el tránsito y el rumor de plegarias, de lamentos, de himnos se mezclaban formando un cántico de amor triunfal. En la paz nocturna turbada por el dolor y el amor se oía el estrépito de la tempestad de angustia de todo un pueblo, rompiendo el silencio con rumor de océano embravecido.

Ya cerca de las once de la noche el féretro estaba en Catedral; el Obispo volvía a su sede en una entrada triunfal; donde supo de todas las amarguras, se le ofrendaba el duelo de miles de corazones; los cánticos, las plegarias, los sollozos de la multitud ahogaban las voces litúrgicas; fue el Padre don Juan Valiente quien impuso el silencio con una vibrante, oportuna y apasionada peroración.

El pueblo de Jalapa hizo guardia toda la noche a los despojos amados e invadió a la mañana siguiente las naves de la iglesia matriz para asistir a las exequias solemnes en que ofició el Excmo. Sr. Obispo de Chihuahua, Dr. D. Antonio Guízar Valencia, asistido de los señores capitulares Dr. D. Justino de la Mora, don José M. Flores y don Pedro Castillo, y en las que el Sr. Cura don Rafael Rúa pronunció hermosa y sentidísima oración fúnebre, que empañó con el llanto todas las pupilas.

Al iniciarse el cortejo rumbo al Cementerio Municipal, el cadáver fue detenido frente al Palacio de Gobierno, desde donde tantas veces la fobia tejedista había insultado a Cristo y al Prelado, para rendirle un homenaje con cánticos de triunfo, mientras atronaban el espacio los vivas al santo Obispo muerto, al Sumo Pontífice, a Cristo Rey, a Nuestra Señora de Guadalupe, a la Religión, sin que se oyera palabra disonante contra los que hirieron tan hondo el sentimiento religioso de los católicos.

Las calles de Jalapa se convirtieron en río caudaloso de una multitud que bajo un sol esplendoroso caminaba a depositar en el seno de la tierra el cuerpo de Mons. Guízar, ansiosa de rendir ese postrer tributo de cariño al que había sido su guía y Pastor,

repitiendo los himnos y las alabanzas que de él habían aprendido.

Al borde de la fosa desahogaron su pena, en elogio del amado desaparecido, los sacerdotes don Roberto Aburto, don Silvino Díaz, don Antonio Huerta y don Luis Mendoza y el seminarista don Ignacio Andrade.

La tierra arropó los despojos mortales de Mons. Guízar; sobre la tumba mal cerrada cayeron montañas de flores, como si todas las del pensil jalapeño hubiesen querido participar en la ofrenda, y las muchedumbres se alejaron silenciosas del recinto donde reina la paz, sumergidas en el océano de la tribulación.

Alguien dijo que el sepelio de Mons. Guízar había sido su última misión, y así parecía; pero no, faltaba aún otra, la que ha seguido predicando desde el sepulcro, agigantada después de su exhumación y que será interminable desde el Cielo...

LA EXHUMACION

Habían transcurrido doce años desde el deceso del santo Obispo y se pensó en llevarlo a la capilla de Santa Teodora, en la Catedral de Jalapa, donde duermen el último sueño algunos de sus predecesores, los Ilmos. Srs. Suárez Peredo, don Francisco y don Ignacio, primer y tercer obispos de Veracruz, respectivamente, esperando la hora de la resurrección. El tiempo no había logrado borrar de la memoria de sus diocesanos el recuerdo del Pastor humilde, caritativo, de palabra unciosa, que rezumaba amor divino.

Se acordó hacer la exhumación el 29 de mayo dentro del mayor sigilo para evitar manifestaciones; se buscó la protección de las sombras de la noche para sacar del sepulcro el puñado de huesos que se pensaba encontrar. Fue laboriosa la tarea de los sepultureros, empezada a las seis y media de la tarde, y cuando quedó el ataúd al descubierto se recibió la primera sorpresa, pues en su parte superior presentaba relativo buen estado, como si el tiempo, la tierra y el agua no hubiesen hecho su labor destructora.

Al sacarse la caja, se notó un fuerte escape de gases, al mismo tiempo que del centro de élla, por la parte posterior, escurría una agua incolora e inodora, que mojó las ropas de los que transportaron el cadáver del cementerio a la casa de las religiosas Adoratrices, y siguió corriendo en la pieza donde fue depositado. Levantada la tapa se vió a través del cristal que una especie de

mascarilla cubría el rostro; una sustancia gris, impedía ver la calavera que se pensaba encontrar. Por respeto a la memoria del insigne Prelado y a sus despojos, no se quiso que alguien los tocara; al siguiente día se llevó al doctor Carlos Aceves para que viera el cadáver, quedando maravillado de la forma en que aparecía bajo un velo como de nieve, opinando que no se le tocara y se le reinhumara. Por la noche llevó al doctor Suárez, empleado de Salubridad, quien participó de la misma sorpresa que su colega y de su misma opinión respecto que se le diera nueva sepultura sin tocarlo, pidiendo que se levantara la tapa de cristal para tomar parte de la sustancia blanca que lo cubría y analizarla químicamente.

Pero algún indiscreto llevó al diario local la noticia de la extraña condición en que se había encontrado el cadáver del señor Guízar, y entró en funciones al siguiente día el Departamento de Salubridad Pública enviando una numerosa comisión de médicos, exigiendo el doctor Solón Sanginés que se descubrieran totalmente los despojos, advirtiendo que las extremidades inferiores estaban descarnadas hasta la rodilla mientras el tórax, (todo el tronco) y el rostro estaban cubiertos con carne flácida...

Ante lo insólito del caso, la masonería entró en juego para desvirtuar toda acción sobrenatural; pero ya el suceso extraordinario se había divulgado; de enemigos de Cristo se sirvió la Providencia para que el mundo entero se diese cuenta de la forma sorprendente en que se había conservado el cuerpo del quinto Obispo de Veracruz.

Fueron ellos los que al proceder a quitar la capa gris de la sustancia extraña que cubría el cadáver, lo mismo la cara que las vestiduras episcopales, miraron el rostro de Mons. Guízar, como si no hubiera despertado del apacible sueño de doce años en la tumba, sorprendiéndose de que hubiere escapado a la corrupción; fueron ellos los que en dos lugares hundieron el escalpelo

investigador, teniendo que confesar que las aletillas de la nariz y los lóbulos de las orejas estaban flexibles, y que en los sitios donde se hundió el estilete la carne estaba fresca. No había habido destrucción de tejidos ni momificación.

Monseñor Guízar tenía en el centro de la frente, como señal que lo distinguía, una vena gruesa; la vió uno de los doctores y no estando en el antecedente apuntado, supuso que lo que miraba era un depósito de gusanos, persiguiendo la idea de comprobar la putrefacción; lo dijo y clavó el agudo punzón, nada más que en vez de las larvas que buscaba, brotó un hilillo de sangre fresca. No desmayó ante el fracaso y repitió la operación en el cuello, encontrando nuevamente sangre y carne flácida... ¡en un cadáver de doce años! Esto lo presenció y da testimonio de ello el sacerdote encargado actualmente del templo de San Juan de Dios en Orizaba, quien así lo aseguró al señor Lic. don Salvador Zamudio S. J.

Continuando el análisis, vieron que únicamente en parte de las piernas, donde la flebitis había hecho más daño, se había desprendido la carne llagada por el mal, en tanto que la ropa se conservaba intacta, lo mismo la de seda de los ornamentos sacerdotales, que la de algodón de la sábana con que había sido amortajado, y que todo resistió la acción del sol y del viento... Además, aquellos restos no despedían mal olor... La descomposición prácticamente no había comenzado... ¿Cómo explicarse caso tan extraordinario?...

La noticia corrió como reguero de pólvora y de miles de bocas brotó espontánea la palabra ¡milagro!, que naturalmente llenó de terror los oídos de los sabios que luego se dieron a explicar el suceso por causas naturales. Primero se acudió para ello al embalsamamiento, a un embalsamamiento hecho con gran pericia y mediante procedimientos novísimos, cuando únicamente para preservar el cadáver durante las 72 horas que se creyó que

pasarían para darle sepultura, se le había aplicado una inyección de formol.

Luego quisieron explicarlo porque el ataúd había estado herméticamente cerrado, impidiendo la acción del agua y de la tierra, viéndose que en la parte posterior estaba destruído en distintos lugares y que por allí salían moscas y agua, esa agua maravillosa que personas piadosas se apresuraron a recoger como reliquia, y la que está sirviendo para hacer curaciones milagrosas, a la vez que en alguna aparecieron gotas de sangre, que examinadas luego en los laboratorios de honorables y respetables biólogos y químicos, acusaron sangre fresca, con reacción positiva intensa, así como reacción citológica negativa.

Según opinión de oculista distinguido, hijo de prominentes revolucionario de filiación cardenista, los ojos son los que menos resisten al proceso de descomposición, que se realiza en cinco días, y los dos de Mons. Guízar aparecían intactos, según me lo refirió el M. I. Sr. Vicario General Dr. D. Justino de la Mora, quien los vió al limpiar la cara de la capa blanca que lo cubría, pues si el derecho se perdió, fue como resultado del examen que hizo el doctor José Torres Torija, quien al palpar la resistencia de la carne en el rostro, lo hundió; trabajo necesario para rendir dictamen que se le pidió y el que, por la forma ambigua en que lo rindió, según se nos ha asegurado, hace recordar los formulados por los facultativos encargados de examinar al perro que mordió al rey, en la zarzuela famosa:

"bien puede estar hidrófobo,
bien puede no lo estar".

Para demostrar que el ataúd no estaba herméticamente cerrado existe testimonio irrecusable, como lo es el acta notarial que se levantó en Jalapa el 6 de junio de 1950 por el encargado de la Notaría número 2 de dicha ciudad, licenciado Rafael Luen-

gas, en presencia de los testigos instrumentales Luis G. Murillo Pérez y Rubén Darío Martínez Krauss, y de los señores canónigo doctor don Justino de la Mora, canónigo doctor don Emilio Abascal y doctores Carlos Aceves Pérez, Rafael Salazar Peinado, Manuel Vega Lanzagorta, José Main, Guillermo Huitrón, José Soto y Santiago Gil, Notario, y en la que constan todas las perforaciones que presentaban la madera y el zinc de las cajas que guardaban el cadáver, acta que lo mismo que la que se levantó del acto de la exhumación reproducimos como importante documentos, insertándolos como apéndice.

Y todavía hay algo más verdaderamente extraordinario, y es el hecho de que habiendo estado el cuerpo expuesto durante diez días, en contacto con el aire y bajo un calor terrible, no se advirtió señal alguna de descomposición; la lengua completa, la nariz y las orejas con la elasticidad natural, la piel sin mostrar huella de momificación, y sin que se percibiera mal olor, como lo testifican cuantos estuvieran en Catedral hasta poco antes de la reinhumación, contándose entre ellos los corresponsales de periódicos, como el de "Novedades".

Cerca de doscientas mil personas, llegadas de distintos lugares, desfilaron ante el cadáver incorrupto, repitiendo en clamor unánime —vox populi, vox Dei— ¡milagro! ¡milagro!... ¡milagro!.....

Y hace bien el pueblo en pregonarlo y afirmarse en su fe, porque en su apoyo tiene el testimonio irrecusable de la Historia de la Iglesia, que todos los casos de incorruptibilidad los considera como muestra de santidad.

El hecho sorprendente de la conservación del cadáver del señor Guízar no está a discusión; estará el punto de si la incorruptibilidad es milagrosa o si puede explicarse científicamente, y esto no importa cuando la historia nos enseña que siempre tal fenómeno se ha tenido como prueba cierta de santidad. Así se ha

observado desde los tiempos más remotos; en 699 murió San Claudio, obispo de Besanzon, y cinco siglos más tarde su cuerpo fue encontrado incorrupto; después de trece centurias el de Santa Cecilia se conservaba igualmente libre de la corrupción; pasados 600 años el cuerpo de Santa Rosa de Viterbo presentaba la apariencia de haber muerto la víspera; Santa Rosalina fue hallada intacta después de un lustro, se le sacaron los ojos, se pusieron en un relicario y dos siglos y medio después se conservaban inalterables, se les pinchó con una aguja y se comprobó que eran naturales.

Podríamos seguir citando ejemplos comprobatorios de que la incorruptibilidad se ha observado en los despojos de los bienaventurados que la Iglesia ha elevado a los altares; pero no lo juzgamos necesario. Baste con ofrecer la consideración antitética, que es la de que no se sabe que el cadáver de un incrédulo o simplemente de un cristiano pecador, que haya llevado la vida que generalmente hacemos todos, haya resistido a la ley de la corrupción.

POST MORTEM

Muchos años antes de que se pensara en la exhumación de los restos del señor Guízar, abundaron las gentes piadosas que habiendo conocido la virtud que poseyó en grado heroico, su santidad, para decirlo mejor, acudían a su intercesión para obtener favores del cielo. En romería iban los afligidos al sepulcro que guardaba los despojos mortales del humilde Obispo de Veracruz, y allí podían verse los votos de agradecimiento que se le rendían por los que se sentían beneficiados, oídos en sus plegarias.

Entre hechos extraordinarios que oímos referir, recordamos el de una persona residente en Jalapa, que estaba atribulada porque se le habían perdido documentos valiosos que llevaba en una libreta del Banco en que depositaba sus fondos. No recordaba dónde pudo haberlos extraviado, hizo múltiples gestiones para recuperarlos, ofreció gratificaciones a quien se los devolviera; todo inútil.

Una piadosa dama le insinuó que dejara el asunto en manos de Mons. Guízar, haciéndole una visita en su tumba; siguió el consejo, acudió al viejo Panteón, y al volver a su domicilio se encontró una mujer que lo esperaba, preguntándole si eran suyos la libreta y papeles que le mostraba y si estaban completos.

Recibiólos sorprendido y alborozado, se cercioró de que estaban completos, invitó a la desconocida a pasar a su casa para

darle la gratificación ofrecida, y negándose a ello, diciendo que aguardaría en la puerta, entró él por el dinero.

Cuando volvió con él, la misteriosa dama había desaparecido sin que la haya vuelto a ver, ni ella presentádose en demanda de lo ofrecido.

Después del portentoso estado de incorruptibilidad en que se encontró su cadáver, en todas partes se oyen referir hechos sorprendentes posteriores y curaciones verdaderamente milagrosas.

Ya páginas atrás hicimos alusión a que en una pequeña cantidad del agua que destilaba del féretro se habían encontrado tres gotas de sangre fresca, que fueron luego sometidas al análisis respectivo. Pormenorizaremos el caso: una conocida y respetable dama, la señora Ana Guido de Icaza recogió personalmente en Jalapa agua de la que escurría del ataúd y la puso en una redoma, trayéndosela a su casa en esta capital para conservarla como reliquia; grande fue su sorpresa cuando a los pocos días observó que flotaban en dicha agua tres gotas de perfecta formación y vivo color, acudiendo luego con la bióloga señorita María Josefina Paniagua, con domicilio en la calle de Tepic número 22-B y con el conocido doctor don Luis Gutiérrez Villegas, en Tíber 125, para que las analizaran, desprendiéndose de los dictámenes respectivos que se trata de sangre con reacción positiva y con reacción citológica negativa en ambos.

La prensa se ha ocupado de relatar varias curaciones, entre ellas las siguientes.

Un empleado de Comunicaciones, don Jenaro Martínez Paniagua padecía várices crónica en ambas piernas, que le producían fuertes dolores; tocó el cuerpo de Mons. Guízar cuando estuvo expuesto en Catedral y en seguida se pasó la mano por los miembros enfermos obteniendo completo alivio.

Un niño de ocho años, perteneciente a una familia de apellido López, con domicilio en las calles de Altamirano en Jalapa

padecía de la espina dorsal con motivo de un tumor; los médicos lo habían desahuciado, y habiendo sido llevado al sepulcro del Pastor en la capilla de Santa Teodora, desapareció el tumor.

Un joven perteneciente a acaudalada familia jalapeña cegó a consecuencia de un tumor en el cerebro; siete eminentes facultivos de la Metrópoli declararon que su mal era incurable, y sus deudos lo llevaron entonces a Rochester, al famoso sanatorio de los hermanos Mayo, de donde regresaron con el mayor desconsuelo, pues habían confirmado el fatal diagnóstico de los doctores mejicanos. Como último y supremo recurso acudieron a conseguir agua de la que se recogió de la caja mortuoria, se la untaron en los ojos cegados a la luz y en el acto recuperaron la vista.

Dícese que de todo esto existe el expediente respectivo con las certificaciones de los médicos, los diagnósticos fatales, radiografías, análisis, etc., para utilizarlo en el proceso de beatificación; así de otra multitud de casos que no tienen explicación científica, sintiendo que nuestras gestiones para verificar todo no hayan encontrado eco en las respetabilísimas personas interesadas en que lo más pronto posible Mons. Guízar Valencia pueda ser elevado a los altares.

Un amigo nuestro residente en Chihuahua, el señor Lic. Benjamín Romo de Vicar deploraba la pérdida o extravío de documentos de suma importancia; había agotado los medios a su alcance para obtenerlos, y declarándose vencido en la búsqueda puso el asunto en manos del Santo Obispo de Veracruz. Antes de las cuarenta y ocho horas inesperadamente le llegaron dichos documentos, que de un pequeño lugar del Estado de Aguascalientes le mandaba una persona que los había encontrado en un viejo mueble.

En Chihuahua también encontrabáse don Constantino Olivares padeciendo con una úlcera en el duodeno; no podía comer y sufría dolores agudísimos; después de tres meses de resistir el

avance del mal, casi consumido, sin poder ser operado y desahuciado por los facultativos que lo atendían, su esposa lo encomendó a Mons. Guízar, prometiendo que el enfermo se acercaría al tribunal de la penitencia, del que estaba alejado. La petición fue oída, el paciente está sano, come cualquier alimento, no ha vuelto a sentir un dolor y está recuperándose a grandes pasos.

Refiérese que una dama veracruzana que hace tiempo reside en la Metrópoli tenía, entre su servidumbre, una antigua doméstica que padecía un reumatismo que la tenía ya casi paralítica y que le ocasionaba dolores tremendos; a últimas fechas éstos se habían vuelto casi insoportables, sin que hubiera analgésico que consiguiera mitigárselos. Una noche en que la enferma se quejaba desesperadamente porque las dolencias no le permitían descanso, como postrer recurso le dijo la ama:

—Voy a ponerte en las partes más doloridas agua de la que escurría del ataúd del santo señor Guízar; encomiéndate a él con fe y pídele la salud.

A la mañana siguiente la señora despertó sobresaltada por la algarabía que llegó a sus oídos, extrañada de que a tan temprana hora hubiese tanto ruido. Se apresuró a investigar lo que sucedía, quedándose sorprendida al ver que se debía al regocijo de la servidumbre, que celebraba el alivio de la compañera, que se mezclaba al júbilo de las demás, andando como si nunca el reumatismo le hubiera entorpecido el movimiento y obligado a permanecer sedante.

D. Ricardo Segura, orizabeño bien conocido, viendo que su paciente don Ignacio de la Leava se encontraba gravemente enfermo, con una obstrucción completa en el esófago, que no le permitía alimentarse, sin que le obraran las medicinas que le habían ordenado, consiguió una reliquia —así se llama a cualquier pedazo de tela de alguna prenda del señor Obispo Guízar—

se la puso al paciente en el pecho, quien no demoró en sentir alivio y pudo ya a poco tiempo apurar el contenido de un vaso de leche, continuando la mejoría con esperanza de que recobre la salud totalmente.

Con este capítulo, ajeno a la biografía de Mons. Don Rafael Guízar Valencia, porque ya no son hechos de su vida, sino posteriores a élla, espigándolos entre tantos y tantos como corren en el mercado de la admiración que despierta un vivir de renunciación, de entrega íntegra a los demás, de santidad, ponemos punto final a un trabajo que hemos emprendido en memoria del amigo a quien debimos amistad y confianza, y a quien tuvimos siempre como santo. ¡Quiera Dios que pronto pueda dársele con autorización perfecta tal calificativo, escribiéndolo con una mayúscula miniada en el mejor libro de nuestras devociones!

APENDICE

APENDICE

COMO FUE LA EXHUMACION Y REINHUMACION DEL CADAVER

Acta notarial que se enterró al lado del cuerpo de Mons. Rafael Guízar Valencia.

EN LA CIUDAD DE XALAPA, el día 29 de mayo de 1950, los canónigos Dr. Justino de la Mora Vicario General, y Dr. Emilio Abascal, Rector del Seminario comisionados por el Ilmo. Cabildo de Catedral para exhumar los restos del Excmo. Sr. Dr. D Rafael Guízar y Valencia que había sido sepultado en el Panteón Viejo de esta ciudad, y para trasladarlos a la Iglesia Catedral de Xalapa, después de haber invitado como testigos a los Ilmos. Canónigos don Miguel Mesa y Dr. Ignacio Lehonor Arroyo y a los Sres. Pbros. D. Carlos Valiente y don Antonio Navarrete y Manuel Vázquez, a las seis y media de la tarde los albañiles contratados comenzaron a cavar la fosa en que estaba sepultado el Sr. Guízar y Valencia.

Después de muchos esfuerzos se logró dar con la caja mortuoria. La caja estaba depositada sobre la tierra desnuda y daba la impresión de estar bien metida en el lodo por la parte inferior.

Con unos cables se tiró de ella hacia afuera logrando arrastrarla un buen trecho y casi hasta topar con el muro del sepulcro colocado al oriente de la sepultura. Ya en ese lugar fue imposible conservar la posición horizontal de la caja y fue necesario sacarla hasta la superficie en forma casi perpendicular.

Una vez que estuvo fuera, ocho seminaristas: Guillermo Castellanos, Esteban Rizo, Fausto Rico, Aurelio Mendoza, Simón Casto, Ramón Gudiño, Miguel Sáenz y Roberto Andrade; y cuatro alumnos de la Escuela de Música Sagrada: Mauricio Huerta, Ramiro Mesa, Mario López y Asael Loranca, levantaron el pesado féretro hasta la altura de los hombros y emprendieron la marcha hacia el convento de las RR. MM. Adoratrices, poco distante del Cementerio Viejo de Xalapa.

Al elevar la caja se advirtió un fuerte escape de gases de la caja mortuoria y comenzó a escurrir del centro de ella agua incolora en tal cantidad que mojó las ropas de los que cargaban el féretro; esta agua siguió corriendo en gran cantidad en el piso de la pieza que las religiosas destinaron junto al recibidor para depositar el cadáver.

Habían preparado una mesa con lienzos blancos; pero en vista del lodo que cubría la caja y del agua que de ella emanaba, dispusimos dejar el cadáver en el suelo para limpiar la caja y esperar a que acabara de escurrir.

Esa noche levantamos las tapas exteriores de la caja respetando la tapa de cristal y descubrimos dentro de ella una sustancia blanca que semejaba una envoltura de algodón recientemente introducida.

EL DIA 30 de mayo en la mañana, fue invitado el Dr. Carlos Aceves y quedó maravillado de la forma en que aparecía el cadáver debajo de ese velo de blancura de nieve y opinó que el cadáver no debía ser tocado y que debería reinhumarse tal como estaba en su caja.

En la noche del mismo día el Dr. Aceves llevó consigo al Dr. Suárez, empleado de Salubridad, y los dos aconsejaron lo mismo: que no se tocara el cuerpo. Al día siguiente, último de mayo, fue invitado el Dr. Ricardo Gutiérrez para ver el cadáver y dar su opinión.

También admirado dijo que debería sepultarse tal como se encontraba; pero antes pidió que se destapara totalmente el cadáver para tomar parte de la sustancia que lo cubría y analizarla químicamente.

Descubierta la caja advertimos que esa sustancia esponjosa y blanca que cubría el cadáver, en contacto con el aire, como que se apagaba y se oscurecía por la oxidación. Ese mismo día, no se qué indiscreto hizo publicar en un periódico local que el cadáver del Excmo. Sr. Guízar y Valencia estaba milagrosamente incorrupto.

Y OCURRIO lo que temíamos: esa noticia hizo que Salubridad Pública interviniera y enviara una comisión de médicos: Blázquez y Suárez, Jefes de la comisión y llevaron consigo a los médicos Solón Sanginés, Gil, Lanzagorta, Gutiérrez, Galindo, Moreno y otros cuyos nombres no recuerdo.

El Dr. Sanginés ordenó la salida de todos menos la del Vicario General y del P. Antonio Navarrete.

EXIGIO QUE se descubriera totalmente el cadáver y comenzó a levantar las ropas de las extremidades inferiores advirtiéndose que esas extremidades están totalmente descarnadas, al menos hasta la rodilla. Inmediatamente se dirigió a la cabeza y levantó trozos de la capa blanquecina que envolvía el rostro hasta convencerse que el rostro, extremidades superiores y tórax estaban cubiertos de carne.

Cerramos de nuevo la caja, para abrirla en la tarde de nuevo y con todo cuidado, con un cuchillo el Vicario General fue le-

vantando las costras de la sustancia ya nombrada hasta dejar el rostro totalmente limpio hasta la altura de los ojos.

Inmediatamente se ordenó el traslado del cadáver a la Santa Iglesia Catedral y allí quedó depositado y, sin ninguna exageración, desfilaron ante él no menos de cien mil personas de todas las clases sociales. Ha habido examen de especialistas: el domingo 4 de junio examinaron el cadáver los doctores Torres Torija y Ortíz, sin que externaran su opinión acerca de la causa que originó el admirable estado de conservación en que se encontró el cadáver.

Como algunos médicos de la localidad externaron opiniones que partían de bases completamente falsas, la noche del día seis de junio se hizo pasar el cadáver a la sacristía de la Catedral en donde se demostró hasta la evidencia que no estaba la caja herméticamente cerrada, sino llena de grietas en el fondo y en los costados, cosas que comprobaron con sus mismos ojos los señores Notarios y Médicos, escuchando además el testimonio de dos de los plomeros que taparon muchas grietas de la caja.

En el examen de la noche a que refiero, los médicos, sin encontrar medio de explicarlo, encontraron en perfecto estado la pupila del ojo izquierdo.

Finalmente, el 7 de junio de 1950, a las doce y cuarenta y cinco minutos del día, ante el Excmo. y Rvmo. Cd. Obispo Diocesano Dr. Don Manuel Pío López, ante su Vicario General, Dr. Don Justino de la Mora, ante el Dr. y Canónigo Emilio Abascal, Ante los Ilmos. Canónigos Arcadio Martínez, Daniel Meza, José María Flores, Angel Sánchez, Miguel Meza, Ignacio Lehonor y Francisco Arauz y ante los sacerdotes Carlos Valiente, Manuel Vázquez, Joaquín de Felipe Merino y Roberto Aburto, y ante una gran multitud de fieles, fue reinhumado el cadáver del

Excmo. Sr. Dr. Don Rafael Guízar y Valencia, en la fosa abierta en el lado izquierdo de la capilla de Santa Teodora, de la Catedral de Xalapa, Veracruz, República Mexicana. Y para constancia firmamos en seguida.

ACTA NOTARIAL EN LA QUE SE HACE CONSTAR EL ESTADO EN QUE SE ENCONTRABA EL FERETRO QUE GUARDABA EL CADAVER DE MONSEÑOR GUIZAR Y VALENCIA

ACTA NUMERO 4178 (CUATRO MIL CIENTO SETENTA Y OCHO) VOLUMEN CUADRAGESIMO TERCERO.

EN LA CIUDAD DE JALAPA, ESTADO DE VERACRUZ, ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, siendo las veintidós horas cincuenta y cinco minutos, del día seis del mes de junio del año mil novecientos cincuenta, yo el Licenciado RAFAEL LUENGAS. Notario Público Número Dos de esta Capital, asistido de los testigos de ley que al final se expresan, a solicitud del señor Canónigo y Doctor don Emilio Abascal, me constituí en la sala en que se encuentra instalada la Sacristía en la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad y a ruego del solicitante,

CERTIFICO:

I.—Que tengo a la vista un ataúd, de color verde que mide aproximadamente dos metros, siete centímetros de largo, setenta centímetros de ancho y sesenta centímetros de altura.

II.—Que los señores médico-cirujano don Carlos Aceves Pérez y cirujano-dentista don Rafael Salazar Peinado declaran que este

mismo ataúd, ahora pintado de verde, es el mismo que se extrajo al ser exhumados los restos del señor Obispo y doctor don Rafael Guízar y Valencia, en el Cementerio Viejo de esta Capital.

III.—Que este ataúd descansa en una base de madera, también pintada de color verde, que forma una pieza adicional y movible; aparentemente esta base está formada por madera de cedro y de sus bordes exteriores, hacia arriba y en forma perpendicular, se encuentran, sujetas a la base, unas pequeñas tablas de forma rectangular y a manera de cuatro, cuyas dimensiones interiores permiten albergar la parte interior del ataúd.

IV.—Separado el ataúd de la base adicional, observé que el fondo del mismo ataúd se encuentra formado, en toda su amplitud, por maderas que ostensiblemente se aprecian destruídas, en estado de pudrición y notablemente húmedas. Estas maderas son separadas en este momento, con gran facilidad y el esfuerzo que para ello se emplea las despedaza y deja al descubierto en toda la amplitud del fondo del atúd, una lámina delgada, aparentemente de zinc, ligeramente abombada hacia el exterior. La madera y esta lámina de zinc se encuentran en contacto directo e inmediato, sin que medie espacio o intersticio aparente entre ambas. Observada esta lámina, aparentemente de zinc, se aprecian en forma notable manchas de herrumbre y actualmente mojadas. Hago una inspección minuciosa de estas regiones herrumbrosas y me es fácil advertir la presencia de horadaciones, probablemente debidas a oxidaciones prolongadas, las cuales horadaciones han destruído en todo su espesor la referida lámina de zinc. Entre estas horadaciones, fácilmente perceptibles y comprobadas por la vista y el tacto, anoto las siguientes: En la parte del ataúd que corresponde a los pies del cadáver que después se mencionará, una horadación con diámetro mayor de veinticinco milímetros; otra con diámetro mayor de quince milímetros; otra más con diámetro mayor de dos milímetros; una más con diá-

metro mayor de diez milímetros y otra más con esta última dimensión. En la parte media, hacia uno de los costados, es visible un agujero con diámetro mayor de veintiséis milímetros; y en esta misma parte, en la región central, se aprecia la existencia de un tornillo. que penetra hacia el interior del ataúd. En la parte correspondiente a la cabecera, son fácilmente perceptibles las horadaciones cuyos diámetros mayores en seguida se anotan, una de tres milímetros; otra de diecinueve milímetros; otra de veinte milímetros; otra de once milímetros; otra más de diez milímetros y finalmente otra más de treinta milímetros. Es notable además la existencia, hacia la parte coincidente con el tronco del cadáver, lado izquierdo del mismo, de una zona herrumbrosa en la que son visibles numerosas perforaciones la mayor de las cuales tiene un diámetro probablemente menor de un milímetro. Se repite que en todas estas horadaciones se percibe a la vista y al tacto una gran humedad y de algunas de esas perforaciones, situadas en la región correspondiente a la piecera, escurren pequeñas cantidades de líquido. Seguido el examen exterior del ataúd, en la pared anterior del mismo, que es la más cercana a los pies del cadáver, se aprecia hacia la parte media e inferior de la misma, la existencia de una lámina, aparentemente de soldadura y reciente, como de cinco centímetros de diámetro mayor y hacia el lado derecho de esta placa, se perciben tres horadaciones más, de forma irregular, con diámetros no mayores de cinco milímetros, aproximadamente. Es fácil comprobar que estas horadaciones destruyeron en todo su espesor la cubierta metálica exterior del ataúd. También se hace constar que la base adicional de madera en que descansaba el ataúd es traída a la vista y presenta huellas de humedad coincidentes con cada una de las regiones en que se encuentra perforada la lámina de zinc que forma el fondo metálico del propio ataúd. Se hace constar, además, que en este acto se pide al suscrito Notario certifique que el cristal

que forma la tapa superior del ataúd se encuentra separado paralelamente y en uno de sus costados del bastidor metálico que sostiene ese mismo cristal; enseguida el suscrito hace la inspección correspondiente y encuentra que no existe ninguna separación entre dicho cristal y el correspondiente bastidor; encontrándose presente en la diligencia el señor Canónigo y Vicario General doctor don Justino de la Mora manifiesta que esa separación del cristal consta entre otras personas, al señor doctor don Carlos Aceves y al señor doctor don Rafael Salazar Peinado, quienes estuvieron presentes en el momento en que por vez primera el ataúd fué abierto. En seguida hago constar que los señores médicos-cirujanos don Manuel Vega Lanzagorta, Carlos Aceves Pérez, José Main, Guillermo Huitrón, José Soto y Santiago Gil Notario, levantan la cubierta de cristal del ataúd, ponen a la vista directa el cadáver de una persona y proceden a examinarlo. El señor doctor don Carlos Aceves Pérez y el cirujano dentista don Rafael Salazar Peinado identifican este cadáver con el mismo que se encontró en dicho ataúd al ser abierto por primera vez y aclaran que el cadáver que se tiene a la vista lo identifican con el de la persona que en vida fué el Ilustrísimo señor Obispo de Veracruz, señor doctor don Rafael Guízar y Valencia. Hago constar que son apreciables y perfectamente distinguibles las facciones de este cadáver cuyo cuello y cabeza están casi totalmente al descubierto; todos los cojines que se supone formaron las partes laterales del ataúd y más inmediatas al cadáver, se encuentran destruídos y se observa en esos lugares la presencia de una especie de zacate. En la parte correspondiente a los pies se observa la destrucción de los cojines que supuestamente puedan haber formado la cama del ataúd; estos cojines se encuentran destruídos y dejan ver la existencia de esa especie de zacate ya mencionada; y removido este zacate en esta zona se encontró almacenada una pequeña cantidad de líquido con apariencias de

agua ligeramente verdosa, que mojaba las vestiduras del ataúd y los ropajes del cadáver, estando aquellas y estos en su mayor parte deshechos. Se hace constar, finalmente, que el fotógrafo señor Humberto Frutis tomó numerosas fotografías destinadas a ilustrar los hechos descritos en esta acta notarial.

YO, EL NOTARIO, PARA TERMINAR, DOY FE: DE LA VERDAD DEL ACTO, Y, ADEMAS;

I.—De conocer personalmente al solicitante señor doctor don Emilio Abascal, a los testigos señor doctor don Carlos Aceves Pérez y cirujano-dentista señor don Rafael Salazar Peinado; así como a los testigos instrumentales, señores don Luis G. Murillo Pérez y Rubén Darío Martínez Krauss, todos los cuales, a mi juicio, tienen capacidad bastante para el caso pues nada en contrario me consta.

II.—De que este acto se ha realizado con todas las formalidades y solemnidades de ley.

III.—De que esta acta se ha redactado con toda fidelidad, habiéndose expresado los hechos a que se refiere con la mayor minuciosidad posible.

IV.—Que las medidas lineales atribuídas a los diámetros mayores de las horadaciones, son muy aproximadas y no exactas.

V.—Que, informando por sus generales los intervinientes dijeron: ser mexicanos por nacimientos, hijos de padres mexicanos por nacimiento y de esta vecindad; el señor ABASCAL, de cuarenta y cinco años, ministro del culto católico, exceptuado del pago del impuesto sobre la renta, soltero, originario de Córdoba, Estado de Veracruz y con domicilio en Revolución número siete altos; el señor doctor ACEVES PEREZ, de cincuenta y nueve años, médico-cirujano, al corriente en el pago del impuesto so-

bre la renta, casado, originario de Guadalajara, Estado de Jalisco, con domicilio en Gutiérrez Zamora número veinticuatro: el señor doctor SALAZAR PEINADO, de cuarenta y tres años, casado, cirujano-dentista, al corriente en el pago del impuesto sobre la renta, originario de la Ciudad de México, con domilicio en Libertad número dos, letra C; el señor MURILLO PEREZ, de cuarenta y cuatro años, casado, profesor y funcionario Público, al corriente en el pago del impuesto sobre la renta, originario de Tlacotalpan, Estado de Veracruz, con domicilio en Revolución número doce; y el señor MARTINEZ KRAUSS, de veintidós años, soltero, estudiante, exceptuado del pago del impuesto sobre la renta, originario de Orizaba, Estado de Veracruz, y con domicilio en Nicolás Bravo número doce.

VI.—De que leída y explicada por mí, en voz alta, esta acta a todos los que en ella intervienen, la ratifican y la firman de entera conformidad a las cero horas, treinta minutos, del día siete del mismo mes de su fecha, en el lugar en que se actúa y ante mí DOY FE.

INDICE

Prefacio 7
Niñez, adolescencia, juventud 13
Revelación del Misionero 23
La suspensión 33
El escritor 43
Bajo la persecución 51
En Guatemala 63
En Cuba 69
En Colombia 81
En Veracruz 87
El Seminario 95
La suspensión del culto 101
Valor civil 109
Conquistador de voluntades 117
Cosas extraordinarias 123
La muerte del Justo 143
El entierro 151
La exhumación 157
Post mortem 165
APENDICE 173

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres de la Editorial Latina, S. A., el día 22 de Diciembre de 1950. La edición consta de 2,000 ejemplares en papel Lito-Offset y 100 ejemplares en papel Malinche fuera de venta.

BIBLIOTECA MEXICANA

1 Enrique F. Gual.—*Repertorio de capiteles mexicanos.* Prólogo de Salvador Toscano, con 64 ilustraciones $15.00.

2 Artemio de Valle Arizpe.—*La Güera Rodríguez* 4ª edición $15.00.

3 Andrés Serra Rojas.—*Antología de la Elocuencia* Mexicana 1900-1950 $15.00.

4 Oswaldo Robles.—*Filósofos mexicanos del siglo* XVI.

5 Eduardo J. Correa.—*Mons. Rafael Guízar Valencia.* $12.00

En Prensa

6 7 Ing. Alberto J. Pani.—*Apuntes Autobiográficos.*—2 Tomos.

En Preparación

Obras de Agustín Millares Carlo, José María González de Mendoza, etc.

13022TB 276
1-29-98 32180 MS